

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO



DESDE LA CUBA REVOLUCIONARIA FEMINISMO Y MARXISMO EN LA OBRA DE ISABEL LARGUÍA Y JOHN DUMOULIN

Mabel Bellucci y Emmanuel Theumer

Prólogo de Gina Vargas

 CLACSO

DESDE LA CUBA REVOLUCIONARIA

Bellucci, Mabel

Desde la Cuba revolucionaria : feminismo y marxismo en la obra de Isabel /
Mabel Bellucci ; Emmanuel Theumer. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : CLACSO, 2018.

Libro digital, PDF - (Grupos de trabajo de CLACSO / Atilio Alberto Boron)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-722-343-9

1. Feminismo. 2. Marxismo. I. Theumer, Emmanuel II. Título
CDD 305.4201

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Feminismo / Estudios de Género / Mujeres / Desigualdades / Sociología /
Igualdad / Pensamiento Crítico / Estado / Políticas Públicas / América Latina

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos a un proceso de evaluación por pares.

Colección Grupos de Trabajo

DESDE LA CUBA REVOLUCIONARIA

FEMINISMO Y MARXISMO EN LA OBRA DE ISABEL LARGUÍA Y JOHN DUMOULIN

Mabel Bellucci y Emmanuel Theumer

Prólogo de Gina Vargas



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Grupos de Trabajo

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo

Pablo Vommaro - Director de Grupos de Trabajo, Investigación y Comunicación

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Núcleo de producción editorial y biblioteca virtual

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Núcleo de diseño y producción web

Marcelo Giardino - Coordinador de Arte

Sebastián Higa - Coordinador de Programación Informática

Jimena Zazas - Asistente de Arte

Equipo Grupos de Trabajo

Rodolfo Gómez, Giovanni Daza, Alessandro Lotti, Teresa Arteaga

Creemos que el conocimiento es un bien público y común. Por eso, los libros de CLACSO están disponibles en acceso abierto y gratuito. Si usted quiere comprar ejemplares de nuestras publicaciones en versión impresa, puede hacerlo en nuestra Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales.



Biblioteca Virtual de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar

Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE.

ISBN 978-987-722-343-9

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

ÍNDICE

Prólogo Virginia (Gina) Vargas		9
Introducción		15
Isabel Larguía y John Dumoulin: una biografía política		17
Tráfico de ideas y circulación editorial		31
Primer decenio revolucionario: debates y desenlaces en torno a la liberación de la mujer		41
Temprana recepción en Buenos Aires		49
Trabajo invisible o el suicidio del ama de casa		55
Objeciones feministas al “Trabajo invisible”		67
Entre olvidos fundacionales y retextualizaciones críticas		81
Consideraciones finales		89
Referencias bibliográficas		91
Sobre los autores		101
Anexo fotográfico		103

PRÓLOGO

He disfrutado con la lectura y reflexión sobre esta obra de Mabel Bellucci y Emmanuel Theumer en torno al pensamiento feminista-marxista de Isabel Larguía y John Dumoulin, por muchas razones. Indudablemente por reconocer en sus páginas la vocación de Mabel de rescatar, en forma vital y sugerente, la memoria de los aportes teóricos y las luchas feministas de América Latina, a la que ahora se une Emmanuel. Por ofrecernos el retorno del pensamiento de Isabel y John como un acto de justicia intelectual a una obra precursora en los inicios de la teoría feminista de América Latina. Es más, ha sido emocionante porque lo hacen desde una peculiar recuperación de los diferentes entresijos de la memoria histórica de una época de gran significado que para mi generación y otras venideras tuvo la revolución cubana. Nos ofrece también otras dimensiones de la vida de Isabel que no eran conocidas. Pionera en evidenciar la problemática del trabajo doméstico, pero también pionera y audaz en otros campos: cineasta, historiadora, filósofa marxista leninista, guerrillera de la revolución e internacionalista en sus conexiones (Guinea Bissau, Nicaragua).

Desde la Cuba revolucionaria. Feminismo y marxismo en la obra de Isabel Larguía y John Dumoulin nos ofrece las cualidades humanas de ambos personajes: Ella, alborotada, brillante, audaz, él, sensato, austero, criterioso, con una masculinidad no machista. Una dupla com-

plementaria. A la vez, este libro nos demuestra cómo algunos aspectos de la vida personal de Isabel también hacen eco de lo que fueron muchas de las experiencias que llevaron a las mujeres a desarrollar su “instinto” feminista: la presencia de otras cercanas, activas y emancipadas, generalmente del entorno familiar que ya habían ganado una cuota de libertad. En Isabel fue su tía, Susana Larguía, fundadora en 1936, de la histórica Unión de Mujeres de Argentina (UMA). En mi caso, fueron las dos hermanas de mi madre que llegaron desde otra región del país a estudiar a Lima. También el fogeo de discriminación y exclusión que atravesó en Francia, cuando por ser mujer estuvo a punto de perder su ingreso como estudiante a la academia de cine y otras discriminaciones vividas en Cuba.

Este libro construye una historia que contiene muchas historias, no solo del proceso cubano sino también diversas perspectivas de ese período en América Latina. Las entrevistas a tantos personajes que estuvieron alrededor de la vida de Isabel, uno de ellos el que fuera su esposo, John Dumoulin, hace que la memoria se comience a poblar de datos, recursos, procesos vividos en esos mismos años. La construcción ambivalente de un movimiento, el feminista, los temas claves que recién comenzábamos a pensar, a imaginar y a descubrir: Cuba también fue parte, a través de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), inicialmente en las preparatorias de las Conferencias Regionales organizadas por la CEPAL, y a posteriori, en la participación de algunos de los Encuentros Feministas Latinocaribeños. Se negoció con la Federación para introducir propuestas de avanzada en los documentos oficiales de las Conferencias donde ésta era delegación oficial. Sin embargo, la última voz era la de su presidenta Vilma Espin.

Fue justo en la Conferencia Regional preparatoria a la III Conferencia Mundial de la Mujer (1985), a realizarse en Nairobi y organizada en Cuba, donde tuve el privilegio de conocer a Isabel Larguía, como bien se recoge en este libro. De ella aprendí que la revolución feminista era la revolución más importante del siglo XX. Pero, como subrayaba, es también la revolución más larga.

El trabajo doméstico ha sido, y es, una cuestión central en las reflexiones de la teoría feminista porque es sustento de la división sexual del trabajo y su existencia no reconocida devalúa la condición de las trabajadoras. Esta premisa, aún incipiente, dio un salto cualitativo con la obra *Por un feminismo científico* de Isabel Larguía y John Dumoulin a fines de los 60. Fueron adelantados por el lugar geopolítico, un país socialista en América Latina. Y como señala Mabel y Emmanuel, desde Cuba trataron de responder al bache teórico que el marxismo arrastraba con las mujeres. En suma, es una obra que no surgió en el Norte y fue original si consideramos que los aportes de las

feministas italianas, Mariarosa Dalla Costa y Silvia Federici, fueron posteriores.

Desde la Cuba revolucionaria. Feminismo y marxismo en la obra de Isabel Larguía y John Dumoulin es una obra escrita por Bellucci y Theumer pero narrada junto a muchas personalidades históricas. Es un gusto leerlos, porque es también una vuelta en el tiempo, en la memoria de nuestros primeros descubrimientos, en todo lo que, a pesar de las dificultades, logramos avanzar. Este libro nos ofrece también luces sobre el incipiente entorno feminista que se estaba formando en América Latina. Isabel estaba en conexión con las feministas más reflexivas y teóricas de ese período: Teresita de Barbieri, la histórica revista *Fem* de México, las también históricas Elena Urrutia, Tutuna Mercado y Alaide Foppa. Asimismo, su pertenencia a Mujeres por un Desarrollo Alternativo para una Nueva Era (DAWN, por sus siglas en inglés) orientada a analizar y denunciar los efectos que el capitalismo neoliberal, colonial y patriarcal inciden sobre las vidas de las mujeres. Participé en los inicios de DAWN y fue valioso contar con Isabel, Gita Sen de la India y Zita Montes de Oca, respetada y querida por muchas, también argentina. De esta forma, Bellucci y Theumer recuperan la memoria de los inicios feministas en la región, siendo pioneros en producción analítica, en publicaciones, en organización los feminismos argentinos y mexicanos.

Ambos autores consideran que el ensayo de Larguía-Dumoulin es el primer intento de despatriarcalizar el marxismo pero también de problematizar el feminismo desde una mirada anticapitalista. Precisamente, desde Cuba ofrecieron un impecable análisis del significado económico y político del trabajo doméstico de las mujeres al instaurar, por vez primera, el término teórico de “trabajo invisible” para aludir a la reproducción de la fuerza de trabajo que ellas plasman en la esfera hogareña y que es considerado no trabajo. Sin salirse del esquema marxista, afirmaban claramente que el socialismo –la sociedad sin clases, que augura el socialismo - no sería posible sin resolver la contradicción entre trabajo doméstico y remunerado. Entendían que esta lucha por dar su valor económico y su contribución a la plusvalía, acercaba las contiendas de las mujeres a las de la clase obrera (aunque esa clase obrera tardó mucho, y aun tarda, en reconocer ese valor del trabajo reproductivo de las mismas).

Cuba fue su campo de análisis y de experiencia vivida. Buscaron deshilvanar las contradicciones y digresiones alrededor de la mujer trabajadora y la revolución. Una revolución que hicieron suya, al mismo tiempo que orientaban sus análisis hacia la modificación de lo que veían como los aspectos patriarcales del proceso: romper con el biologismo, con el paternalismo, seguir considerando la clase como el

principal motor de la historia. *Desde la Cuba revolucionaria. Feminismo y marxismo en la obra de Isabel Larguía y John Dumoulin* dilucida cómo este ensayo abrió el campo de batallas feministas con su acertada crítica a los estereotipos sexistas e inferiorizantes. Comprometidos con la revolución, elaboraron un pensamiento crítico en relación a las políticas laborales hacia las mujeres, señalando los rezagos patriarcales en el transcurso transformador que colocaba la misma. Para Isabel y John, las diferencias entre la construcción del socialismo y lo que sucedía en el capitalismo era clara: un sistema que mantenía incuestionada la doble jornada de trabajo y la invisibilización de su valía económica no podía darse también en la Cuba socialista. Y si bien celebraban sus avances en otorgar derechos civiles, políticos, e incluso sexuales, alertaban que estas conquistas no habían abierto espacios para un cuestionamiento de la supremacía viril y heteropatriarcal, tanto en lo público como en lo privado. Estas tensiones no eran solo de la isla. Se expresaba claramente en las corrientes de izquierda y sus partidos y la relación de reconocimiento de las agendas feministas en América Latina. Y eso tiene larga historia en la región. Las feministas de mi generación veníamos, mayoritariamente, de la experiencia militante dentro de los partidos políticos de izquierda. Nuestras primeras luchas trataron de mantener ese vínculo, sin embargo, las mentalidades y estructuras de las izquierdas latinoamericanas no tuvieron ni lucidez ni flexibilidad para democratizar su mirada y conectarse con este nuevo sujeto político. Solo a modo de anécdota: en Perú, mientras salimos a defender la causa de los y las trabajadoras, de los maestros y maestras en huelga, de los campesinos que bajaban de los andes hacia Lima, exigiendo ser oídos por el gobierno de turno, éramos calificadas como feministas audaces, libertarias, dentro de los cánones clásicos de la izquierda. El día que salimos por el aborto llegamos muchas menos a la movilización. Fuimos brutalmente agredidas, ninguno de los militantes “sensibles” nos acompañó y al día siguiente en el diario *Marka*, en esa época bajo la dirección de las izquierdas (luego sería capturado por Sendero Luminoso) salió un artículo firmado por el poeta Paco Bendezú titulado: “Las feministas son flores sinregar... es decir, no teníamos hombre que nos riegue!”

Desde la Cuba revolucionaria. Feminismo y marxismo en la obra de Isabel Larguía y John Dumoulin cuenta cómo la innegable relación de Isabel y John con el feminismo adquirió diversos énfasis en diferentes momentos. Ella se distanció de propuestas de los feminismos norteamericanos y europeos. Al incipiente movimiento feminista en América Latina, en Argentina y México, lo medían aparentemente con parámetros del feminismo blanco del norte. No obstante, para esa época surgió en Estados Unidos el movimiento feminista negro confrontan-

do un feminismo que pensaba en sus propios términos generalizando a todas las mujeres. En Inglaterra hubo también feministas marxistas como Kate Young, quien sí tuvo influencia al menos en los feminismos peruanos en sus inicios. La Federación de Mujeres Cubanas no era feminista y no tenía buena opinión sobre el feminismo latinoamericano. Consideraban sospechosa la producción intelectual de Isabel y John justamente por considerarla una obra feminista. Como señalan Mabel y Emmanuel, a pesar que la dupla proponía la construcción de una nueva moral para enfrentar la dimensión genérico-sexual de la discriminación de las mujeres y su impacto en la vida cotidiana, la heterosexualidad obligatoria quedó incuestionada cerrando así las puertas a la sexualidad no reproductiva. En breve, era el peso del “clima” patriarcal de las izquierdas cubanas y latinoamericanas.

Es cierto que dentro de las reflexiones marxistas feministas de ese período, la cuestión del trabajo doméstico tenía que ser central. Por eso, Larguía y Dumoulin fueron, de lejos, pioneros, en América Latina y más allá. Se desarrollaron rápidamente perspectivas similares, con muchos bemoles, pero apuntando al reconocimiento del valor de la esfera de la reproducción para el funcionamiento de la fuerza de trabajo y el capital. Es posible que muchas de estas perspectivas no hayan leído esta investigación. Pero quizá muchas más sí. Mabel y Emmanuel dan una a información fundamental: en la mayoría de artículos posteriores sobre el trabajo doméstico, con argumentos similares, no hay mención, salvo contadas excepciones, al ensayo de la dupla. Es cierto que esta contribución fue marginal por las propias tensiones entre feminismo y marxismo. Pero su apropiación, sin referencias, también hoy puede explicarse por lo que Silvia Rivera Cusicansqui califica como “extractivismo epistémico”. Bellucci y Theumer lo colocan también como “privilegio epistémico del norte global”.

Desde la Cuba revolucionaria. Feminismo y marxismo en la obra de Isabel Larguía y John Dumoulin merece ser leído y profundizado en todas las dimensiones que ofrece a la aún compleja y difícil relación entre los feminismos latinoamericanos y las izquierdas de la región. Estas últimas no siempre dispuestas - aunque hay valiosas excepciones- a la democratización y ampliación de su horizonte con las múltiples y potentes formas en que los movimientos sociales y, en especial, los movimientos feministas, están tratando de subvertir el orden patriarcal, la lucha contra el capitalismo y la colonialidad. Seguiremos impulsando el escándalo de la transgresión feminista.

Virginia (Gina) Vargas

INTRODUCCIÓN

Si la mujer comprendiera hasta qué punto está deformada, hasta qué punto es explotada, se negaría a seguir proporcionando trabajo invisible, trabajo no remunerado. Los cimientos de la sociedad de clases se hundirán antes de tiempo.

Isabel Larguía- John Dumoulin

A inicios de la década del setenta se desarrolló un debate internacional, tan académico como político, que tomó al hogar y a las tareas de las mujeres anidadas allí, como nudo discursivo del problema. Las tareas del hogar —desde la reproducción de la especie pasando por la elaboración de comidas, limpieza, servicios sexuales, cuidado de niños y ancianos— fueron cuestionadas en tanto inherentes a las mujeres en su calidad de esposa o madre. A dicho mandato social, comenzó a oponérsele el reconocimiento de estas labores como un trabajo doméstico no asalariado. Tanto el pensamiento feminista como el marxista encontraron un nuevo intento de maridaje.

Aunque de momento resulte tan poco conocido como enormemente olvidado fue desde la Cuba Revolucionaria que tuvo lugar el desarrollo prístino de una teorización marxista-feminista del trabajo doméstico. Desde La Habana, a inicios de 1969 los intelectuales Isabel Larguía y John Dumoulin comenzaron a difundir su primer manuscrito titulado «Por un feminismo científico» el cual sería editado hacia 1971 por Casa de Las Américas. El esfuerzo intelectual que pergeñaron estuvo dirigido a comprender las modalidades de explotación que atañen a las mujeres, así como las posibles alternativas emancipatorias. Su objetivo no era tanto el de agregar una nota al pie a los consagrados escritos de Karl Marx y Friedrich Engels sino poner en tensión

los límites del marxismo y el feminismo a la hora de interceptar la opresión de las mujeres.

Anidada en el seno de un país socialista, la contribución de Larguía-Dumoulin constituye un modo de adentrarnos a los complejos y no siempre armoniosos vínculos entre feminismo y marxismo, así como un modo de introducirnos histórica y políticamente a las tensiones y acercamientos que se produjeron entre feministas y otras organizaciones de izquierda en los principales centros de América Latina y El Caribe. Quizás por ello este ensayo es decididamente polifónico. Está hecho de retazos de memorias, de escritura feminista que actualmente goza con el estatuto de archivo, discursos historiográficos, análisis teóricos, declaraciones oficiales y renovados estudios cubanos sobre las mujeres.

A través de un *framework* marxista-feminista Larguía-Dumoulin introdujeron la categoría “trabajo invisible” mediante la cual se propusieron analizar la coyuntura cubana y, por extensión, las vías alternativas para sociedades latinoamericanas en plena intensificación del conflicto de clase.

ISABEL LARGUÍA Y JOHN DUMOULIN: UNA BIOGRAFÍA POLÍTICA¹

En 1932, Isabel nació en Rosario, la ciudad puerto, conocida como “La Barcelona argentina” por el protagonismo de la inmigración obrera de origen libertario de fines del siglo XIX y en adelante. Los Larguía eran terratenientes vinculados a la concentración de estancias y fundación de pueblos en la provincia de Santa Fe.

Se sabe que Isabel provenía de una familia patricia, de aquellas que tienen apellidos de avenidas. De adolescente se trasladó a Buenos Aires a estudiar como pupila en el Michael Ham, un colegio católico de monjas pasionistas y bilingüe. A la disciplina religiosa la dejó a un lado rápidamente y siendo una veinteañera se fue a vivir a su propio departamento. A su pesar, su entorno aceptó esos bríos de independencia que ejercía con la naturalidad otorgada por el privilegio de clase. John Dumoulin, el compañero afectivo e intelectual de los últimos treinta años de vida de Isabel, recuerda los inicios de su formación artística: “Siendo joven ella se fue

1 Esta reconstrucción fue posible gracias a entrevistas semiestructuradas realizadas a diferentes familiares, amigos/as y colegas: John Dumoulin, Sebastián Elizondo, Ángel Elizondo, María del Carmen Feijoó, Virginia Franganillo, Elisabeth Jelin, Mariana Hernández Larguía, Margareth Randall, Andrea Rodríguez-Elizondo, Gina Vargas, Juan Carlos Volnovich. Por último, las memorias de la integrante de este escrito, que conoció y activó junto con Isabel Larguía y John Dumoulin durante su estadía en Buenos Aires. Las interpretaciones indagadas en esta publicación corren por cuenta de los autores.

interesando cada vez más en serio en el tema del cine...En aquella época no se podía hacer una verdadera formación sistemática cinematográfica en Argentina sin probar antes Europa y, en particular, Francia².

Además, Isabel se identificó como comunista. Dumoulin brinda datos que sirven para entender las razones que llevaron a Isabel, de innegable ascendencia oligarca, a comprometerse con una causa política tan perseguida y resistida durante décadas en Argentina. En Rosario vivía un médico comunista, Juan Inagalinella, muy combativo y respetado por su dedicada atención a la gente necesitada. En 1955, cuando la denominada “Revolución Libertadora” provocó una sangrienta masacre contra la población civil mediante un bombardeo en la Plaza de Mayo (Buenos Aires) para derrocar al presidente constitucional Juan D. Perón, Inagalinella fue detenido junto con otros compañeros militantes aunque estaba en contra de esa rebelión militar, sin embargo, fue arrestado. A todos los liberaron, menos a él. Nunca más se lo volvió a ver. Lo torturaron hasta darle muerte y, se asume, luego dispersaron partes del cadáver en diferentes provincias del país. Esta crueldad conmovió a Isabel, al tiempo que la acercó políticamente a las convicciones de aquel médico comprometido. Fue entonces cuando se afilió al Partido Comunista.

Al año siguiente, Larguía se radicó en París. Tiempo después de su arribo, allí se vinculó afectivamente con Ángel Elizondo³. Ambos tenían la misma edad, 24 años, y una historia personal que por momentos coincidía. Él provenía de una familia tradicional de la provincia de Salta y había sido maestro rural, cerca de Orán, una región de comunidades indígenas y selváticas con clima tropical y grandes ríos, principalmente dedicada a los cultivos comerciales. Pero como la vocación de Elizondo era ser actor, dejó las tizas y el pizarrón y viajó a Buenos Aires. Esto le permitió vincularse con figuras de talla del teatro nacional, en especial del teatro independiente. En 1956, durante una cena, conoció a Marcel Marceau, uno de los más grandes mimos de todos los tiempos que tenía una estrecha relación con el público argentino. Elizondo, entusiasmado por la idea de hacer carrera en París, se marchó junto con un grupo de amigos para lanzarse a la búsqueda de nuevos horizontes. Cuando arribó a Francia, Isabel ya se encontraba desde hacía un año en la ciudad, intentando ingresar como estudiante regular del IDHEC (Institut des Hautes Études Cinématographiques), creado en 1943 por Marcel L'Herbier. Ser mujer hizo peligrar su admisión: tuvo que asistir en calidad de oyente durante

2 Entrevista realizada por el autor a John Dumoulin, comunicación vía Skype, junio de 2017.

3 Entrevista realizada por la autora Ángel Elizondo, Buenos Aires, junio de 2017.

varios meses hasta lograr su objetivo. Elizondo, por su parte, comenzó sus estudios de mimo, pantomima y expresión corporal con Etienne Decroux y Jacques Lecoq, maestros de Marcel Marceau.

Tal como lo dicta el rito de iniciación de las clases medias altas en Argentina, la estadía en París les abrió un horizonte cultural, incluyendo desde luego a la formación universitaria. Ambos se conocieron en el epicentro cosmopolita de la Casa Argentina en la Ciudad Internacional Universitaria en París. Este espacio contribuyó desde sus inicios a promover intercambios bilaterales culturales y académicos entre los dos países. El 14 de julio de 1958 se fueron a vivir juntos y al año siguiente nació su hijo, Ángel Sebastián. Por desavenencias, al poco tiempo la pareja se separó. Ángel Elizondo, en su departamento en pleno centro de Buenos Aires, con voz cansina relata con admiración la trayectoria de Isabel, quien para él representaba una gran promesa cinematográfica latinoamericana. Sin embargo, ella abandonó la profesionalización en cine por la lucha política:

Era una mujer bonita, seductora cuando quería, muy aguerrida y encaraba todo lo que hacía con sumo rigor. Cuando ella hablaba atraía la atención de la gente. Amaba la sociabilidad, siempre estaba dispuesta a las reuniones. Recuerdo un agasajo que le hizo a Nicolás Guillén en la Casa Argentina. O sus encuentros con Julio Cortázar o con Harold Gramatges, el embajador de Cuba en Francia y fundador del Departamento de Música de la Casa de las Américas⁴.

Según la opinión de Ángel, Isabel intensificó su compromiso comunista en París por sus vínculos con profesores, militantes en la clandestinidad, intelectuales latinoamericanos y, en especial, con cubanos bajo el contexto de la guerra de Argelia contra la colonización francesa. Ella tenía un excelente trato con personalidades notables y afamadas. En cuanto a sus contactos con feministas, Elizondo duda si los tuvo. Cabe recordar que, en ese momento, el movimiento feminista francés no tenía la fuerza organizativa que tendría después (Scott, 2010). Elizondo cree que a esa posición política la llevó consigo desde Rosario, por la admiración que le provocaba la destacada trayectoria de su tía, Susana Largaúa. Sus convicciones se radicalizaron, además, por la hostilidad vivida cuando le impidieron ser estudiante regular de dirección de cine. Ahora bien, entre el grupo selecto de amistades que cultivaba Isabel se encontraba Joris Ivens, realizador holandés de cine documental, de quien fue discípula. Este cineasta formado junto con Serguéi Eisenstein y Robert Flaherty tuvo como colaboradores a Ernest Hemingway y Orson Welles. Ivens, como admiraba la garra

4 Entrevista, *ibídem*.

cinematográfica de Isabel, la postuló a una beca de especialización como camarógrafa de guerra en la República Democrática Alemana (RDA), más precisamente en Berlín Este, durante la Guerra Fría.

En 1961, un acontecimiento histórico resultó para Isabel una oportunidad que cambió su vida para siempre: la invasión de mil quinientos militares-mercenarios —muchos de ellos cubanos contrarrevolucionarios patrocinados por el gobierno de los Estados Unidos— que desembarcaron en Playa Girón y Playa Larga, en Bahía de Cochinos. Los comunistas alemanes la enviaron de inmediato a Cuba para filmar esa coyuntura, pero llegó tarde, ya que la acción acabó en menos de sesenta y cinco horas al ser derrotados los invasores por las fuerzas del gobierno de Fidel Castro y el propio pueblo cubano. Hay que recordar que ese año fue decisivo para la isla: Fidel se asumió como marxista-leninista y la Revolución, inicialmente de carácter nacionalista y antiimperialista, se declaró formalmente como socialista. Este clima la llevó a decidir a quedarse en ese país con una revolución en curso, con sus palmeras, el ron, la proximidad al mar y un clima de ideas eufórico por los agitados debates políticos anticapitalistas.

Pronto Isabel comenzó a trabajar en el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). Pronto, Ivens y otros cineastas extranjeros simpatizantes de la Revolución también fueron invitados por este instituto a pasar una larga estancia de trabajo en la isla. Posiblemente haya sido Larguía quien propuso su nombre, a sabiendas de los logros que se obtendría de inmediato, pues recordemos que había sido su mentor. Sin dudarlo, Ivens se lanzó a filmar antes a la Milicia Popular que al Ejército Rebelde, con el fin de retratar el carácter eminentemente popular del pronunciamiento. Sus dos documentales, realizados en 1961, fueron *Carnet de viaje y Cuba, pueblo armado*, considerados como cruciales para la cultura audiovisual cubana dado su alto valor histórico.

Al tiempo de haberse asentado en la isla, Isabel conoció a John Dumoulin, quien también estaba radicado allí desde fines de los años cincuenta. El vínculo de éste con intelectuales latinoamericanos les permitió encontrarse a través de diferentes instancias de estudios e investigación abiertas por Casa de las Américas. Sin demasiadas vueltas, entre ellos venció el amor tanto como la revuelta en la isla. Dumoulin nació en New York en 1936. Se graduó en la Universidad de Harvard en 1958; su vocación era la Antropología Social. Trabajó como investigador en la Academia de Ciencias de Cuba, su Instituto de Ciencias Sociales, especializándose en el estudio de los cambios en las zonas cañeras a raíz de la Reforma Agraria y en la cultura afrocubana. Entre sus tantas intervenciones teóricas como intelectual, Dumoulin integró el equipo de colaboradores de la revista semestral *Etnología y Folklore* del

Instituto Nacional de Etnología y Folklore de la Academia de Ciencias de Cuba. Escribió tres libros: *Cultura, sociedad y desarrollo*, en 1973, *20 años de matrimonios en Cuba*, en 1977, y *Azúcar y lucha de clases*, en 1980. Todos ellos fueron publicados por la Editorial de Ciencias Sociales. Un trabajo de su autoría es citado con frecuencia: «El primer desarrollo del movimiento obrero y la formación del proletariado en el sector azucarero. Cruces, 1886-1902», publicado en *Islas* N° 48, 1974. Dumoulin representó una pieza clave en la gestión de contactos con el mundo académico anglosajón, para editar su producción y la de Isabel en revistas universitarias y políticas con prestigio internacional. Norteamericano en Cuba revolucionaria, cultivaba un perfil bajo. En algunos círculos podía ser visto con suspicacia. Por aquellos años ya mostraba una masculinidad no machista, era camarada de mujeres y conocedor de las problemáticas vigentes en la época.

La pareja vivía en un cómodo departamento en La Habana, reparto poblado de arboledas, con calles amplias y caserones longevos. A pocos minutos de andar, llegaban al edificio Art Deco de la Casa de las Américas, usina de producción cultural e intelectual tras el impulso dado por su directora, que había sido integrante fundamental del naciente movimiento revolucionario, Haydée Santamaría. Por ese entonces, para John e Isabel aquel trayecto entre su morada y la Casa habrá sido un recorrido cotidiano de inagotables evocaciones y repasos. La vivienda estaba en un segundo piso y tenía espacio suficiente para el soporte de varias bibliotecas de pared a pared, potentes e históricas. Por la variedad temática se podía adivinar de quién era cada una.

Los psicoanalistas argentinos Juan Carlos Volnovich y Silvia Wertheim —exiliados en la isla durante los años de la última dictadura cívico-militar argentina— los conocieron muy bien. Armaron una amistad asentada en un vínculo intelectual. Volnovich los define de la siguiente manera: “Isabel y John eran dos personajes, cada uno con su estilo: ella alborotada, brillante, audaz, y él sensato, austero, criterioso”⁵. Ambos parecían tener el carácter suficiente para activar políticamente en un proceso revolucionario de increíble impacto en América Latina y el mundo.

A LA BÚSQUEDA DE LA REVOLUCIÓN: TRAICIÓN DE CLASE

Según Gustavo Rodríguez Ostría en su libro *Tamara, Laura, Tania*:

La revolución —propugnan sus conductores— no cabe en un solo país y para sobrevivir es imprescindible que se expanda por doquier. Hacia

5 Entrevista realizada por la autora a Juan Carlos Volnovich, Buenos Aires, marzo de 2017.

1962, la dirigencia cubana está urgida por exportar e internacionalizar la revolución, crear, donde fuera posible, réplicas de focos guerrilleros en consonancia con una visión de la política concebida como guerra. (Rodríguez Ostría, 2011: 47)

Esa voluntad no tardará en traducirse en acción insurreccional. Un combatiente internacionalista y compañero del Che, Ulises Estrada Lescaille, relataba que le encomendaron la tarea secreta de rastrear a tres argentinas para un trabajo que él desconocía: “Nosotros investigamos en Cuba y en Argentina, a Tania, a Isabel Larguía y a Lidia Guerberof, que era una pianista argentina, una gente de posiciones muy revolucionarias. Por las condiciones de Tania para esta actividad, decidimos proponerle al Che la persona que él había propuesto, y así se hizo” (citado en Kohan, 2005: 2). De este testimonio podría inferirse cierta competencia entre Tania e Isabel; no obstante, eran amigas. A lo largo de 1962, ambas convivieron en la Habana (cfr. Rodríguez Ostría, 2011: 40). Había una razón concreta que las orientaba en la misma dirección: a ambas les preocupaba la necesidad de entrenar mujeres para que participaran en la lucha armada rural y urbana, cumpliendo exitosamente las importantes tareas vinculadas a las contiendas revolucionarias. Estaban decididas y convencidas de esto; el protagonismo de las guerrilleras vietnamitas había sido, en este sentido, un alentador ejemplo. Si bien integrar una terna junto a la valiente Tania abría enorgullecido a Isabel, con seguridad también le habrá provocado más de un dolor de cabeza por las aptitudes disímiles con las que contaba: su formación intelectual, su extracción de clase, a la que estaba dispuesta a renunciar tras el apoyo revolucionario, su interés por la lucha armada⁶.

Estos relatos revelan que la historia política de Larguía estaba rodeada de figuras míticas y leyendas, que tanto su vida privada como pública confluyeron para delinear un perfil en buena medida oculto y envuelto de interrogantes.

Entre 1967 y 1968, Isabel acompañó, como documentalista, a los voluntarios cubanos que lucharon por la independencia de la colonia portuguesa de Guinea Bissau.⁷ Intentó hacer lo mismo contra Somoza en Nicaragua, pero fue privada de su libertad. También en Nicaragua participó en el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)⁸. El

6 Así lo sostiene la socióloga argentina María del Carmen Feijoó basada en el libro de Gustavo Rodríguez Ostría. Entrevista de la autora mayo de 2017.

7 Durante esta incursión, Isabel contrajo una enfermedad cuyo principal síntoma era atravesar estados febriles constantes de los que nunca llegó a recuperarse.

8 Ángel Elizondo sostiene que Isabel durante su detención en Nicaragua le pidió a él y a otros compañeros que difundieran la noticia a nivel internacional para ser liberada.

mismo año comenzó la investigación con su pareja sobre la situación de la mujer. A ambos les preocupaba el vacío de repuesta por parte de las ciencias sociales en relación a dicha temática. Si bien en Cuba la legislación era de avanzada y las mujeres se incorporaban progresivamente a la vida social, era imprescindible un estudio específico. Surgió una necesidad imperiosa de desarrollar nuevos conceptos para la práctica de la liberación. Dumoulin relata que tanto él como ella buscaron una formación marxista que les ayudara a entender y participar en el cambio. Este fue el período en el que elaboraron su ensayo «Por un feminismo científico», que alcanzó una circulación masiva a partir de la década del setenta.

En ese tiempo, Isabel egresó de la carrera de Historia en la Universidad de la Habana. No contenta con ello, finalizó un posgrado en filosofía marxista-leninista y en comunismo científico. Tiempo después, trabajó como realizadora de documentales en los Estudios Cinematográficos de la Televisión de La Habana. Aunque su interés académico en aquel momento era el cine, su feminismo representaba una marca en el orillo familiar: su tía, Susana Largaúa, fue una consagrada sufragista en Argentina. Susana, Victoria Ocampo y María Rosa Oliver fundaron, en marzo de 1936, La Unión de Mujeres Argentinas (UMA) como parte de un cuestionamiento dirigido al fascismo europeo. En esa coyuntura crucial, un sinnúmero de mujeres locales apoyó al Frente Popular español y constituyó un movimiento abierto a la hora de hacer oír su repudio. Junto con sus firmas, más una declaración de la UMA, en 1938 las mujeres movilizadas acompañaron el proyecto de ley de voto femenino presentado por el diputado nacional del Partido Socialista Alfredo Palacios. Según Dumoulin:

Susana influyó en las ideas feministas de Isabel. Para la familia Largaúa ella era una figura discutida pero muy respetada. El interés de Isabel por las ideas progresistas y feministas en parte venían por Susana, pero también ella tenía un alma progre y le gustaba su condición de ser descendiente de próceres. En el marco de una sociedad argentina cabía perfectamente y su tía funcionaba como feminista de familia bien, decía lo que le parecía y sabía moverse en ese medio. Isabel aprendió algo de eso, incluso, aprendió que se podían pelear esos temas en ámbitos donde no caían bien. En el mismo revólver de las aguas se avanzaba y se ganaba pleito personal⁹.

Su sobrina nieta, Mariana Hernández Largaúa, residente desde los años ochenta en Barcelona, detalla el talante de las Largaúa:

9 Entrevista realizada por el autor a J. Dumoulin, comunicación informática vía Skype, junio de 2017.

Nuestra familia tiene su origen en lo que fueron llamadas las familias patriarcas argentinas. Fue, como tal, una *rara avis* en su medio y en el contexto que la rodeaba por su cuestión de clase. En este caso se dio una característica bastante peculiar y no muy frecuente: esta familia tuvo desde sus inicios en su seno a intelectuales y artistas, es más, esta condición no quedó solo en los varones sino que fue extensiva a las mujeres en una época que era casi impensable que ellas interviniesen por fuera de sus roles tradicionales¹⁰.

ACERCAMIENTOS CON ACTIVISMOS FEMINISTAS Y DE LAS MUJERES

El 8 de marzo de 1971 se conmemoró en La Habana el Día Internacional de la Mujer con una mesa que recordaba las muertes de las trabajadoras textiles en Nueva York. La componían Olga Lima, de Angola; Marta Santotomás, de Cuba; Margaret Randall, poeta y activista feminista de izquierda exiliada en la isla; Jane Mc Manus, escritora estadounidense con su recordada investigación testimonial *La isla cubana de ensueño*; Le Hang, de Vietnam e Isabel Larguía. Randall entiende que este evento representó un caso excepcional debido a que dicha celebración era más popular en otras partes del mundo que en Cuba (cfr. Randall, 2016: 190). Este mismo año Casa de las Américas publicó el ensayo «Hacia una ciencia de la liberación de la mujer», firmado por la dupla Larguía-Dumoulin¹¹.

Asimismo, en agosto de 1973, Isabel participó en la Conferencia «Status de la Mujer» del VII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, también editado por Casa de las Américas en 1975. Sus planteos —que involucraban un debate marxista introduciendo la cuestión de la mujer— compartían aires de familia provenientes de buena parte del feminismo internacional. Al respecto, Volnovich cuenta que: “A través de ambos, Silvia y yo pudimos conocer lo último que se estaba publicando en el ámbito académico internacional a pesar del fuerte bloqueo al que estaba sometido el país. Gracias a Isabel, a John y a Mimí Langer yo me encuentro con el feminismo”¹².

A finales de los setenta, el activismo político y cultural de Larguía también se manifestó en su colaboración para la revista mexicana *FEM*, al igual que otras argentinas convocadas por la escritora Tununa Mercado,

10 Entrevista realizada por la autora a Mariana Hernández-Larguía, comunicación informática vía Messenger, noviembre de 2016.

11 La Revista Casa de las Américas, publicación de letras e ideas, se fundó en 1960 como órgano de la institución homónima. Es una de las más prestigiosas de la lengua española y con más larga vida en el Continente: cincuenta y siete años, en la que colaboraron y colaboran lo más destacado de la intelectualidad mundial, abordando las cuestiones de América Latina y el Caribe.

12 Entrevista realizada por la autora en febrero y marzo de 2017.

quien se desempeñaba como secretaria de redacción durante su forzado exilio en tierra azteca. Según Mercado: “FEM ligaba su postura académica con la praxis política feminista y enlazaba las realidades de las mexicanas con las múltiples experiencias que atravesaban sus congéneres de América Latina y el Caribe, colocando su atención en Cuba” (Bellucci, 2014: s/p). En efecto, esta publicación se interesó sobre la complejidad del trabajo doméstico no remunerado y el remunerado dentro de las disputas capitalistas, así como también el realizado por las mujeres pobres, indígenas y campesinas en territorios rurales y en las grandes urbes.

Las académicas feministas Teresita de Barbieri y Elena Urrutia, junto con Tununa Mercado, fueron algunas de las principales figuras en abordar dichas cuestiones. En simultáneo, seguían de cerca las transformaciones y desafíos que atravesaban las cubanas a lo largo de su historia y en ese presente revolucionario, sin soslayar las tensiones entre el feminismo y la Federación de Mujeres Cubanas (FMC). En 1976, el ensayo de la dupla fue reseñado por Elena Urrutia para *FEM*, en el Vol. 1 N° 1, llamado «Del trabajo invisible al trabajo visible». Mientras que Alaíde Foppa —coeditora de *FEM*, poeta, activista feminista, crítica de arte y traductora, de ascendencia argentina y desaparecida en Guatemala en 1980 durante la dictadura de Fernando Romeo Lucas García— fue también otra de las plumas comprometidas. En uno de sus escritos «¿Salario para el trabajo doméstico?» recuperaba la noción de trabajo invisible bajo la autoría de Isabel y John. Y lo describía “como una labor cotidianamente destruida y cotidianamente rehecha” (Foppa, 1977:13). Tres años más tarde, Largaúa compuso un extenso ensayo en esta publicación, en el Vol 4 N° 15, con el nombre «La mujer el sector más explotado de la historia»¹³.

En 1982, al celebrarse el X Congreso Mundial de Sociología, las académicas feministas Elizabeth Jelin, de Argentina, Isabel Largaúa, de Cuba, Carmen Barroso, de Brasil, y Sylvia Marcos, de México, integraron la delegación de América Latina para constituir el Comité de Estudios de Mujeres en Sociedad dentro de dicho espacio¹⁴.

Dos años más tarde, Largaúa fue co-fundadora de *Development Alternatives with Women for a New Era* (Alternativas de Desarrollo con Mujeres para una Nueva Era), más conocida por DAWN, un espacio integrado por feministas del sur global (Sri Lanka, Brasil, Pakistán, Marruecos, México, India, Bangladesh, entre otros tantos) y se constituyó en Bangalore, India. La DAWN permanece aún como una red activa. Entre sus objetivos centrales está el de promocionar y defender

13 Disponible en <<https://biblat.unam.mx/es/revista/fem/103>> (Último acceso: 02/03/2018).

14 Disponible en: <<http://www.isa-sociology.org/uploads/files/isa-bulletin40.pdf>> (Último acceso: 02/03/2018).

el derecho al aborto en sociedades donde todavía se encuentra penalizado. Esta filiación internacionalista se vinculó a otro episodio de impacto en el feminismo latinoamericano. En 1984, en La Habana, se realizó la reunión preparatoria de los países latinoamericanos y del Caribe para la III Conferencia Mundial sobre la Mujer, organizada por las Naciones Unidas y efectuada en Nairobi. Por esta razón, la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) convocó a un sinnúmero de ONG latinoamericanas, incluyendo a Cáritas, junto con las figuras más consagradas de los feminismos regionales, tales como María del Carmen Feijoó, Gina Vargas, Rosabal Tobado, entre otras tantas. Vilma Espín, encargada del nacimiento de dicha organización, de la que fue presidenta vitalicia, presidió el evento. También se encontraban integrantes de distintas Casas de Orientación de la Mujer y de la Familia.

En ese congreso de 1984, la feminista peruana Gina Vargas se encontró con ambos y cuenta lo siguiente:

La conocí a ella y a John en Cuba para una reunión preparatoria de la Conferencia de la Mujer en Nairobi. Ya había tenido referencias de ambos y de su reflexión. Les conté del trabajo que hacíamos en Lima con las obreras de las fábricas en huelga (Lucy y Connel). Hablamos mucho sobre por qué nos habíamos puesto el nombre de Flora Tristán, justamente, por ser feminista y socialista, precursora de Karl Marx, de la importancia que ambas luchas estuvieran articuladas. Hablamos también de la significación de nuestras batallas feministas. Me fasciné con su convicción de que el feminismo ha sido la revolución más grande del siglo XX, frase célebre que está colocada en uno de mis artículos. Sin duda, fue una pionera indiscutible en América Latina, evidenciando el trabajo invisible de las mujeres y la calidad reproductiva de su fuerza de trabajo¹⁵.

Entre tanto, María del Carmen Feijoó agrega una nota de color significativa sobre el mismo hecho:

Yo conocí a Isabel en el mismo evento que relata Vargas. Fue en el Palacio de las Convenciones, en un gran cóctel donde estábamos las feministas latinoamericanas Mabel Filippini, Magdalena León, junto con [Elisabeth] Jelin y yo. Se había corrido la voz que en cualquier momento aparecía Fidel Castro. Por esa razón nos pidieron que las carteras y las cámaras fotográficas no tenerlas con nosotras. Efectivamente, llegó y a eso de las 4 de la mañana logramos estar a solas con él. Y en un acto de presentación, le dijimos: Comandante ella es Isabel Larguía. A Jelin, que es más inteligente que yo, le llamó la atención que con todos esos años que llevaba ella residiendo en Cuba, recién allí conoció a Fidel¹⁶.

15 Entrevista realizada por la autora a Gina Vargas, comunicación informática vía correo electrónico, enero de 2017.

16 Entrevista realizada por la autora a María del Carmen Feijoó, Buenos Aires, abril

Las memorias, siempre parciales y fragmentarias, parecen, una y otra vez, arrojarnos la cualidad dual de Larguía-Dumoulin: jóvenes provenientes de familias muy acomodadas que hicieron traición de clase para sumarse a la Cuba revolucionaria, intelectuales comprometidos que sacudieron los términos feministas y marxistas con los que podía trazarse la emancipación social.

ENTRE LA REAPERTURA DEMOCRÁTICA Y EL AVANCE NEOLIBERAL

Hacia 1988, la familia Larguía-Dumoulin se trasladó de Cuba a la Argentina. Al consultarle a Dumoulin las razones que determinaron el retorno final, él aclara lo siguiente:

Nuestra vuelta tiene muchos aspectos. Uno, Isabel ya se estaba enfermando y al final se murió de cáncer. [Es por esto mismo que ella] se dedicaba a temas de creación intelectual, no cinematográficos. Esa combinación de factores la llevó a querer cada vez más volver a su país de origen. Veía que venía la muerte y quería regresar y tener una etapa nueva. Ya no estaba en condiciones de salir a filmar a lugares extraños [...] se sentía pesada por su enfermedad. Entonces yo la acompaño¹⁷.

Se instalaron en Buenos Aires. Vivían en un departamento en Barrio Norte, en la avenida Santa Fe y Ecuador. Ella tuvo una breve experiencia en la naciente Subsecretaría de la Mujer, bajo la conducción de Zita Montes de Oca. Para Larguía, las puertas del gobierno de Raúl Alfonsín estaban cerradas por su compromiso con la Cuba castrista; con todo, Zita la convocó igual a integrar sus equipos de trabajo. Durante ese período tan particular de la transición democrática, los organismos de Derechos Humanos adquirieron una relevancia política significativa por su desempeño a través de acciones comunes, generando nuevas proposiciones de intervención, tomas de conciencia y tomas de palabra. Este fue el contexto en el que Isabel participó en la Asamblea Permanente de Derechos Humanos (APDH).

Hacia 1987, se presentaron levantamientos en diferentes regimientos del país realizados por los oficiales y suboficiales genocidas que no se beneficiaron con la ley de Punto Final, la cual establecía la caducidad de la acción penal de los imputados como autores responsables de terrorismo de Estado. Como respuesta, se organizó un movimiento autogestivo llamado Iniciativa Democrática para la

de 2017. También se entrevistó a Elisabeth Jelin, en enero de 2017. Para ella, recién a fines de los ochenta se cruzó con Isabel en actividades vinculadas al mundo académico, aunque en lo personal reconoce haberla tratado poco.

17 Entrevista realizada por el autor a J. Dumoulin, *ibídem*.

Resistencia Civil, el cual nucleaba a personalidades políticas, sociales e intelectuales para condenar estos oscuros hechos considerados una provocación contra el orden institucional. El movimiento se lanzó el 5 de diciembre de 1988 a partir de una columna del diario *Página 12*, escrita por el periodista Horacio Verbitsky, bajo el título «Iniciativa Democrática»¹⁸. Isabel había estrechado fuertes vínculos con el secretario general del Partido Demócrata Cristiano, Carlos Auyero, a través de Zita Montes de Oca, quien también integraba esas mismas filas¹⁹. John puso el cuerpo en una infinidad de actividades que se organizaron desde Iniciativa Democrática para la Resistencia Civil, en repudio a un clima de tensa situación política.

El 23 de enero de 1989, el Movimiento Todos por la Patria (MTP) atacó al Tercer Regimiento de Infantería, ubicado en La Tablada, con el aparente propósito de frustrar una supuesta conspiración militar contra el gobierno constitucional de Raúl Alfonsín. La perplejidad y la consternación por tal acontecimiento cayeron como un pesado manto sobre grandes sectores de la izquierda, de los organismos de Derechos Humanos y de los intelectuales que libraron un enérgico debate interno. La reaparición de la acción armada, paramilitar y antidemocrática, instaló a Larguía en un protagonismo de denuncia pública que signó su participación comprometida alrededor de la compleja realidad local. En el mismo año, la pareja presentó su antología *La Mujer nueva. Teoría y práctica de su emancipación* —editado por el Centro Editor de América Latina (CEAL)— en el Colegio de Graduados de Sociología de Buenos Aires. A raíz de su vinculación con María del Carmen Feijoó, ella comenzó a colaborar con notas de opinión en la revista *Vivir*, que salió entre 1976 y 1993 bajo la dirección de la comunicóloga Alicia Entel²⁰. En 1994 apareció en Estados Unidos un texto escrito por Isabel y traducido por John: «Why Political Feminism?» (¿Por qué una política feminista?), incluido en el volumen editado por Sussane Jonas y Edward J. McCaughan denominado *Latin America Faces the Twenty-First Century: Reconstructing a Social Justice Agenda* (América Latina se enfrenta al siglo XXI: reconstruyendo una agenda de justicia social).

18 En dicha nota convergían un sinnúmero de figuras descolantes: la referente de Madres de Plaza de Mayo- Línea Fundadora, Nora Cortiñas; los diputados de la Unidad Socialista: Guillermo Estévez Boero, Alfredo Bravo y Ricardo Molinas; el Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel; el escritor Ernesto Sábato; el cineasta, Javier Torres y Carlos Auyero.

19 Verbitsky publicó tres columnas en el diario *Página 12* a lo largo de diciembre de 1988 haciendo referencia al accionar, los objetivos y los apoyos internacionales de esa organización.

20 Entrevista realizada por la autora a María del Carmen Feijoó, *ibídem*.

A principios de los años noventa, desde el naciente partido Democracia Popular, el dirigente Carlos Auyero encabezó la tentativa de conformar un polo de centro izquierda junto con sectores del radicalismo, del socialismo, del Partido Intransigente Independiente y del peronismo progresista (cfr. Pavón, 2012: 85). En este contexto se organizó una corriente interna llamada Feminismo Político, que inauguró una propuesta de mujeres y varones en torno a la despenalización del aborto voluntario. Esta tendencia fue promovida por la pareja como figuras emblemáticas del feminismo marxista latinoamericano²¹.

En 1994 la Comisión por el Derecho al Aborto –creada en 1988 por feministas de Buenos Aires– difundió la solicitada “8 de marzo. Anticonceptivos para no abortar, aborto legal para no morir”, firmada por Dora Coledesky, Alicia Cacopardo, Martha Rosenberg, Mabel Bellucci, Nora Cortiñas, Osvaldo Bayer, Carlos Jáuregui, Mabel Bianco, Vilma Ripoll, Beatriz Sarlo, Isabel Larguía y un amplio etcétera. Esta carta pública se encuadra dentro de una coyuntura abierta durante la reforma constitucional, en la que el menemato intentó introducir la penalización total del aborto (Theumer, 2018). Ese mismo año, Larguía se relacionó con la poeta y periodista tucumana María Isabel Constenla, conocida en el ambiente militante de la izquierda nacional como Yiyí²². Casualmente, ese seudónimo era muy similar al que usaba el entorno íntimo para llamarla a Isabel: Gigi. Constenla fue compañera de Jorge Enea Spilimbergo, fundador del partido Patria y Pueblo (PyP). Aparte del mote parecido, ambas mujeres se unieron por un tema que les quitaba el sueño: el trabajo doméstico. Ella había publicado, en 1981, *La mujer, en la casa, reproduce la fuerza de trabajo sin cobrar salario*, en Tribuna Patriótica del Frente de Izquierda Popular.

Al final de su vida, Isabel se conectó con militantes feministas del peronismo, quienes la convocaron para trabajos puntuales en el Estado. Mientras tanto, su producción académica se orientó en dirección a la imagen de la mujer en los medios de comunicación, las artes plásticas y visuales. Por ejemplo, en la Biblioteca del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires se encuentra un ensayo de su autoría: «La mujer en los medios audiovisuales», editado en 1982 por la Universidad Autónoma de México.

En sus últimos momentos, como un desafío cuerpo a cuerpo con la muerte, Isabel se concentró en escribir sus memorias sobre las

21 Lamentablemente, de esta innovadora vertiente no quedaron documentos escritos, tan sólo testimonios orales de quienes apoyaron dicha gesta.

22 Entrevista realizada por la autora a Virginia Franganillo, Buenos Aires, abril de 2017.

vivencias durante su paso por Angola²³. Falleció en Buenos Aires el 14 de febrero de 1997. John permaneció un tiempo más en Argentina y luego partió a los Estados Unidos, donde reside actualmente. Se casó con la consagrada antropóloga y académica feminista estadounidense Helen Safa. Esta reconocida investigadora, entre 1983 y 1985, fue presidenta de la Latin American Studies Association (LASA), de la que actualmente Dumoulin es Miembro Honorario. Junto a John desarrollaron actividades académicas en la Universidad de La Florida, hasta su fallecimiento en 2013. Pero volvamos a la Cuba revolucionaria donde la dupla activista y teórica vivió durante unos treinta años.

Estamos ante dos personalidades muy singulares: una rosarina y un neoyorkino confluyeron en la isla para intervenir intelectual y políticamente en la Revolución abierta en 1959. Tanto Larguía como Dumoulin realizaron un trabajo de distanciamiento crítico para con su extracción de clase, del mismo modo que lo harán con su lugar cultural asignado en tanto varón y en tanto mujer. En cuanto a su compromiso público, lo de ellos significó una traición de clase y, como veremos, también sexual.

23 Entrevista realizada por la autora a Mariana Hernández Larguía, *ibídem*.

TRÁFICO DE IDEAS Y CIRCULACIÓN EDITORIAL

A inicios de 1968 se instituyó la Resolución N° 47/48 del Ministerio de Trabajo que “prohibía a las mujeres ciertas actividades “demasiado rudas, insalubres y/o peligrosas” (Ramos, 1971: 39). Ello no era más que una medida de discriminación sexista en el acceso al trabajo formal, implantando la restricción de mujeres en determinadas ramas y oficios de la economía. Tal como recuerda Dumoulin (2011 y 2017), Larguía —quien gozaba de cierto reconocimiento por su participación hacia fines de los sesenta en la guerrilla armada y por su internacionalismo— manifestó su disconformidad. Las autoridades del gobierno de Cuba argumentaron su decisión basándose, fundamentalmente, en la necesidad de una medida proteccionista ante los cambios bruscos que implicaba la inserción de mujeres, confinadas al hogar, en amplias ramas de la industria y la producción agrícola diversificada.

Fue este disenso el que los condujo a revisar los presupuestos “biologistas” que estaban arrastrándose en plena transición socialista, un balance que se consideró plausible pasada la primera década de la Revolución. Dumoulin así lo recuerda:

El envión general para incorporar a las mujeres al trabajo retribuido era muy bien visto, pero venía con una ley que estaba redactada por abogados conservadores. Era un momento muy movedido. Era un proceso de revolución y a partir de esta ley de la clasificación de los trabajos por

sexo, inmediatamente, Isabel tuvo una reacción visceral y todas nuestras conversaciones giraban en torno a este tema. En un principio, era alrededor del tema de la justicia. Y en una segunda etapa luchar por poner este tema más profundamente en relación con los preceptos radicales del marxismo acerca del trabajo. ¿Cómo era posible que se redactara semejante documento determinando qué podían hacer los hombres y que podían hacer las mujeres? Y cuando vimos que era un tema realmente profundo luchamos y luchamos más para superar ese dilema¹.

Fue esta singular coyuntura histórico-política lo que les impulsó a pergeñar el ensayo que comenzó a circular en forma manuscrita hacia fines de los años sesenta, bajo el título *Por un feminismo científico*; ensayo que durante su recorrido tuvo diferentes variantes, tal como recordarán sus autores años más tarde en *La Mujer Nueva* (1988) Según el testimonio de Dumoulin, el texto inicial estuvo en manuscrito por un tiempo, mientras lo hacían circular entre otros intelectuales en Cuba, lo que facilitó su maduración argumentativa. Él recuerda:

Estuvimos masticando eso durante bastante tiempo antes de darlo a conocer por lo polémico que era... No era un tema para hablarlo en todas las esquinas y sin pensarlo. Entonces estuvimos tratando de superar ese dilema durante tiempo y fuimos rehaciendo borradores y más borradores. O, por lo menos, queríamos equipararnos con argumentos de una fuerza capaz de exigir reconocimiento y no de inmediata aprobación².

Un primer antecedente que guiará su modelo de análisis fue publicado en diciembre de 1968, en la revista semestral *Etnología y Folklore*. Allí la pareja comenzó a problematizar la distinción entre esfera doméstica y pública de la vida social, “en el marco de un estudio sociológico concreto de la relación entre psicología social y estructura social (...) destacamos la importancia de la diferencia entre trabajadores, por un lado, y amas de casa por otro” (Larguía y Dumoulin, 1988: 8). Pero habrá que esperar hasta 1970 para que el ensayo, hasta entonces manuscrito, viese la luz editorial bajo el título «Contra el trabajo invisible». En esta versión, como veremos, se esforzaron por conceptualizar el proceso de confiscamiento de la actividad productiva de las mujeres dentro del hogar, un trabajo producido ideológicamente como no-trabajo en el capitalismo. Aunque parezca insólito, esto nos conducirá de La Habana revolucionaria a la convulsionada París del mayo francés.

1 Entrevista realizada por el autor a J. Dumoulin, *ibídem*.

2 *Ibídem*.

DE PARTISANS A CASA DE LAS AMÉRICAS

En 1970, la revista de izquierda parisina *Partisans* (*Partisanos*) —dirigida por el editorialista Françoise Maspero— publicó un número especial (N° 54-55) llamado *Liberation des femmes: annee zero*, con el objeto de difundir los debates feministas en Estados Unidos y Francia. En su prólogo, anticipaba que el Movimiento de Liberación de la Mujer (MLM) —conocido así en aquel entonces— no se circunscribía a los Estados Unidos, sino que estaba aconteciendo, de manera simultánea, por toda Europa Occidental: Inglaterra, Holanda, Suecia, Dinamarca, Alemania, Francia e Italia. En *Mujeres en el Mundo. Historia, retos y movimientos*, la historiadora Mary Nash afirma que *Partisans* formuló “una de las primeras declaraciones del MLM francés que postulaba una radical denuncia del sistema patriarcal” (Nash, 2004: 189). Más aún, condensó un desarrollo teórico vinculado al trabajo doméstico que sentará precedentes académicos internacionales.

En efecto, a las militantes que comprobaban la discriminación que atravesaban dentro de las organizaciones mixtas comprometidas con la justicia social y el anticapitalismo, les urgía crear nuevas colectividades políticas compuestas solo por mujeres, ya que continuaban siendo el “segundo sexo”. En consecuencia, el MLM se nutrió de las experiencias y trayectorias de todas aquellas que rompieron en masa con la Nueva Izquierda y con los movimientos radicales. De esta forma, constituyeron grupos autogestivos para explorar acciones de luchas encaminadas a denunciar su propia opresión. Por ejemplo, uno de los primeros documentos elaborados por feministas radicales estadounidenses fue la «Resolución sobre la mujer», publicado por el Consejo Nacional de Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS) el 31 de diciembre de 1968. Aunque el SDS era una agrupación universitaria anticapitalista estadounidense —comprometida con la clase obrera, las luchas negras y anticoloniales y contra la guerra de Vietnam— sus miembros estaban cruzados por un vehemente machismo. Por esa razón, ese manifiesto simbolizó la plataforma inicial para que las militantes de izquierdas armaran estrategias propias de insubordinación frente al sometimiento que implicaban las demandas de sus camaradas masculinos. Al año siguiente, el Manifiesto del Grupo Pro Liberación Femenina de New York hacía explícito tal malestar: “Nosotras deseamos informar a los hombres del movimiento de la Nueva Izquierda que estamos cansadas de participar en las revoluciones de otros y que ahora trabajaremos para nosotras” (citado en Randall, 1970: 67).

Liberation des femmes: annee zero fue compilado por Christine Delphy y colaboraron escritoras consagradas y otras no tanto, algunas con ensayos inéditos y otras ya conocidos: Kathleen McAfee y Minna

con «Pan y Rosas»; Maggie Benston con «Para una economía política de la liberación femenina»; Roxanne Dunbar con «La casta y la clase: Una clave para comprender la opresión de las mujeres»; Anne Koedt con «El mito del orgasmo vaginal»; Navoni Weisstein con «Kinder, Küche, Kirche como ley científica: la psicología construyó la mujer»; Christiane Rochefort con «El Mito de la Frigidez Femenina»; un grupo de militantes con «Proponemos»; Christine Dupont con «El principal enemigo»; Anne y Jacqueline con «De un grupo a otro»; Anne Z con «La revolución en la revolución en Cuba»; e Isabel Larguía participó con el texto «Contra el trabajo invisible». Si bien así aparecía firmado el consagrado ensayo, en verdad, los autores habían sido ella y él. Dumoulin devela las razones que llevaron a editar en *Partisans*:

“En 1968 conocimos una joven [feminista] francesa que cayó a Cuba. [Ella estaba] relacionada con Christine Delphy y nos habló de que querían hacer algo parecido a un nuevo Marx. Esta muchacha, Anne Zelensky, nos pareció seria y convenció a Isabel que debía ser ella la que apareciera publicando”³.

Lo dicho no era un dato menor: el ensayo manuscrito fue dirigido hacia una publicación de corte expresamente feminista e interesada en cuestionar los presupuestos patriarcales del marxismo teórico. No en vano, se acordó que aquel número especial de *Partisans* fuese firmado expresamente por mujeres.

Hacia fines de los años sesenta, en el campo intelectual latinoamericano e internacional se presentaron desavenencias tanto por las medidas económicas como por las culturales tomadas por el primer ministro Fidel Castro, frente al bloque de la Unión Soviética (URSS) y de los países socialistas europeos. En este clima de ideas, hacia 1971, comenzó a circular una adaptación del ensayo escrito por la dupla: «Hacia una ciencia de la liberación de la mujer». La revista cubana *Casa de las Américas*, en su N° 65-66, compuso un dossier

3 Entrevista realizada por el autor a J. Dumoulin, ibídem. Anne Zelensky, alias Anne Z., histórica feminista francesa que impulsó junto con Jacqueline Feldman la asociación Femenina, Masculina, Futura (FMA), creada dentro del Movimiento Democrático de Mujeres. Esta asociación intervino en una gran reunión en la Universidad de la Sorbona, ocupada en mayo del 68, planteando el tema de la discriminación de las mujeres. De integrar agrupaciones mixtas, Anne Z se inclinó hacia el movimiento feminista separatista. En abril de 1970, la FMA pasó a llamarse Femenismo, Marxismo, Acción. El 5 de abril de 1971 apareció su firma en el histórico documento conocido como el “Manifiesto de las 343 salopes”, atorrantas o putas en castellano. Fue publicada en la revista *Le Nouvel Observateur*. En el mismo todas declaraban haber abortado y se exponían a ser sometidas a procesos legales hasta correr el riesgo de terminar presas. Además, reclamaban que el aborto fuera gratuito y libre, durante las diez primeras semanas de gestación. En esos años, esta intervención pública fue considerada como una gesta de desobediencia civil.

denominado «La Mujer», en el cual se publicó este último trabajo mencionado junto con cinco artículos más: «La mujer y la revolución en Cuba», de Ana Ramos; «Una brasileña en la lucha: Adamaris Oliveira Lucena», de Margaret Randall; «Para celebrar la violencia de Angela Davis», de René de Pastra; «Violeta de América», de Julio Huasi; y «Dos mujeres vietnamitas», de La Vigía.

Dicho dossier, parcialmente olvidado e ignorado, encarnó el primer intento de componer un *corpus* sobre los estudios de la mujer en Cuba. En este compilado compuesto por ensayos, poesía, recordatorios y entrevistas, la producción más significativa e innovadora fue el texto de Dumoulin-Larguía. En un repaso a primera vista se comprueba que «Hacia una ciencia de la liberación de la mujer» tenía una centralidad por su agudeza teórica, destacándose también el reportaje realizado por Randall y el escrito de Ramos que introducía fuentes bibliográficas de teóricas estadounidenses y francesas de la época.

Además, este número involucró un conjunto de disputas intelectuales que sintonizaban con un clima de época, alimentado por el primer decenio de la Revolución. Basta hojear su prólogo para entrever el surgimiento de una oposición hacia finales de esa década: la de aquellos aliados que, sin renunciar al credo revolucionario, apelaban al derecho de participar con intervenciones críticas en la construcción del proyecto. No caben dudas que representó un número “caliente” publicado en un período crítico, tanto de censura como de autocensura, conocido como “el quinquenio gris” (1971-1976)⁴, momento en el cual se disciplinó bajo el control estatal los posicionamientos políticos críticos, las creencias religiosas y las disidencias sexuales. La diversidad de voces aparecida en este ejemplar de *Casa de las Américas* exponía el abanico de polémicas abiertas, siendo evidente en algunos cambios en el comité editorial que se anunciaron en tal prólogo, a efectos de: “seguir contando con los antiguos integrantes de inequívoca posición revolucionaria y, llegado el caso, prescindir de aquellos que se manifestaron incapaces de mantenerse leales a los principios revolucionarios”. Muy probablemente, la edición de un número dedicado a “La mujer” operó como una intervención novedosa que podría contribuir a nuevos aires de debate, así como al clima de tensión creciente en aquel entonces. De acuerdo al testimonio de Volnovich: “ambos tenían el carácter suficiente para afrontar tal coyuntura: Ellos estaban a la búsqueda

4 Para una mayor profundización de este período, ver: *La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión*, 2008, Centro Teórico-Cultural Criterios, Cuba. Fomet, Ambrosio, 2007, «El Quinquenio Gris: revisitando el término», en *Casa de las Américas* (La Habana), N° 246.

de reconocimiento [intelectual]”⁵. En consecuencia, editar en este ejemplar puede leerse como un pronunciamiento de apoyo al gobierno cubano por parte de la dupla Larguía-Dumoulin.

Si, por un lado, este número parecía introducir perspectivas críticas para diagramar el lugar de la mujer dentro de la Revolución, por otro lado, combinó declaraciones expresas de elementos considerados anomalías externas al proceso revolucionario: los discursos políticos con un contenido imperial o neocolonial. Así fueron concebidas la moda, las costumbres, la extravagancia y la homosexualidad, tal como se desprendía de las declaraciones oficiales realizadas en el I Congreso de Educación y Cultura celebrado en La Habana entre el 23 y el 30 de abril de 1971. Con respecto a la moda, se afirmaba que: “la necesidad de mantener la unidad monolítica de nuestro pueblo y el combate a cualquier forma de desviación entre los jóvenes determinan la exigencia de implementar las medidas necesarias para su erradicación (...) que la utilizan como mecanismos de identificación entre sí y de protesta contra la Revolución” (*Casa*: 13). En este mismo sentido, el punto de quiebre de la sexualidad era la homosexualidad. Se establecía la necesidad de reconocer “el carácter antisocial de esta actividad” (*ibíd.*)⁶. Este interés por despojarse de los que se consideraban elementos neocoloniales que obturaban el desarrollo revolucionario, tendrá su impacto en los escritos de Larguía-Dumoulin. Por último, se incluyó en dicha edición el «Discurso de clausura» de Castro y un desarrollo vinculado al “caso Padilla”, con la autocrítica del poeta en la UNEAC⁷.

Ariesgo de ser insistentes, los inicios de los años setenta significaron un clima de balances respecto del primer decenio revolucionario.

5 Entrevista realizada por la autora a J.C. Volnovich, *ibídem.*

6 Mirándolo desde el Sur, dicho distanciamiento relativo a la politización de la homosexualidad suscitó quiebres entre los grupos de disidencia sexual que intentaban vincularse con agrupaciones de las izquierdas. Tal fue el caso del Frente de Liberación Homosexual (FLH) en Argentina que expresó su preocupación al respecto a través de su revista *Somos*.

7 El 9 de abril de 1971 apareció en el periódico francés *Le Monde* una carta dirigida a Fidel Castro, firmada por sesenta y dos intelectuales europeos y latinoamericanos, donde expresaban su preocupación ante el arresto del escritor y poeta Heberto Padilla, autor de *Fuera del juego*. La firmaban Carlos Barral, Simone de Beauvoir, Susang Sontag, Italo Calvino, Julio Cortázar, Marguerite Duras, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Juan y Luis Goytisolo, Alberto Moravia, Octavio Paz, Francisco Rossi, Jean Paul Sartre, Jorge Semprún y Mario Vargas Llosa, entre otros. Por esta razón, Fidel replicó con el agresivo «Discurso de clausura» durante el cierre del primer Congreso Nacional de Educación y Cultura. Esto significó el quiebre de las relaciones entre la Revolución y algunos de sus fieles aliados del exterior.

Esta coyuntura reencauzó luego con los reacomodamientos de Cuba en cuanto a su plan económico y sus vínculos internacionales. Tales coordinadas favorecieron la publicación “exótica” de Larguía-Dumoulin en 1971, porque comenzó a introducir una diferencia —la cuestión de la mujer— para interrogar no sólo el aparato teórico marxiano sino el propio desarrollo revolucionario en curso. A su temprana circulación manuscrita que llegó hasta Buenos Aires, y luego fue publicado en Francia y en Cuba, le seguirán otras ediciones. Por efecto derrame, sus preocupaciones encontrarán eco en otras coordinadas socio-históricas de alta efervescencia social.

CONTEXTO INTERNACIONAL FAVORABLE A NUEVAS REEDICIONES

La Revolución Cubana, con su carácter nacional, reavivó el antiimperialismo enfrentando a Estados Unidos. Al mismo tiempo, el acuerdo con el Bloque Socialista en 1971 y su política exterior de internacionalismo proletario, dotaron a Cuba de contenidos excepcionales en comparación con la Unión Soviética, los países de Europa Oriental y la República Popular China.

Siguiendo su ruta de reediciones con correcciones y agregados, el ensayo de Larguía-Dumoulin se editó en Londres en 1972, a través de la Red Rag Collective, bajo el nombre «Towards a science of women’s liberation: an analysis from Cuba» (Hacia una ciencia de la liberación de la mujer: un análisis desde Cuba). También, en ese mismo año, apareció publicado en tres medios más. Primero, en la revista mensual *Political Affairs* (*Asuntos Políticos*), órgano del Partido Comunista de Estados Unidos, que estaba destinada a discusiones teóricas y culturales contemporáneas, relevantes para marxistas y el movimiento obrero. Segundo, en el *NACLA’s Latin America & Empire Report* (Informe de América Latina y el Imperio) N° 10 —edición del Congreso Norteamericano sobre América Latina (NACLA) y publicada en New York— con el título «Toward a Science of Women’s Liberation» (Hacia una ciencia de la liberación de la mujer). Tercero, salió editado por la Biblioteca del Partido Comunista de la Universidad de Warwick (Reino Unido), con el nombre: «The economic basis of the status of women» (La base económica de la condición de la mujer). En 1972 también llegó el ensayo a la Argentina, gracias a una traducción de la versión francesa incluida en *La liberación de la mujer: año cero*, volumen lanzado al mercado por Editorial Granica. Dicha versión francesa, «Contra el trabajo invisible», será publicada también en Perú, en 1976, por parte del Centro de Publicaciones educativas Tarea. Por otro lado, la Editorial Nueva Mujer introdujo otra versión, próxima a la edición cubana, en una compilación titulada *Las mujeres dicen basta*.

En 1975, «Hacia una ciencia de la liberación de la mujer» fue difundido por la Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, División de Publicaciones. Un año más tarde, la editorial Anagrama de Barcelona recogió dicha versión y reeditó el ensayo adjuntando un prólogo escrito por la profesora y activista catalana Ángeles Martínez Castells. Al respecto, ella planteaba:

Aunque a primera vista parezca algo excesivo, no deja de ser un reto, un desafío, que este libro se titula *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer*. Ante tanta trivialidad, ante tanta imagen deformada y plebiscitada de lo que “es” una mujer —que en realidad es lo que «no es», lo que la niega— esta obra constituye un paso más hacia una seria clarificación del papel de la mujer en las condiciones actuales⁸.

Esta impresión colocaba a la investigación de Larguía-Dumoulin en uno de los principales campos de batallas feministas: el de la lucha contra estereotipos sexistas e inferiorizantes. Más adelante, cuando nos adentremos en su propuesta teórica, veremos que ambos no trataban tanto o solamente lo que es o no es una mujer, sino más bien *lo que podría llegar a ser*.

En 1982, el ensayo se publicó en Brasil bajo el título *Para uma Ciência da Libertação da Mulher*, esta vez a cargo de Global. Al año siguiente, apareció en la Habana *Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer*, gracias a la Editorial de Ciencias Sociales. En 1988, el Centro Editor de América Latina (CEAL) publicó en Buenos Aires *La mujer nueva: Teoría y Práctica de su emancipación*.

La escritora y periodista feminista Carmen Lugo escribió el 29 de agosto de 1982 en el diario mexicano *Uno más Uno* un artículo llamado «Historia de un plagio», en el cual denunciaba la expropiación por parte de la academia hegemónica de una contribución intelectual con un perfil íntegro latinoamericano: la obra de Larguía y Dumoulin. Sostenía Lugo que dicho ensayo:

Muy pronto recorre el continente despertando el interés de investigaciones y militantes feministas de los recién organizados grupos de Argentina, México, Perú y República Dominicana. Se inicia entonces la historia de un plagio que a tres editoriales mercantiles y un sin número de imprentas marginales —de partidos políticos, sindicatos y grupos feministas— ha reeditado dividendos... Se puede decir que no hay trabajo de investigación, tesis profesional o ensayo académico sobre el tema que no parta de las tesis de los autores en cuestión, a los cuales, generalmente, tampoco se les ha dado crédito.

8 Disponible en: <http://www.anagrama-ed.es/libro/cuadernos-anagrama/hacia-una-ciencia-de-la-liberacion-de-la-mujer/9788433907332/CA_133> (Último acceso: 02/03/2018).

En cuanto a su recepción, la pareja afirmaba que la salida del trabajo había generado una sistemática y fructífera discusión dentro de un grupo relacionado con los estudios de la mujer, sostenido por el Instituto Cubano de Amistad de los Pueblos (ICAP) ⁹ (cfr. Larguía y Dumoulin, 1988: 40). A raíz de celebrarse en 1975 el Año Internacional de la Mujer, la revista *Casa de las Américas* consagró un número específico a la temática: el N° 88 del Año XV. En sus primeras páginas anunciaban lo venidero:

“Posiblemente, contribuimos en la medida de las posibilidades en la divulgación de la noble causa que significa la lucha contra la discriminación que en numerosos países sufre la mujer y de la solución real que a dicha discriminación le ha dado la Revolución” (citado en Sónora Soto, 2011: 19).

En esta oportunidad, Larguía y Dumoulin otra vez sentaron precedente al publicar «Aspectos de la condición laboral de la mujer». Aquí tendría lugar una mayor profundización del tema por las transformaciones que estaban dándose en la transición cubana. En una carta dirigida a la revista *FEM*, Vol. 2, N° 7, Larguía no solo agradecía las repercusiones de su ensayo sino también indagaba cómo su concepción teórica se convirtió con el andar en un corpus para las producciones de las izquierdas:

“Fue en mi primer trabajo escrito en 1968 y publicado solo dos años más tarde de modo oficial, donde se habló de trabajo invisible. Lo que ocurrió es que el manuscrito circuló antes de imprimirse durante dos años...Nos sorprendió mucho que con el transcurrir del tiempo nuestras ideas pasaran a transformarse en algo así como las categorías básicas de las publicaciones marxistas al respecto (y las no marxistas dicho sea de paso)” (Larguía, 1978: 100).

Hacia finales de los años ochenta, afincados en Argentina, John e Isabel reseñaron el largo y exitoso impacto de su texto, tanto en la isla como entre los grupos más radicalizados del marxismo feminista de nuestra región, al ser publicado en un sinnúmero de países y traducido en diferentes lenguas:

En esos años aparecieron unas veinte ediciones en Cuba, en diversos países de América Latina y de Europa y en los Estados Unidos. Desde entonces algunas de las ideas centrales fueron incorporadas al torrente de publicaciones que comenzaba a producirse en Estados Unidos y Europa sobre el tema de la mujer. Entre estas ideas figuran la noción de la invisibilidad de la actividad socioeconómica de la mujer y su raíz, el

9 El ICAP se constituyó con el objetivo de promover y canalizar las relaciones de solidaridad que desde sus inicios suscitó la Revolución Cubana en todo el mundo.

contenido de las labores domésticas y su papel en la reproducción de la fuerza de trabajo. (Larguía y Dumoulin, 1988: 8)

A lo largo de sus sucesivas ediciones, la obra se fue puliendo en función del esfuerzo por comprender la complejidad de la transición cubana. No se realizaron modificaciones de tenor, a excepción del manuscrito publicado en París y que se editará luego en La Habana, el cual tuvo una mayor difusión internacional. Como mencionamos antes, en sus inicios el manuscrito se tituló «Por un feminismo científico», pero en París acabó titulándose «Contra el trabajo invisible», mientras que en la edición cubana fue conocido como «Hacia una ciencia de la liberación de la mujer». Esto lo sabemos por las propias aclaraciones introducidas por la dupla en la edición realizada en Buenos Aires y por la miscelánea que realizó Dumoulin en 2011. El cambio de título no respondía a una cuestión solo nominal: entre la versión que circuló en francés y la publicación en La Habana se registró una maduración teórica y argumentativa. Dumoulin ilumina con su recuerdo esta cuestión:

La palabra feminismo era un reto para gente que no aprobaba el concepto feminista. Estoy seguro que muchos de los cuadros revolucionarios que se ocupaban del campo intelectual lo veían como un pleito innecesario y lo tenían como un caso contraproducente. No eran momentos de pleitos en una época que se estaba yendo gente muy valiosa que tenía un papel importante [en la Revolución] por una razón o por otra¹⁰.

Fue así que, a efectos de evitar confusiones locales, la dupla optó por cambiar estratégicamente el nombre e inscribirlo en una semántica política más amigable a las transformaciones en curso, aunque no por ello menos problemática.

10 Entrevista realizada por el autor a J. Dumoulin, *ibídem*.

PRIMER DECENIO REVOLUCIONARIO: DEBATES Y DESENLACES EN TORNO A LA LIBERACIÓN DE LA MUJER

Luego de las tensiones entre los llamados “incentivos morales” e “incentivos materiales”, debate que había tenido como protagonistas al Che Guevara y a Carlos Rodríguez en sus respectivos cargos revolucionarios, Cuba aplicó una versión moderada del modelo soviético entre 1971-1985. El proceso revolucionario tuvo una larga institucionalización, como muestra, por ejemplo, la periodización sugerida por los historiadores latinoamericanistas Waldo Ansaldi y Verónica Giordano (2014). Según la misma, pueden distinguirse dos etapas: 1962-1971 y 1971-1976. La primera es posterior al Año de la Reforma Agraria (1960) y la declaración oficial de Cuba Socialista. Durante la misma, se crearon y/o fortalecieron instituciones tales como el Instituto Nacional de Reforma Agraria, los Comités de Defensa de la Revolución y la Federación de Mujeres Cubanas, al tiempo que se fusionaron agrupaciones políticas revolucionarias, unificándose en 1965 como Partido Comunista de Cuba (PCC). En 1966, “Año de la solidaridad”, se creó la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL) con el objetivo de llevar adelante procesos revolucionarios a escala mundial. En 1975, comenzó un proceso de elecciones populares para constituir asambleas regionales. Un año después se promulgó otra Constitución que fortaleció el papel del partido, se reestructuraron sindicatos y otras

organizaciones de masas que buscaban garantizar la participación popular. Esta lectura histórica del proceso de institucionalizar la Revolución nos interesa puesto que el ensayo de Larguía-Dumoulin encarnó un emergente de esa bisagra histórica.

Durante esta década ocurrieron importantes transformaciones institucionales y procesos críticos a los que se enfrentó Cuba. En lo concerniente a las mujeres, las iniciativas provenientes desde la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) alcanzaron un protagonismo significativo con la Constitución de 1976. Ésta, en su artículo 35, estableció igualdad absoluta en derechos y deberes de los cónyuges en el mantenimiento del hogar y la crianza de los hijos, mientras que en su artículo 43 les otorgó iguales derechos en lo económico, político, social y familiar (Ansaldi y Giordano, 2014: 271). Fue durante ese proceso de organización institucional que nuestra pareja percibió con preocupación cierta medida segregada de acceso de las mujeres al trabajo extradoméstico, aspecto que irán matizando en función de su análisis de época y por los propios avances que desembocaron en la mencionada reforma constitucional.

La Revolución Cubana no sólo jugó un papel importante en el debate político de nuestra región sino que también exhibió logros y avances de las mujeres durante el proceso revolucionario: acceso a la educación gratuita y universal sin distinción de raza o clase social, igualdad de salarios, atención a la salud para toda la familia, creación de guarderías infantiles, ingreso de un alto porcentaje de campesinas al mercado laboral, métodos anticonceptivos, legalización del aborto, programa de educación sexual, cargos directivos en distintas áreas e incluso su presencia institucional en la política; todos estos cambios representaron grandes mejoras e impulsos. Retomando las opiniones de Larguía en una entrevista realizada por la UNAM en 1987, ella consideraba que:

En Cuba las mujeres habían alcanzado altos niveles de ingreso a todas las profesiones, una superación progresiva de la doble moral sexual, con la redistribución de tareas en la vida cotidiana, gracias al Código de Familia, y con la erradicación de la prostitución y el servicio doméstico. Dicho Código fue el más avanzado del campo socialista. Se decretó en 1975 y permitió reeducar al hombre y a la mujer para suprimir la división en el trabajo en el seno del hogar y derogar en la esfera pública las leyes de seudoprotección del trabajo femenino. Esas leyes a nivel social tendían a mantener la autodevaluación de la mujer (Guerra, 1987: 73).

La Presidenta de la Cátedra de la Mujer de la Universidad de la Habana, Norma Vasallo Barrueta, en su estudio «La evolución del tema mujer en Cuba», considera que el triunfo de la revolución avivó un interés

especial frente al protagonismo de la mujer como un sujeto de estudio independiente:

La mujer conquista la igualdad jurídica y política, refrendada en leyes, por las cuales había luchado hasta el momento. Este acontecimiento influye en el contenido de los trabajos que se publicarán. La creación de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) en 1960, organización que representa los intereses de todas las mujeres con independencia de su raza, su procedencia y su lugar en la sociedad, contribuyó notablemente al crecimiento del interés por la problemática de la mujer y la producción informativa al respecto (Barrueta, 1995: 2).

De acuerdo al Informe Central del Primer Congreso de la FMC, elaborado por Vilma Espín: “esta organización en pleno proceso de estructuración, sumó la cifra de 17 mil miembros y aumentó de forma considerable hasta 239 mil 342 federadas, término con el que se empezó a denominar a las integrantes de la única organización de mujeres del país”¹. El primer congreso tuvo su apertura el 27 de septiembre de 1962 con la presencia de 4 mil federadas; en él se aprobaron los estatutos de la organización y las tareas a realizar. En el acto de clausura, el primer ministro Fidel Castro estuvo presente y lanzó un ardoroso discurso:

Las mujeres, dentro de la sociedad, tienen intereses que son comunes a todos los miembros de la sociedad; pero tienen también intereses que son propios de las mujeres. Sobre todo, cuando se trata de crear una sociedad distinta, de organizar un mundo mejor para todos los seres humanos, las mujeres tienen intereses muy grandes en ese esfuerzo; porque, entre otras cosas, la mujer constituye un sector que en el mundo capitalista en que vivíamos estaba discriminada. En el mundo que estamos construyendo, es necesario que desaparezca todo vestigio de discriminación en la mujer... Existen los problemas que se relacionan con una serie de tareas llamadas “domésticas”, que han esclavizado a la mujer a través de la historia; y las mujeres necesitan de instituciones que las rediman también de esas obligaciones, que requieren tanto esfuerzo y tantas energías humanas².

La FMC vino a entamar buena parte de este desafío incorporado por el Estado. Instituyó una variedad de programas sociales y de rehabilitación para el mejoramiento de las condiciones de vida de las

1 Disponible en: <<http://www.mujeres.co.cu/comite%20nacional/textos/INFORME.pdf>> (Último acceso: 02/03/2018).

2 Disponible en: <<http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-en-la-clausura-del-primer-congreso-nacional-de-la-federacion-de-mujeres-cubanas>> (Último acceso: 02/03/2018).

cubanas. Como muestra, el papel dominante que ocupó durante la Campaña de Alfabetización desarrollada durante 1961. (cfr. Fleites-Lear, 1996: 14)

ALGUNAS PREOCUPACIONES EN TORNO AL ESTADO Y LA EMANCIPACIÓN FEMENINA

En Cuba, desde los años sesenta en adelante, se implementaron políticas tendientes a eliminar la discriminación y explotación de todos los sectores oprimidos por igual, sin las especificidades que exigían los movimientos feministas en otras sociedades del capitalismo occidental. Para estos últimos, los puntos de inflexión se centraron, por un lado, en reconocer que la amplitud de derechos de las cubanas hacía de este país, un caso ejemplar en América Latina. Pero, por otro lado, también se advertía que sus numerosas conquistas eran alcanzadas gracias al poder omnipresente del Estado (cfr. González, 2013). En esta dirección se pronunciaba Anne Z en su ensayo «La revolución en la revolución en Cuba», publicado en *Partisans* en 1970. La autora advertía sobre la apuesta política que significa relacionar el cambio social con la liberación de las mujeres en estos términos:

La revolución cubana es de gran importancia para el socialismo. El problema es superar la transición, no atascarse en ella para evitar el peligro de un reformismo a la soviética. Si las mujeres deben servir a la revolución, también es preciso que la revolución les sirva a ellas. Y no les servirá automáticamente. (Z, 1972: 202)

No obstante, circunscribirse al entorno social e histórico de la isla a lo largo de los sesenta y setenta, no basta para entender la aparición de «Hacia una ciencia de la liberación de la mujer». Por ejemplo, para la historiadora cubana Ivette Sónora Soto no se puede hablar de un saldo favorable en torno a la investigación en esos años, porque en su país se publicaron pocos libros y artículos relacionados con los estudios de las mujeres:

Es tiempo de polémicas y debates intergeneracionales, de la necesidad de precisar el papel del intelectual dentro de la Revolución como plaza. 1971 fue un año de definiciones, de ebullición ideológica en el que abundaron las confrontaciones entre los intelectuales, desde adentro y desde fuera. Solo importaba crear los parámetros de un futuro aséptico que permitiera nacer ese nuevo sujeto universal-proletario, comprometido con el proyecto de la Revolución, masculino y heterosexual bajo las normas de la moral socialista que establecía el internacionalismo proletario, el amor y la defensa de la patria. (Sónora Soto, 2011: 2)

Durante este clima de época, el cine cubano hizo un aporte sustancial a la cuestión de las trabajadoras mediante la vastísima obra de la directora negra, Sara Gómez. Ella se convirtió en la primera mujer que realizó un largometraje luego de fundado el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) en marzo de 1959. Así, Sara inició su trayectoria dentro del contexto de la Revolución cubana (y del denominado Nuevo Cine Latinoamericano). Prueba de ello fue que parte de sus producciones audiovisuales abordaron las mismas problemáticas que las de Isabel y John. Con su documental *Mi aporte*, de 1972, por primera vez se afrontaron los conflictos de clase, raza, género e identidad, al mismo tiempo que se rescataron atinadamente los pesares del trabajo doméstico. Mujeres de diversas profesiones y estratos sociales fueron entrevistadas por ella acerca de la complejidad que representaba participar como obreras en la nueva sociedad socialista y ocuparse del espacio doméstico, es decir, atender la multiplicidad de labores atribuidas a lo “típico femenino”. Con este panorama sinuoso, Sara incorporó la duda y desde allí cuestionó cómo, aún en un país que estimulaba la inserción masiva de las mujeres al trabajo remunerado como a la vida pública en general, se continuó reproduciendo la doble jornada con estigmas sexistas alrededor de la división sexual del trabajo. Tal arrojo crítico, le valió años de silencios y olvidos. Y como manifiesta la bloguera cubana Sandra Álvarez Ramírez “los aportes de Sara Gómez al tratamiento de esta problemática fue captarlo en toda en esencia, en sus conflictos, insatisfacciones y desventajas”(Álvarez Ramírez, 2011: 7) ³.

La FCM se había fundado en 1960, con el objetivo de alcanzar una unidad en las mujeres que garantizase su participación en la construcción de la nueva sociedad. Y, en simultáneo, bregar por la desaparición de todo vestigio discriminatorio. También esa apuesta se jugaba en las experiencias del norte, en donde se suponía que la exclusión se resolvería con la emancipación feminista. Sin embargo, la FCM en tanto organización que representaba campesinas, obreras, amas de casa, optó por desestimar al feminismo como la única salida política posible, el cual traía consigo un evidente choque clasista. Además, rompió con el anterior feminismo “capitalista”, que en Cuba contó con un incipiente movimiento sufragista a fines del XIX, tratando de forjar una “mujer nueva” que la sociedad socialista requería. En la isla, a partir de los años sesenta, ser feminista se asoció con la infiltración ideológica del imperialismo estadounidense: “por su focalización en la idea de que los hombres son los enemigos

3 Sobre Sara Pérez ver: <http://bibliotecadegennero.redsemilac-cuba.net/sites/default/files/11_CM_ARS_MEA.pdf> (Último acceso: 02/03/2018).

y de que la lucha feminista es sólo un estilo de vida que se escoge en vez de un compromiso político” (Randall, 2016:56). Esto conllevó un menosprecio por el término que ha llegado hasta la actualidad. Las afirmaciones sobre el feminismo de Vilma Espín en 1977 exteriorizaban por sí solas una total animosidad:

Nunca hemos tenido un movimiento feminista... ¡Nosotros vemos estos movimientos en los Estados Unidos como una lucha concebida por la igualdad de las mujeres en contra de los hombres! ... ¡Esto es absurdo! ¡No tiene ningún sentido! ¡Que estas feministas digan que son revolucionarias es ridículo!⁴

Por otro lado, la inclusión de la variable de clase contribuyó a no tener que hablar de mujeres de forma abstracta, sino subrayando su pertenencia a un grupo social determinado, acentuando la contradicción entre burguesas y proletarias. Desde luego, la afirmación mujer-clase no necesariamente permitió esquivar la actualización de nuevos universalismos. Una respuesta contundente, tanto al posicionamiento de Espín durante la II Conferencia Mundial sobre la Mujer (Copenhague, 1980) como las declaraciones de la FMC en un Seminario Internacional relacionado a Medios de Comunicación y Mujer en Panamá, fue la de Teresita de Barbieri en su artículo «El feminismo y la federación de Mujeres Cubanas» en la revista FEM, volumen 4. Decía así:

“el movimiento feminista no es un diversionismo...el movimiento feminista ha demostrado en su andar que no anula ni divide a las fuerzas revolucionarias...despierta conciencia donde ellos [los varones] no llegan...en lo fundamental, es portador de un proyecto antiautoritario desde los niveles más visibles y obvios hasta los más ocultos y recónditos de la sociedad” (De Barbieri, 1980: 69).

Como recordará Dumoulin (2011, 2017), el acercamiento con ideas identificadas como feministas no resultaba de fácil aceptación; peor aún, tendía a ser asociado al neocolonialismo imperialista que obstaculizaba “principal conflicto”: el de clase. Por lo tanto, llamarse feminista habrá sido algo inusual por esos años. Al respecto, Randall testimonia sobre la dificultosa situación que atravesaban tanto ella como Larguía:

Les puedo decir que, igual a mí, sus ideas eran demasiado radicales para el pensamiento de género cubano de aquel momento. A Isabel y John

4 Declaración de Vilma Espín disponible en: <<http://feminismocuba.blogspot.com.ar/2010/12/historia-de-la-mujer-en-cuba-del.html>> (Último acceso: 02/03/2018).

les encantaban discutir su tesis, y lo hicieron en cada oportunidad. Las cubanas, lideradas por la FMC, estaban en contra del feminismo, no solamente de las ideas que exponían ambos sino de cualquier teoría que iba más allá de la posición del comunismo internacional: que la contradicción fundamental era la de clase y era a través de la lucha de clases que se iba a resolver “el problema de la mujer”. En vez de entender que se necesitaba un cuestionamiento real del poder y que solo un feminismo profundo podía llegar a hacerlo. Tanto Isabel como yo fuimos mal vistas por esta organización⁵.

Y prosigue Randall con sus recuerdos: “Para ellas la revolución socialista iba a traer la igualdad, entre los sexos y en todos los demás campos. Cualquier otra teoría dividía la unidad de la clase obrera”⁶.

En líneas generales, el rechazo del feminismo no sólo se presentó en la isla sino en casi toda América Latina y el Caribe por parte de las diferentes izquierdas y populismos. Se podría hipotetizar que esto fue así por el peso “colonialista occidental” con el cual se juzgaba este discurso en estas sociedades. Como si el propio proceso de modernización, los estados-nacionales, las democracias republicanas y las alternativas anticapitalistas hubiesen tenido una emergencia primigenia-nativa. El caso de la Cuba revolucionaria involucró, en este sentido, una singularidad sobre la que volveremos: la propia transición socialista en desarrollo, que contrastaba con el resto de países capitalistas dependientes. Esta condición marcó toda la escritura de Larguía-Dumoulin. La historiadora española Marysa Navarro fue concluyente en este sentido:

Si bien había grupos feministas en algunos países como México, Colombia o Brasil, no parecía existir un movimiento de proporciones continentales. Los hechos daban ostensiblemente la razón a aquellos o aquellas que veían al feminismo como un fenómeno característico de los países industrializados pero sin futuro en América Latina y a las feministas como pequeñas burguesas que se habían entusiasmado con una moda y no se daban cuenta de que le hacían el juego a los Estados Unidos (Navarro, 1982: s/p).

Para Navarro, habrá que esperar al surgimiento de los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, en 1981, para que esta situación cambie. Fue en estos encuentros que se generaron reuniones de latinoamericanas comprometidas en una praxis feminista, para intercambiar experiencias, opiniones, identificar problemas y evaluar

5 Entrevista realizada por la autora y el autor a Margaret Randall, comunicación informática vía correo electrónico, febrero de 2017.

6 *Ibidem*.

las distintas prácticas desarrolladas, así como planear tareas y proyectos hacia el futuro. Estos encuentros marcaron una ruptura de toda ilusión de homogeneidad entre el Norte y el Sur, fortaleciendo un mejor anclaje territorial. Comenzaron a hacerse visibles otros rostros de mujeres que planteaban su incomodidad con las trampas de la exclusión y con un territorio diverso pero teñido de desigualdad en sus múltiples facetas. Dicha fragilidad inicial, que para Navarro encontrará cambios recién en la década del ochenta, cabe tenerla en cuenta al momento de considerar la extrañeza con la que fueron recibidas las políticas feministas al momento de interrogar el cuerpo social.

La situación de las mujeres en la Cuba revolucionaria ha sido tema de debate, matices e importantes reconocimientos. Por un lado, si bien es inadmisibles desconocer los avances en cuanto a derechos civiles, políticos y sexuales (cfr. Jennes, 1970) por otro lado, el lugar de la supremacía viril heteropatriarcal tanto en lo público como en lo privado marcó ciertas limitaciones. Por caso, investigadores cubanos y extranjeros perciben una tensión entre las políticas revolucionarias a favor de la mujer y la realidad cotidiana donde prolifera la dominación masculina. El historiador argentino Luis Vitale marcó la impronta de la ideología patriarcal en Cuba alrededor de la división de tareas en el hogar según el sexo: “Muchos hombres han sido incapaces de cambiar las relaciones en el interior de la familia a la hora de compartir las tareas domésticas y perpetúan la tradición machista en que fueron educados” (Vitale, 1987: 197). Aunque la propia República de Cuba generó medidas para combatir esta problemática durante su proceso de rearticulación institucional, tales barreras culturales exigieron, y exigen, largos procesos de reconversión. Es posible imaginar el conjunto de tensiones anidadas en este contexto. Larguía y Dumoulin —sujetos históricos, actores de época— avanzarán en una elaboración teórica y política sobre este proceso transformador no exento de objeciones.

TEMPRANA RECEPCIÓN EN BUENOS AIRES

Los debates de las feministas argentinas estuvieron marcados por las producciones teóricas, estrategias judiciales y acciones políticas que el MLM impulsó en las principales ciudades de Estados Unidos y en el viejo continente. Les sirvieron no solo para informarse sino además para entender sus propias condiciones de subordinación frente a la dominación machista imperante. Fue en ese peregrinaje de llevar y traer, que nociones tales como el “derecho a decidir”, “mi vientre me pertenece” y “yo soy mi cuerpo” se asentaron en tierras criollas (cfr. Bellucci, 2014).

En 1970 surgió la Unión Feminista Argentina (UFA), la cual se caracterizó por su activismo puertas para adentro con la práctica de los grupos de autoconciencia, de reflexión y de estudios teóricos. Poco tiempo después emergió el Movimiento de Liberación Feminista (MLF), caracterizándose por su inclinación a presentar discusiones tanto en la prensa escrita como en la televisión. En 1974, este movimiento publicó la revista *Persona*, en la que se incorporaron ensayos feministas de distintas partes del mundo y en la que escribió una pluma de relieve como la del poeta homosexual Néstor Perlongher. Los temas gravitantes para todas estas pioneras fueron potenciar las políticas del cuerpo, el aborto voluntario, el trabajo doméstico y extra-doméstico, la vida cotidiana, la patria potestad compartida, las

formas placenteras de la sexualidad, la igualdad entre los sexos, la anticoncepción, la maternidad, entre otras importantes cuestiones.

En esa misma época, hubo menciones inevitables a la cuestión de la mujer: en 1970, la escritora Victoria Ocampo —directora de la revista *Sur*— dedicó a ella un tomo especial de la misma, denominado *La Mujer*, con tres números: 326, 327 y 328. Ocampo tradujo e hizo traducir cuanto se le cruzó por sus manos. Asimismo, en noviembre de 1972, Ediciones de La Flor lanzó el libro *Para la liberación del segundo sexo*. El prólogo fue escrito por Otilia Vainstok, quien se encargó también de seleccionar los ensayos y manifiestos de teóricas y activistas feministas neoyorkinas. Ella fue una entusiasta observadora del clima de resistencia de los movimientos sociales del Norte, sobre todo del feminismo y de la comunidad negra por la conquista de los derechos civiles. Con la puesta en circulación de estos textos escritos y prologados por mujeres, se sentaba una posición sobre las polémicas medulares vernáculas y a la vez, se divulgaban las corrientes internacionales.

En 1973, frente a la intensidad de la protesta política y social, el peronismo retornaba al poder después de dieciocho años de proscripción. En ese contexto de intensa algarabía multitudinaria de estudiantes y obreros, una trabajadora textil, Nora Ciapponi, integró la fórmula presidencial del Partido Socialista de los Trabajadores (PST). Durante su campaña, levantó numerosas reivindicaciones feministas que provenían de los acuerdos políticos del trotskismo a nivel internacional. El PST ganó relevancia por ser el único partido local empeñado en proponer un programa específico sobre diversos planos de la cuestión femenina, por los contenidos de sus reivindicaciones como así también por las formas de lucha contra la opresión de las mujeres. De alguna manera, logró apartarse de la mirada economicista propia del marxismo clásico. Más allá de las pautas tradicionales de cualquier estructura política de izquierda, otros planteos emergieron en sus discursos como gestos soberanos: guarderías infantiles y lavanderías en las fábricas y establecimientos medios, igualdad salarial y de oportunidades en los puestos laborales, jubilación para las amas de casa, libertad en las relaciones sexuales entre el varón y la mujer, el divorcio absoluto, la patria potestad compartida, el aborto libre y gratuito, la venta de anticonceptivos y la protección a la madre soltera, entre otros. El grupo *Muchacha* —integrante *sui generis* de la organización política— desataba pasiones en su revista homónima al transcribir las epopeyas de sus pares internacionales. Una de sus preocupaciones centrales era revisar las nociones de jerarquía desde una visión más amplia que la lucha de clases. A decir verdad, su nombre no fue elegido de manera azarosa, porque *Muchacha* quería

interpelar a un nuevo público en expansión: el movimiento estudiantil secundario y universitario, en el que fueron recibidas con beneplácito.

Ahora bien, durante los años setenta, las jóvenes, en su amplia mayoría, se disciplinaron alrededor de las organizaciones político-militares y además engrosaron las filas de los partidos políticos de izquierdas. Primaba la sensación de que un cambio era posible en el campo económico, político y cultural, e incluso que el mismo triunfaría en lo inmediato. Atesoraban una tentativa de subvertir el orden instituido. Esa sedición se definía en términos de clase y su inminencia frontal se resumía entre el capitalismo o la revolución socialista, signado por una multiplicación de insurrecciones contra el imperialismo estadounidense. Sin lugar a dudas, Cuba revolucionaria había insuflado la posibilidad real de un cambio social. En paralelo, los grupos feministas irrumpieron involucrados también en una “revolución”, pero de otra estirpe, tan disímiles ambas que no tuvieron intenciones de aproximación. En fin, queda todavía por desentrañar si nuestras feministas eligieron la ocasión o la ocasión las eligió a ellas. Gran parte de las izquierdas, con honradas excepciones, habían licuado el programa feminista a un asunto menor, un delirio burgués o, en el mejor de los casos, a un problema residual que se resolvería con la abolición del capitalismo. En 1976, un nuevo golpe de Estado cívico-militar neutralizó cualquier posibilidad de maduración política, acercamiento, o alianzas entre estas feministas y las izquierdas locales.

LAS MUJERES DICEN BASTA

En agosto de 1972 apareció en Buenos Aires este libro compilado por, en esos momentos referentes trotskistas, y luego feministas: Mirta Henault y Regina Rosen. Fue editado por un sello que ambas crearon, Nueva Mujer. El mismo comprende tres capítulos: «La Mujer como producto de la historia», escrito por Mirta Henault; “El trabajo de la mujer nunca se termina», de la canadiense Peggy Morton; y, por último, «La Mujer», de Isabel Larguía. En este capítulo, la dupla repitió la misma estrategia llevada a cabo en la revista *Partisans* dos años atrás: Dumoulin no firmó. Conviene aclarar que dicho ensayo era una adaptación del manuscrito ya publicado con anterioridad en *Partisans* y *Casa de Las Américas*. Mirta Henault testimonia sobre cómo llegó a Isabel: “Regina y yo nos comunicamos por carta con ella, instalada en Cuba. La conocíamos de nombre y a través de Susana Larguía”¹.

Las mujeres dicen basta apuntaba a un público feminista e intelectual. En nuestros lares, simbolizaba un suceso aun cuando los

1 Entrevista realizada por la autora a Mirta Henault, Buenos Aires, abril de 1998.

postulados feministas se encontraban germinando y su divulgación no traspasaba los grupos de lectura o de reflexión dentro de los pocos grupos de mujeres existentes. Tal vez, la ilusión de protagonizar acontecimientos con una alta probabilidad de ser consumados otorgaba coraje para enfrentarse a una serie de oportunidades. El libro no constituyó una ganancia económica ni un éxito comercial, aunque esa no era la intención de las editoras, ya que el objetivo era contribuir a instalar las consecuencias de la violencia del machismo imperante.

Las mujeres dicen basta se centró en el estudio y discusión de cuestiones relacionadas con el mundo de las mujeres en la vida cotidiana, privada y familiar, incluyendo el trabajo doméstico y el de las obreras asalariadas en la producción industrial. En el prólogo, sus compiladoras anunciaban que: “consideramos fundamental elevar la conciencia de nuestras hermanas, cuáles han sido y son las causas y los resultados de ese condicionamiento que nos han llevado a ser el sector colonizado de la humanidad”².

Lo cierto es que muchas de ellas eran lapidarias con la tendencia reformista o socialdemócrata de aquel feminismo que perseguía como su principal objetivo la conquista de derechos; valoración ciertamente compartida por la FMC de Cuba. Para estas autoras, el feminismo sería la ruta para entender y atender al encierro que significaba el hogar, donde se realizaban las tareas destinadas a la subsistencia, a atender las necesidades más vitales y al sostén estructural de la sociedad: la reproducción de la fuerza de trabajo. En consecuencia, tanto Mirta Henault como Peggy Morton, en sus dos intervenciones, proponían que el cambio social por sí solo no modificaría las condiciones de vida de las mujeres. Más aún: su liberación debería ser encarnada por ellas mismas, en una lucha que arrastraría todos los vestigios anacrónicos de una vida cotidiana alienante. Por consiguiente, ambas ensayistas coincidían en que la acción revolucionaria de las mujeres, su “ingreso a la historia”, significaría la humanización de la humanidad, por eso era la revolución más profunda, auténtica y necesaria. En palabras de Henault en su artículo incluido en *Las mujeres...*: “La prueba está hecha, una vez más, que la liberación de las mujeres no es un corolario inevitable de la dictadura del proletariado. Allí donde ella fracasa, la revolución también ha fracasado” (cfr. Henault, 1972: 35).

Tal vez, el debate en aquellos años para muchas era imaginar, incluso con las armas en la mano, que otro mundo era posible. Para otras, integrantes de los cenáculos feministas, estos escritos traducidos abonaban más a la lectura y a la reflexión intensiva

2 Prólogo *Las mujeres dicen basta*, p. 11.

—tal como se presentaba en los grupos de concienciación— que a la producción de obras locales. Se podría inferir que se pensó, en ambos casos, como una caja de herramientas feministas para aquellas activistas o adherentes que se proponían enfrentar a la opresión de sus congéneres sin renunciar a la lucha contra la explotación económica y el colonialismo.

En paralelo, la poeta Susana Lugones —detenida y desaparecida durante la última dictadura cívico-militar en Argentina— tradujo del francés al español los once artículos que integraban aquel tomo inaugural conocido como *Liberación de las mujeres: año cero*. A este libro lo publicó la famosa editorial de Buenos Aires Granica, en su colección Libertad y Cambio. En esta ciudad cosmopolita, la expansión de la industria editorial provocó una mayor apertura y actualización de temáticas con nuevos perfiles, vigorizando así la dimensión contracultural desde el prisma de las rebeliones. De alguna manera, este fenómeno rompía con los esquemas anteriores a esta década, al difundir las apuestas y los proyectos que armaron base en el terreno de la lucha política y cultural en nuestra región.

TRABAJO INVISIBLE O EL SUICIDIO DEL AMA DE CASA¹

El tótem de la virilidad clásica... no necesita sacrificios rituales: es peor, es el vampiro que chupa millones de horas de trabajo invisible, descalificado, no asalariado.

Isabel Larguía y John Dumoulin, 1970

Como hemos mostrado, desde los años sesenta la cuestión de las mujeres en la sociedad cubana estuvo supeditada al famoso *dictum* del primer ministro Fidel Castro promulgado en 1966: “una revolución dentro de la revolución”. Mediante este plexo discursivo se proponía abordar las transformaciones en la vida de las mujeres como parte constitutiva del proceso revolucionario. En los años siguientes, tal articulación será utilizada para cuestionar la agenda feminista y su pertinencia en un programa revolucionario. Tales debates no fueron privativos de la experiencia de países socialistas, sino que fueron parte de las tensiones entre agrupaciones de las izquierdas y el feminismo, en parte por el impacto de éste en la reconfiguración e impugnación de la protesta social. Cierta animosidad encontró expresión teórica en múltiples debates en torno a los vínculos entre

1 Utilizamos para este apartado la versión del ensayo publicada en París y traducida en Buenos Aires en 1972: «Contra el trabajo invisible» (1970). Esto se debe a que, al estar fechada en mayo de 1969, es la más próxima a la versión manuscrita. Además, tomamos las dos publicaciones de Casa de Las Américas que contaron con mayor difusión internacional: «Hacia una ciencia de la liberación de la mujer» (1971) y «Aspectos de la condición laboral de la mujer» (1975), así como también tenemos en cuenta posteriores ensayos compilados en la antología de 1988: *La Mujer Nueva. Teoría y práctica de su emancipación*.

capitalismo y patriarcado, así como también sobre las posibilidades de transformación en un contexto socialista; en breve: el lugar de las mujeres en el proceso revolucionario².

El texto inaugural publicado con la firma de Larguía comienza con cierto distanciamiento respecto de las certezas arrastradas por la mentada consigna del mandatario (“una revolución dentro de la revolución”). El nudo problemático radicaba en comprender cómo y por qué el proceso revolucionario socialista no necesariamente desarticularía, en su gesta, las sujeciones patriarcales de las mujeres. Dicho de otro modo: que una transformación en los roles sexuales, por recuperar una categoría de época, no estarían garantizados de antemano por la escatología marxiana de la liberación. Es por esto que un desarrollo científico acerca de esta problemática fue visto como imprescindible, incluso para garantizar la revolución. Larguía tenía muy en claro el problema teórico a perseguir, lo que ella consideraba: “la ausencia de una teoría científica adecuada a la actual evolución de las mujeres” (1972 [1970]: 178). Vale aclarar, una teoría científica anidada en el seno del marxismo.

El realineamiento diplomático de Cuba con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) favoreció un mejor acercamiento con el acervo bibliográfico del momento, ya sea con intelectuales leninistas distribuidos por el mundo, así como con traducciones soviéticas sobre los clásicos. Según la dupla, Friedrich Engels y Karl Marx fueron visionarios al reconocer el papel de la división del trabajo en la opresión de las mujeres. En su lectura, común denominador entre las feministas de época, Engels llegó a sugerir que cuando los medios de producción pasen a ser propiedad común, la economía doméstica se convertiría en asunto social, incluyendo el cuidado y la educación de los hijos. Años más tarde, Vladimir Ilich Lenin volvió a insistir en que la mujer era “esclava del hogar” (sic) y que por tanto no habría comunismo real hasta que la pequeña economía doméstica se

2 Llegado este punto quizá resulte conveniente realizar una distinción analítica: entre feminismos en tanto organizaciones sexopolíticas históricamente situadas y feminismo como categoría heurística para el análisis histórico. Al respecto, es importante mencionar que hacemos referencia a los movimientos feministas que, desde Cuba, fueron impugnados desde los años sesenta y setenta. Concretamente, la vertiente liberal (*Womens Libs*) y el autodenominado feminismo radical, ambos con raíces en Estados Unidos. Sin embargo, el feminismo teórico ha brindado suficientes contribuciones para complejizar el análisis histórico. Se vuelve importante mencionar que, en tanto políticas de y para las mujeres, los feminismos buscaban renegociar el lugar tradicionalmente asignado al “segundo sexo” poniendo en cuestión la construcción cultural de la diferencia sexual. En otras palabras, estaban articulando políticas feministas, amén del rechazo o simpatía que les generaba el término sociohistóricamente configurado.

convierta masivamente en economía socialista. (Lenin [1919] citado por Larguía-Dumoulin, 1988 [1971]: 31)

Este marco de inspiración fue decisivo para enarbolar toda su escritura, lo que les permitía sostenerse como intelectuales revolucionarios y, al mismo tiempo, les daba la posibilidad de formular una crítica: que las insistencias de Engels y Lenin sobre la mujer en la sociedad de clases fueron poco atendidas, recibiendo un escaso desarrollo teórico. Los efectos de este descuido no-inocente fueron muy bien marcados por Larguía y Dumoulin en la primera edición de Casa de Las Américas:

Esta inercia teórica permitió que surgieran en los movimientos de izquierda, por una parte, una concepción edulcorada de la familia tradicional como elemento positivo en la construcción del socialismo, y por otra, su negación total, una pretendida teoría de la abolición de la familia...Se olvida que la familia individual...no es más que un diminuto tallerito privado para la producción de fuerza de trabajo. (1988 [1971]: 32)

A través de estos “tallercitos”, las mujeres eran explotadas realizando un trabajo no reconocido como tal, invisibilizado. Un trabajo que delineaba una forma de explotación particular, que era necesario comprender y explicar.

Si el interés se circunscribía a expandir los límites teóricos con los que había sido pensada la descomposición del régimen capitalista, considerando “el lugar de la mujer”, entonces era tarea obligatoria volver a Friedrich Engels. Pese a sus intuiciones, el autor de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, “no estableció una diferencia bastante completa entre las relaciones de producción dentro de la familia y las relaciones sexuales biológicas de reproducción de la especie. No llegó a analizar a las mujeres en el hogar como un grupo de clase” (1972 [1970]: 178). En otras palabras, Engels naturalizó la heterosexualidad reproductiva y buena parte de los mandatos genéricos asignados a las mujeres; esta constatación habilitará grandes proyectos de investigación político-feminista en el curso de los años setenta y ochenta. En este intersticio o bache teórico comenzaron a trabajar Larguía y Dumoulin: ¿qué lugar ocupan las mujeres en la economía capitalista?, ¿cómo podríamos explicar su subordinación sexual y de clase?, ¿cuáles son los posibles caminos para su emancipación?

Hoy podría parecer sorprendente que la primera de las teorizaciones marxista-feminista en torno al trabajo doméstico no provino del norte global —con un feminismo y un marxismo efervescente por sus interrogantes y politicidad— sino de la propia experiencia de un Estado socialista en el Caribe. A lo largo de los años

setenta se presentaron importantes contribuciones desde Estados Unidos, Inglaterra, Francia e Italia. Pero el ensayo prístino de Larguía y Dumoulin ya circulaba hacia 1969, con anterioridad a las primeras ediciones internacionales sobre el tema, y con una solvencia teórica que lo hacían único. Pese a ello, fue sometido a sucesivos plagios y olvidos por parte de la academia anglo-europea y por lo que de ella receptaba la academia latinoamericana. Esto fue posible, sostenemos, no sólo por los múltiples bloqueos que atravesó la propia Cuba tras el ataque estadounidense en Bahía de Cochinos, ni tampoco únicamente por el peso del privilegio epistémico de la academia del Norte global. Su carácter marginal fue un corolario de las propias tensiones entre marxismo y feminismo, ventiladas por el propio ensayo —¿cuál es nuestra principal contradicción: mujer o clase?—; tensiones que fueron llevadas hacia las últimas consecuencias teniendo en cuenta la propia complejidad de la Cuba revolucionaria.

CONCEPTUALIZANDO EL TRABAJO INVISIBLE

La propuesta teórica que esbozaron partió del precepto científico marxista: para conocer las características de un grupo social, hay que precisar la forma *particular* en que se le explota. Así exponen dicho precepto: “Encontramos el fundamento de la opresión de la mujer en su actividad cotidiana de reproducción de fuerza de trabajo. Aquí el trabajo no reconocido y enajenado es el que ella rinde como ama de casa. El trabajo invisible la coloca en condiciones de esclava o de sierva” (Larguía y Dumoulin, 1987: 73). La cuestión subrayada pretendía problematizar un conjunto de actividades invisibilizadas llevadas a cabo por las mujeres en el hogar: la reproducción biológica, la educación y cuidado de los hijos, enfermos y ancianos, servicios sexuales, la reproducción de la fuerza de trabajo consumida diariamente. Bajo el signo de la maternidad, el amor o el matrimonio se esconde la reproducción privada de la fuerza de trabajo, lo que gastan varones y mujeres en el proceso de producción social.

Partiendo del materialismo histórico, Larguía y Dumoulin sostenían la lectura tradicional engeliana según la cual la emergencia de las sociedades de clase y la disolución de las comunidades primitivas signaron la progresiva individualización del trabajo de las mujeres, confinándolas a la producción de valores de uso para el consumo directo y privado, limitándolas a garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo³. Tal postulado se encontraba explicitado en la primera versión

3 A lo largo de la década del setenta, Larguía y Dumoulin se esforzaron por realizar una historiografía materialista de Cuba, intentando comprender su inserción en el capitalismo neocolonial para así comprender la Revolución. Estos trabajos fueron

editorial, originalmente francesa y traducida en Buenos Aires, donde sintetizaban: “El hombre es productor de mercancías, tanto como poseedor de la propiedad privada de los medios de producción como en la venta de su fuerza de trabajo” (1972:182). Frente a este lugar común de las políticas marxistas, Larguía y Dumoulin impugnaron la reducción de la mujer a su reproducción biológica: “su función económica consistió en reconstituir la mayor parte de la fuerza de trabajo del hombre a través de las materias primas que ella transforma en valores de uso para el consumo inmediato” (1972:182). De acuerdo con este planteo, la diferencia radica en que el varón produce un producto visible, mientras que el producto de las mujeres queda confinado a las cuatro paredes del hogar, no se produce como mercancía y, por lo tanto, queda fuera de la esfera del intercambio. He aquí los términos visoespaciales –la arquitectura del hogar que delinea lo visible/no visible- que articulan la conceptualización “trabajo invisible”.

Pero: ¿cómo es que las mujeres del hogar aceptan su situación de explotación? La dupla prestó atención al control sociosexual del matrimonio, apuntando a sus raíces económicas y sus implicancias en la regulación de lo público. Así quedó expreso:

La mujer no vende su fuerza de trabajo ni sus productos, simplemente acepta con el matrimonio la obligación de ocuparse de su familia, de hacer las compras, de procrear y de servir a cambio de su mantenimiento [...] Las mujeres de hogar no tienen entre ellas relaciones de intercambio como productoras ni tampoco con otras clases. No participan en las relaciones públicas de propiedad gracias a las cuales se materializa y apropia el excedente de producción (1972: 183-185).

Según esta propuesta, la condición de producción inmediata de bienes de uso las priva del salario y, además, el propio aislamiento hogareño las priva del contacto con otras trabajadoras. Vislumbrada en Cuba, esta problemática tendrá consecuencias importantes al momento de diagramar alternativas y pensar las modalidades en que podría desarrollarse una conciencia por parte de las mujeres para ser, así, protagonistas de la lucha revolucionaria.

La apuesta era grande, porque se trataba de reconocer los fundamentos materiales de la opresión de las mujeres a través de

publicados en diferentes actas de congresos y ediciones latinoamericanas. En todos los casos insistieron en complejizar la situación de las mujeres, llegando a introducir variables sociológicas tales como campo-ciudad, franja etaria, matrimonio-prostitución. Véase Larguía y Dumoulin (1988). En sucesivas revisiones, la dupla recurrirá, además de a Marx y Engels, a otros académicos marxistas tales como Jean Suret Canale, historiador francés, y al economista germano Jürgen Kuczynsky.

una particular forma de explotación: el trabajo doméstico invisible. Reconocer para desnaturalizar y politizar la función reproductiva de las mujeres, articulándola en términos de reproducción y sostenimiento de la fuerza de trabajo: horas y horas de explotación en condiciones de encierro doméstico. En esta teorización, el “trabajo invisible” constituye el cimiento del capitalismo, se encuentra oculto a través de la fachada de la familia individual-privada y una fuerte división del trabajo que habría de desaparecer con el advenimiento del comunismo. En Larguía y Dumoulin, este trabajo es producido como no-visible y, al mismo tiempo, tiene un carácter de valor de uso: su consumo es inmediato y no llega a incorporarse al mercado, pero eso no implica que mantenga una relación de exterioridad con la generación de plusvalía.

La noción de trabajo invisible también obligaba a revisar los términos con los que había sido pensada la reproducción social en el capitalismo. Esto es, la renovación constante de la producción, asociada a la creación de mercancías para el intercambio y consumo indirecto por parte de los varones. Para ambos, esta categoría económica necesitaba problematizar el hogar: allí es donde las amas de casa reponen directamente gran parte de la fuerza de trabajo de toda la clase trabajadora. Afirmaban: “Solo contando con horas de trabajo invisible puede el proletariado producir plusvalía en la economía social. Por tanto, puede decirse que el trabajo femenino en el seno del hogar se expresa *transitivamente* en la creación de plusvalía, por medio de la fuerza de trabajo asalariada” (1988[1971]:14; énfasis propio). En su teorización, el trabajo doméstico invisible es clave en la reproducción social y mantiene una relación transitiva en la creación de plusvalía.

Argumentar que la opresión de las mujeres tiene como base el trabajo doméstico invisible supuso la necesidad de dilucidar cuál es la relación entre patriarcado y capitalismo, así como también el modo en que debía explicarse ese vínculo a través del bucle mujer-trabajo. Ambos fueron tópicos favoritos de los feminismos marxistas y materialistas en los años setenta y ochenta.

El carácter superestructural-ideológico del patriarcado fue ejemplificado con la infantilización y docilización cultural presente en la indumentaria, el adoctrinamiento lúdico que comienza con la entrega de una “inocente” muñeca, la incentivación al consumo, la expectativa social. Así nos lo explicaban: “prisionera de esta subcultura femenina limitadora [...] la mujer verá desviarse sus mejores energías creadoras hacia los falsos problemas del amor y la reproducción [...] El mundo occidental y cristiano sabe cómo asfixiar entre algodones” (1972[1970]:188). En la primera publicación cubana esto fue enfatizado:

“se ha erigido, en el curso de la historia, una vasta superestructura cultural por la cual se fomenta el desarrollo en la mujer y en el hombre no solo de tipos físicos sino de rasgos de temperamento, carácter, inclinaciones, gustos y talentos que se suponen *biológicamente inherentes* a cada sexo. Se consideran como características sexuales secundarias, inamovibles, fatales y ahistóricas” (1988 [1971]: 17; énfasis original).

Dicha hermenéutica feminista sobre el marxismo los aproximó a la categoría género —entendida como construcción cultural de la diferencia sexual—, la cual comenzará a extenderse durante los años setenta tras la reapropiación de antropólogas británicas.

LA MUJER NUEVA

Un punto insistente en la obra de Larguía y Dumoulin era advertir sobre la tentación de caer —como lo hicieron las sociedades industrializadas capitalistas— en situar a las mujeres en ramas de oficios livianos, vinculados a la industria alimenticia, farmacéutica, o a servicios como los de maestras, enfermeras, secretarias, sirvientas... Esto no es más, aducían, que una proyección en la esfera pública de las tareas que cumplen las mujeres en el seno de la familia, actualizando su marginalización y estereotipos femeninos que la reducen a débil, a complemento o a una mera fatalidad biológica. El asunto se complejiza si tenemos en cuenta que las mujeres se insertan en la economía visible sin dejar su trabajo doméstico; en efecto, se ven doblemente explotadas por una doble jornada de trabajo, visible e invisible. Nuestros autores eran conscientes de aquello, pero además interrogaban la jefatura del hogar:

Dado que la reposición de la fuerza de trabajo sigue siendo considerada como una característica sexual secundaria, en lugar de diferenciarse como una función específicamente económica, el hombre considera degradante participar de la misma. El obrero agitador y activista en su centro de trabajo, no advierte que el patrón le arranca a su mujer, por su intermedio (en esto cumple funciones de capataz delegado), una contribución a la plusvalía, que capitaliza (1988 [1971]: 23).

Ciertamente, esta relación de explotación de varones hacia amas de casa les aproximaba al análisis de las feministas materialistas y radicales; sin embargo, la dupla inscribirá el problema en la singular transición socialista cubana, lo que les obligará a reducir el tratamiento de imaginarios utopistas y modos de resistencia al interior del capitalismo. Conociendo diferentes diagnósticos sobre la situación en la URSS y la República Popular China, fueron reiterativos ante dicha preocupación: Cuba podría arrastrar, en su

transición, el problema de la doble jornada de trabajo para las mujeres. Al sexismo imperante, Larguía y Dumoulin agregarán dos tendencias que consideraban “falsamente” emancipacionistas y que operaban como obstaculizadoras del progreso socialista: el “economismo femenino” y lo que denominaron “liberalismo sexual”. El economismo femenino alude a una cadena de consumo que tiene por objetivo sostener y alcanzar un ideal capitalista de feminidad. Buscaron con esta noción analizar la existencia de una ideología publicitaria que tiende a fomentar el consumo de ciertos bienes para garantizar la feminidad socialmente aceptable: un circuito de consumo elástico destinado a las mujeres. Esta tendencia era altamente peligrosa, advertían, en países socialistas como Cuba, donde las mujeres han avanzado en su inserción en la producción asalariada, pudiendo ser una vía de infiltración imperialista. El liberalismo sexual, desde el punto de vista de la dupla, insiste en la liberación sexual de la mujer y en el desarrollo de una moral privada con la consiguiente disolución de la familia. Larguía y Dumoulin inscriben en esta tendencia a buena parte del movimiento feminista y de la nueva izquierda, contando con el freudomarxista Wilhelm Reich como riñón intelectual de la misma⁴. En tal sentido, el excesivo liberalismo individualista impide un correcto análisis de la opresión de clases al centrarse en el sexo y no en el trabajo como un recurso para la emancipación de los sujetos: “la nueva función económica de la mujer en la sociedad de consumo enfatiza sus responsabilidades como propietaria de su sexo y copartícipe del prestigio de la familia” (1988 [1971]:25).

Tal como señalamos anteriormente, esta crítica iba también dirigida al feminismo liberal norteamericano, cuya extracción de clase fue asunto de controversia incluso al interior de Estados Unidos. Conviene recordar que, por su parte, el feminismo radical anglosajón avanzará en problematizar el familiarismo y también la libertad sexual utilizando el propio aparato marxiano; para ser más precisas, realizando una transposición de la dialéctica de la lucha

4 La obra del psiquiatra y psicoanalista Wilhelm Reich y del filósofo Herbert Marcuse tendían a ser utilizadas por movimientos políticos feministas-homosexuales para complejizar —introduciendo elementos del psicoanálisis— la tentativa a un “estado de liberación” viciado por imaginarios ilustrados-modernos-liberales. La “sexualidad en estado latente” fue un tópico de mucha fuerza política para no pocas mujeres y homosexuales politizados. En un sentido intelectual y también político, habrá que esperar a fines de los años setenta para que el trabajo de Michel Foucault introduzca un giro en este sentido, al criticar la “hipótesis de la represión sexual” y ofrecer una visión productiva-infinitesimal del poder que puso en cuestión buena parte de los postulados freudomarxistas.

de clases a la “lucha de los sexos”, asunto cuya principal exponente será la feminista radical estadounidense Shulamith Firestone (1970) y, desde luego, la cineasta, filósofa feminista y autora de *Política Sexual*, Kate Millet (1969). El decidido maniqueísmo sexual abonado por el feminismo radical será motivo de distanciamiento tanto para Larguía y Dumoulin como para la Federación de Mujeres Cubanas. La irrigación de este feminismo en Latinoamérica fue vista como preocupante. En un anexo incorporado a la edición venezolana —país de incipiente desarrollo del movimiento feminista durante el “boom petrolero”— lo plantearon sin mayores reservas:

“se asiste a la importación de un movimiento feminista inmaduro, que aún no ha tomado conciencia de las condiciones de su surgimiento y de su *relación intrínseca* con la suerte de la clase obrera de los países capitalistas desarrollados” (1988[1975b]: 69; énfasis propio).

Por estos días es frecuente toparse con llamamientos políticos tales como “la revolución será feminista o no será” o “no hay socialismo sin feminismo”, pero por aquellos años el asunto distaba de ser simpático. Esta “relación intrínseca” que remarcaban Larguía y Dumoulin no era más que la de argüir en el mismo sentido de estos llamamientos. Antes que rechazarlo de antemano, la crítica feminista tenía que ser *necesariamente* revolucionaria, ya que: “al contrario de lo que se podría suponer de las desavenencias entre izquierdas y feministas, la explotación de la mujer en la sociedad capitalista es inseparable de la explotación de la clase obrera” (1988 [1975b]:66).

Ahora bien, el cuestionamiento al “liberalismo sexual” podía volver, cual *boomerang*, hacia sus propios postulados. Aunque la dupla intelectual había desentrañado con rigor teórico la función económica de la reproducción biológica, cierto detrito economicista del marxismo ortodoxo re-naturalizó la heterosexualidad obligatoria. Larguía y Dumoulin reclamaban, al igual que feministas y marxistas, la construcción de una nueva moral sexual. Pero la normativa heterosexual no fue cuestionada, pese a que, curiosamente, habían avanzado en desmontar los mecanismos de invisibilización y naturalización del trabajo reproductivo. Esto cerró las puertas —en sintonía con el discurso oficial— a la politización de la sexualidad no procreativa, neutralizando una problematización marxista del cuerpo homosexual y lesbiano, asunto que durante los años setenta cobró mayor intensidad en las principales urbes occidentales.

Hacia 1988, el bucle mujer-revolución fue sintetizado en estos términos: “Las amas de casa se sitúan, pues, al inicio de una secuencia histórica de grupos sociales trabajadores que culmina

con la clase obrera revolucionaria y los grupos que a ella se alían” (Larguía y Dumoulin, 1988: 10). La mujer del hogar, por su condición de trabajadora doméstica servil, emergía como el punto cero de la revolución.

LA ALTERNATIVA EMANCIPACIONISTA

¿Qué tipo de resistencias requería enfrentarse al problema del trabajo invisible?, ¿Por dónde se articulaba teóricamente la “alternativa” en esta bisagra marxista-feminista?, ¿Qué abordaje podría ser pensable y realizable en el singular proceso de transición? Así nos lo explicaban:

“La plena socialización de la reposición de la fuerza de trabajo requiere la construcción de grandes complejos de servicios, análogos a los complejos fabriles actuales, que cubran todos los servicios necesarios para sustituir el trabajo doméstico mucho más eficientemente y de calidad mejorada, empleando la tecnología de producción continua [...] La colectivización de lo que ahora es “labor doméstica” implica tanto una resolución tecnológica específica como profundos cambios en la conciencia social” (1988 [1975]:59).

El objetivo revolucionario era socializar el trabajo doméstico a gran escala, asunto que consideraban no era posible a corto plazo en Cuba por el alto costo que implicaba el desarrollo técnico. No obstante, una transición socialista con múltiples dificultades podía permitirse, al menos, crear una ética en la que varones compartan este trabajo doméstico, facilitando que las mujeres se introduzcan a la producción social visible-asalariada. Durante los años setenta, Larguía y Dumoulin se mostraron optimistas sobre este último punto: sus análisis sociológicos de las transformaciones en la vida de las mujeres cubanas llamaron la atención sobre el ascenso en las tasas de divorcio, el progresivo ingreso a ciertas ramas de oficios, la alfabetización y los derechos sexuales (anticonceptivos-aborto), aun cuando tenían en cuenta variables más “clásicas” tales como campo-ciudad, franjas etáreas, población afrodescendiente (Larguía-Dumoulin, 1988 [1975, 1975b, 1983], Larguía, 1978). En sus propias palabras:

“El socialismo es una etapa preparatoria de la sociedad sin clases. Tal sociedad no podrá construirse sin resolver definitivamente la contradicción existente entre la necesidad del trabajo doméstico y la necesidad de incorporar a la mitad postergada de la humanidad al trabajo productivo y a la vida política” (1972[1970]: 195).

Tales eran los términos necesarios para combatir la “falsa conciencia del sexo” (sic) como parte de la lucha revolucionaria en curso. No caben dudas que Larguía y Dumoulin comenzaron a producir un

engranaje teórico que los condujo a un nivel de abstracción que puso en tensión el horizonte revolucionario anclado en el proletariado en tanto “sujeto” masculinizado del cambio social. Esta disyuntiva intentará ser resuelta a través de una conocida figura metafórica, con importantes efectos simbólico-materiales: el suicidio.

Tanto las transiciones abiertas en los países socialistas como la lucha armada llevaron a recuperar la cuestión del “suicidio de clase” para incardinar la transformación social en curso. De su paso como documentalista guerrillera en Guinea-Bissau, Larguía rescató lecturas políticas que llevó luego a la cuestión de la mujer. Esto se hace patente cuando afirman:

Para Amílcar Cabral [...] la pequeña burguesía debe suicidarse como clase social incorporándose al proletariado. Las mujeres de su hogar y los pequeños productores son clases marginales[...]Un proceso revolucionario exige su asimilación a las clases trabajadoras principales, que son las únicas que poseen las condiciones necesarias para oponerse exitosamente al imperialismo. Pero el suicidio como clase de la mujer de hogar y su transformación revolucionaria requiere la destrucción de todos los rasgos que caracterizan su conciencia social dentro del capitalismo. Que todos los sectores femeninos se incorporen al trabajo proletario no implica liberación total (1972: 186).

La lucha de las mujeres, en este sentido, se volvía intrínseca a la lucha de clases: “la noción de su propia liberación como mujer deviene inseparable de la revolución socialista” (1988 [1971]: 37). Ésta es su condición de posibilidad.

Antes que entregarse al liberalismo sexual o a un consumismo obsceno, aquí la mujer nueva es efecto de una toma de conciencia como propietaria de su fuerza de trabajo, productora de y para la comunidad. El trabajo, no el sexo, era el recurso marxiano-feminista a través del cual las mujeres podían alcanzar la humanidad. Al principio de raíz lockeana, liberal-feminista, del “derecho a disponer del propio cuerpo”, Larguía-Dumoulin oponían un híbrido quimérico marxista-feminista: “el derecho a disponer libremente de su fuerza de trabajo” (1988 [1971]: 35).

OBJECIONES FEMINISTAS AL “TRABAJO INVISIBLE”

La problematización del trabajo doméstico prolifera política y académicamente a lo largo de los setenta, década comúnmente señalizada como de alta efervescencia social. Ensayistas, académicas y activistas de distintas regiones de Occidente comenzaron a analizar tanto teórica como empíricamente lo que parecía a primera vista un tema superficial: los quehaceres domésticos y el cuidado de la prole. Isabel Larguía y John Dumoulin (1969) en Cuba; Margaret Benston (1969) y Peggy Morton (1970) en Canadá; Christine Delphy (1970) en Francia; Shulamith Firestone (1970) en Estados Unidos; Juliet Mitchell (1966 y 1973) en Inglaterra; María Rosa Dalla Costa y Selma James (1972), y después Silvia Federici (1975), en Italia; fueron algunas de las más reconocidas teóricas y analistas que relejeron a Marx y Engels desde el prisma feminista y viceversa. Todas y cada una de ellas tomaron en serio las limitaciones del pensamiento marxiano y buscaron respuestas ante tal vacío teórico.

A continuación, proponemos contextualizar la contribución de Larguía-Dumoulin con buena parte del estado de la cuestión disponible, realizada por feministas con quienes compartieron cierta semántica histórica, teórica y política. Nuestro interés no está en calibrar el esfuerzo intelectual de dichas mujeres —situadas en posiciones y contextos no siempre equivalentes—; antes, buscamos deshilvanar

buena parte de las controversias y digresiones que tuvieron lugar en torno a la mujer trabajadora y la revolución.

Uno de los principales debates feministas-marxistas abiertos en torno al trabajo doméstico fue sobre el carácter productivo o improductivo del mismo, en parte por las limitaciones inscritas en las concepciones de valor de uso y valor de cambio. Esto abrió dos grandes interrogantes: ¿el trabajo doméstico produce plusvalor?, ¿estamos ante un modo de producción? La respuesta a tales interrogantes arrastraba inmensos y decisivos conflictos políticos. Significaba pasar en limpio si la lucha de las mujeres debía tener su propia autonomía o si debía realizarse junto a la de las fábricas. ¿Qué tipo de trabajo es el de las amas de casa?, ¿Cuál es su relación con el capitalismo? ¹ A grandes trazos, la idea de que las mujeres producían valores de uso se contraponía a los valores creados en la esfera pública de la economía dominada por los varones, lo que permitió tradicionalmente calificarlos como improductivos (Seccombe, 1974; Shutz, 1974; Zaretsky, 1975).

Tal como comentábamos *ut supra*, Larguía y Dumoulin tenían serios interrogantes respecto al desarrollo de la transición socialista cubana. Por un lado, reconocían el papel de la FMC en la alfabetización e inserción de mujeres a la economía definida tradicionalmente como productiva. Por otro, sabían que este proceso, promovido por un verticalismo inherente al socialismo de Estado, podía caer en una “doble jornada” laboral si no desmontaban al trabajo doméstico producido como invisible. Ciertamente, este aspecto ya se encontraba problematizado en su ensayo inaugural: “Trabajan ocho horas en la fábrica, recibiendo por ese trabajo un salario, y al volver al ‘dulce hogar’ les espera una segunda jornada de trabajo no pago, de trabajo descalificado y stupidizante que les quita del espíritu toda ilusión sobre la igualdad con el hombre y sobre su brillante dependencia social” (1972 [1970]: 190). Al mismo tiempo, la producción intelectual cubana deberá enfrentar las críticas realizadas por el feminismo blanco del norte: una emancipación “desde arriba” que podría reproducir roles tradicionales asignados a las mujeres (Z, 1970;

1 En una reciente publicación la filósofa cubana Georgina Alfonso González (2016) inscribe, con acierto, el trabajo de Larguía-Dumoulin dentro de una tradición iniciada por Flora Tristán, Clara Zetkin y Alexandra Kollontai. En el amplio espectro feminista, tanto la francesa Simone de Beauvoir (1949) como la norteamericana Betty Friedan (1963) habían problematizado la vida de las mujeres en el hogar, pero bajo marcos analíticos muy distantes. La parisina, no obstante, fue incisiva respecto de las limitaciones del análisis de clase para explicar la opresión de las mujeres. Asumiendo las limitaciones de Marx y Engels, Beauvoir hizo un llamamiento a “desbordar el marxismo” (sic). No hay dudas que aquello fue inspirador para el feminismo radical estadounidense y el feminismo materialista francés.

Bengeldorf y Hageman, 1979; McKinnon, 1989)². Para la dupla, estas críticas feministas solo eran posibles desde un punto de vista colonial (eurocéntrico, agregaríamos) que ignoraba los múltiples factores en curso para garantizar la transición (1988 [1983]) o, más bien, quizás podían ser útiles para articular la resistencia en sociedades capitalistas con realidades diferentes a la de la sociedad cubana³.

EL TRABAJO DOMÉSTICO ES PRODUCTIVO

En *Para una economía política de la liberación femenina* (1972 [1969]), Margaret Benston —canadiense pionera en los *Women’s Studies*— cuestionó las versiones economicistas-antropológicas de la familia entendida como “unidad de consumo”. Hizo este cuestionamiento insistiendo en que el ama de casa es una trabajadora que produce bienes de uso y que, por tanto, su actividad es productiva ya que garantiza la reproducción de la fuerza de trabajo. Dicho de otro modo: sin este trabajo doméstico, los trabajadores no podrían reproducirse a sí mismos, y sin trabajadores, a su vez, el capital no podría reproducirse (cfr. Ferguson y Mc Nally, 2013) De lo que se trataba no era de una tarea improductiva inherente a la “natural” reproducción de la especie, ni tampoco simplemente un efecto ideológico patriarcal, sino de un trabajo del que depende el capitalismo⁴. Benston es comúnmente señalada por haber precisado este punto, pero habría que considerar que el trabajo de Larguía y Dumoulin también señalaba la necesidad de reconocer el trabajo doméstico y su vínculo con la reproducción social. Benston no llegó a problematizar, teóricamente, el vínculo entre producción de bienes de uso en el interior del hogar y la creación de plusvalor; en este sentido, el título que engloba su análisis pecó de cierta grandilocuencia (cfr. James, 1975).

El texto de Benston ganó impacto al advertir sobre la tentación de focalizar la lucha de las mujeres en el mercado de trabajo (problemas

2 El trabajo de Catharine McKinnon (1989), ciertamente posterior, sintetiza buena parte de las críticas que durante los años setenta el feminismo norteamericano y francés se permitió sobre la experiencia de los países socialistas. Cuando McKinnon se pregunta a qué intereses servía esta posible emancipación para las mujeres, ignora que, además de Margaret Randall, trabajos como los de Larguía y Dumoulin ya estaban desarrollando contra-argumentos a propósito del mismo tópico veinte años antes.

3 Entrevista realizada por el autor a John Dumoulin, *ibídem*.

4 Hasta ese momento, desde Inglaterra circulaba la contribución de Juliet Mitchell (1966), quien también se había propuesto apropiarse del socialismo científico para la causa feminista. Sin embargo, para el debate sobre el trabajo doméstico su contribución había sido limitada. Mitchell situó a la familia, incluyendo al trabajo que allí realiza la mujer, como una esfera producida ideológicamente por el patriarcado, despojándola de sus bases materiales. Véase la crítica de Hartmann (1988 [1979]).

de sobreexplotación, discriminación salarial, techo de cristal, etc.), pero prescindiendo del trabajo doméstico. Benston fue criticada por no dejar claro dónde se podía apoyar el movimiento feminista ante esta problemática. Para Peggy Morton —feminista canadiense traducida en *Las mujeres dicen basta*—, esto se debía a que su análisis no contemplaba las propias transformaciones al interior de la organización familiar que estaban teniendo lugar desde los años sesenta (cfr. Morton, 1972 [1970]).

El ensayo de Benston es simultáneo a la versión tapuscrita de Larguía y Dumoulin —inicialmente titulada «Por un feminismo científico»— que ya circulaba entre intelectuales latinoamericanos a inicios de 1969. En la edición argentina de 1972, Larguía y Dumoulin aprovecharon la publicación para cuestionar la contribución canadiense por considerarla replegada al artefacto teórico marxiano: “aunque estamos en general de acuerdo, insistimos que sin ir más allá de los conceptos de la economía política clásica, en particular a las nociones de fuerza de trabajo y plusvalía tal como Marx las emplea, es imposible poner al descubierto el papel del ama de casa en la sociedad de clases, con todas sus implicancias políticas”(1972:78). La observación no era ingenua: ambos eran conscientes del carácter innovador de su propuesta, especialmente por la agudeza teórica que demostraban manejar de cara a un contexto extraordinario como era la Cuba revolucionaria.

Según consta en la versión fechada en mayo de 1969, Larguía y Dumoulin cuestionaron cómo se concibió la producción social y cómo se distinguió lo que contaba como valores de uso y valores de cambio. Coincidieron con Benston en que el trabajo doméstico produce valores de uso al tiempo que garantiza la propia reproducción del capital. Sin embargo, avanzaron en una explicación del vínculo de este trabajo con la producción misma de plusvalía, poniendo en cuestión la distinción entre bienes de uso y de cambio. Esto es: “puede decirse que el trabajo femenino en el hogar se expresa por medio de la fuerza de trabajo masculina en la creación de la plusvalía”; el problema es que el trabajo invisible, por ser tal, se halla oculto, “aun cuando implica el gasto de numerosas horas de labor, nunca ha sido considerado *como valor*” (1972 [1970]: 183 y 184; énfasis original). Esta breve sentencia alcanzará maduración argumentativa en la publicación cubana de 1971.

En un conjunto de escritos que fueron cruciales para el feminismo italiano —*El poder de la mujer y la subversión de la comunidad* (1975 [1972])—, Mariarosa Dalla Costa y Selma James fueron un poco más allá que la postura de Benston, aduciendo que las trabajadoras domésticas no solamente generan valor, sino que crean más valor. La noción de “fábrica social” del teórico operaista Mario Tronti (1966)

le permitió a Mariarosa Dalla Costa arribar a un análisis crítico de la formación social capitalista, capaz de desfondar el imaginario fabril y el sujeto masculino de la revolución anidado allí⁵. Dalla Costa cuestionó que el trabajo doméstico se remita solamente a la producción de bienes de uso asumiendo que se trataba de un trabajo productivo que participa de la creación de plusvalía. Pasará a la posteridad al sostener que “el salario controlaba una cantidad mayor que la que aparecía en el convenio de la fábrica” (1975 [1972]: 35) y que “ahí donde rige el salario, el trabajo doméstico no produce sólo valores de uso sino también plusvalía (...) el trabajo doméstico es productivo, es decir, produce plusvalía.” (1975 [1972]: 39). Pero: ¿acaso este punto no estaba ya plasmado en la propuesta cubana?

Aunque para inicios de los años setenta la obra de Larguía y Dumoulin contaba con circulación editorial en América Latina, Europa y Estados Unidos, fue sucesiva y reiteradamente ignorada en lo concerniente a este punto nodal sobre el que orbitó el debate sobre trabajo doméstico. Pero, como suele suceder, hay excepciones que confirman la regla. Este fue el caso de Heleieth Bongiovani Saffioti, quien, desde São Paulo, realizará un análisis de la obra hacia fines de los setenta⁶. En *Emprego doméstico e capitalismo* (1979), Bongiovani Saffioti analizó la propuesta del “trabajo invisible” situándola en el seno de los debates feministas-marxistas del momento⁷. La intelectual

5 Dalla Costa y James difundieron su propuesta en la obra de 1972, recibiendo posteriores revisiones argumentativas. Dicho ensayo fue publicado en Italia en el marco de la muy discutida Campaña Internacional de “Salario por el trabajo doméstico”, movilización que exigía el pago de un salario por parte del Estado. En el prefacio a la edición latinoamericana, publicada en México en 1975, Selma James expresó su preocupación ante los intentos de salvar al “Tercer mundo” a través de una mejor inserción al capitalismo, esperando que su propuesta, que tomaba a las mujeres como protagonistas, sirva para las luchas abiertas en América Latina y el Caribe. Dicho prefacio intentaba acercar un balance sobre el estado de la cuestión ignorando a la precursora contribución cubana.

6 Heleieth Saffioti, otra adelantada a su época, en 1967 defendió su tesis de libre-docencia titulada «A mulher na sociedade de classe: mito e realidade», dirigida por Florestan Fernandes en la Universidade Estadual de São Paulo. Durante los setenta y los ochenta desarrollará una amplia contribución intelectual feminista-marxista tanto en la Pontificia Universidade Católica de São Paulo como en la Universidade Federal do Rio de Janeiro.

7 Saffioti utilizó la publicación editada en *Political Affairs* de 1972, aunque vale recordar que ese mismo año el ensayo también circuló a través de NACLA. Estas versiones se corresponden con la edición de *Casa de Las Américas* de 1971, con pequeños alicientes producto de los debates que generó la circulación inicial. Saffioti, como se desprende de sus ensayos, contó con la ventaja intelectual de apreciar el trabajo de Larguía y Dumoulin por los constantes debates del “ama de casa” que fueron publicados en *Political Affairs*, *New Left Review* y *Monthly Review*.

brasileña fue quizá la primera en notar que Larguía y Dumoulin, antes que las feministas marxistas italianas, habían problematizado la cuestión del plusvalor en el trabajo doméstico y la habían dotado de una articulación teórica propia. En efecto, desde Cuba plantearon que con las horas de trabajo invisible el proletariado puede producir más valor en la economía, que el trabajo de las mujeres es transferido para la creación de plusvalía a través de la fuerza de trabajo asalariado. Así lo escribe Saffioti: “Desde este punto de vista [el de Larguía-Dumoulin], el trabajo doméstico constituye una actividad indirectamente productiva, en la medida que ahorra una fuerza de trabajo directamente subyugada por el capital” (Saffioti, 1979:37; traducción nuestra).

Según hemos visto, Larguía y Dumoulin argumentaron que hay una relación de transitividad entre el trabajo doméstico y la extracción de plusvalía, siendo el trabajo doméstico parte del trabajo total explotado por el capitalismo (1988 [1971,1973]. Años más tarde, en un manuscrito de mediados de los años setenta, la parmesana Silvia Federici argumenta en el mismo sentido: “Tanto el salario como la falta del mismo han permitido al capital ocultar la duración real de nuestra jornada laboral” (Federici, 2013 [1975]: 62).

LAS MUJERES COMO CLASE SOCIAL / LAS AMAS DE CASA COMO SUBGRUPO DE CLASE

A principios de la década del setenta, Christine Delphy recogió el guante del “trabajo doméstico”. Lo hace en *El enemigo principal* (1972 [1970]), introduciendo fuertes críticas a la reducción de la opresión común de las mujeres a una cuestión de clase, o a una preocupación de las izquierdas supeditada a las consecuencias que tiene esa opresión en el proletariado: una lucha menor, una lucha dentro de una lucha más amplia. Delphy —o Dupont, como firmaba en aquellos años— puso en cuestión el planteo de Larguía y Dumoulin relativo a la producción de “valores de uso” de consumo inmediato, por parte de las mujeres, como condición de su inferioridad. Ofreció ejemplos antropológicos y etnográficos que daban cuenta de cómo cierta producción en el hogar era transferida al mercado, pero no desarrolló una explicación teórica que vincule este tipo de trabajo doméstico con el capitalismo; por el contrario, optó por una escisión (cfr. Lipszyc, 1996)⁸. Así lo planteaba Delphy:

La propuesta cubana le servirá a Saffioti para argumentar sobre la condición de las empleadas de servicios domésticos en Brasil, las cuales, conforme a su análisis, recibían un salario en el marco de una formación no-capitalista como la familia.

8 Conviene recordar que Delphy utilizó la versión manuscrita que será publicada, junto a su propio ensayo, en *Partisans* en 1970. El planteo de Larguía-Dumoulin no

lejos de ser la naturaleza de los trabajos efectuados por las mujeres lo que explica sus relaciones de producción, son las relaciones de producción las que explican que ese trabajo sea excluido del mundo de los valores. Son las mujeres las que están excluidas del mercado (de cambio), como agentes económicos, y no su producción (Delphy, 1972 [1970]: 113).

Delphy radicalizó las bases materiales del trabajo doméstico, llegando a proponer la existencia de un “modo de producción doméstico” diferenciado del modo de producción capitalista. Dentro de este análisis, la producción de mercancías industriales da lugar a la explotación capitalista, mientras que el trabajo doméstico da lugar a la explotación patriarcal. Delphy lo verá incluso en la mujer burguesa: “ella no posee por sí misma los medios de producción. Su nivel de vida no depende, pues, de las relaciones clasistas de producción sino de las relaciones de producción de la servidumbre hacia su marido”. Al igual que el resto de las mujeres: “mientras que el asalariado vende la fuerza de trabajo, la mujer casada la regala: exclusividad y gratuidad están íntimamente ligadas” (1972 [1970]:118-119).

Si bien nuestros intelectuales habían confeccionado una crítica política muy similar sobre el trabajo invisible no-asalariado, Delphy sentenciará un distanciamiento rotundo:

al pretender que las mujeres pertenecen a la misma clase que el marido, se trata de ocultar el hecho de que, precisamente, por definición, no pertenecen a la clase del marido [...] se encubre la existencia de otro sistema de producción y el hecho de que las relaciones de producción de ese sistema colocan al marido y la mujer en clases antagónicas (el primero obtiene un beneficio de la explotación de la segunda) (Delphy, 1972: 120 y 121).

A partir de los años setenta y en posteriores revisiones de su obra, Delphy hipotetiza sobre la existencia de un “modo de producción patriarcal de los servicios domésticos” (sic), un asunto que no solo la encamina a cuestionar la existencia del capitalismo como modo de producción dominante, sino también a delimitar los términos de una lucha por y para las mujeres como propia, sosteniendo la existencia de las mujeres como clase.

El reconocimiento de las mujeres como clase fue sin duda el nudo teórico-político de las feministas materialistas francesas de las que Delphy y otras, como Colette Guillemeau y Paola Tabet, serán sus

buscaba desconocer que existen sociedades donde se lleva al mercado la producción del hogar (temas tan acalorados, por otro lado, para los historiadores de la revolución industrial).

principales impulsoras a través de la revista *Questions Féministes*. *Grosso modo*, este materialismo tomaba al sexo como un fenómeno de clase, distinguiendo dialécticamente la configuración de un antagonismo sexual entre varones y mujeres⁹. Desde este ángulo, la explotación común de las mujeres como clase era la explotación patriarcal. He aquí la apertura defendida de una lucha propia por y para las mujeres que supuso un quiebre decisivo en relación al marxismo ortodoxo y la experiencia de los países socialistas.

En la antología publicada en 1988, Larguía y Dumoulin no se refieren explícitamente a las feministas materialistas, pero sientan posición ante esta propuesta:

Bajo ningún concepto son una clase social. Las mujeres como tales son un grupo demográfico
[...] Las amas de casa son un grupo social preclasista. La familia es un tipo económico arcaico, surgido en el largo proceso de la división de la sociedad en clases antagonicas; las relaciones económicas dentro de la familia mantienen hasta hoy diversos grados de esclavitud latente, que se pone al servicio de la explotación capitalista (Larguía y Dumoulin, 1988: 9).

En términos comparativos, las feministas materialistas habían dirigido el materialismo hacia el cuerpo sexuado, comenzando a delinear una concepción de la mujer entendida como clase social. En la lectura feminista-marxista de Larguía y Dumoulin, por el contrario, el acento nunca dejó de estar puesto en el trabajo, siendo el ama de casa la que se constituye como trabajadora doméstica bajo una particular forma de explotación.

La propuesta de las “mujeres como clase social” podía ser estimulante en términos filosóficos y políticos en sociedades capitalistas, pero, visto desde Cuba, comprometía el proyecto

9 No es posible explayarnos aquí sobre la transposición de la dialéctica engelianamarxista por parte de diversas teorías feministas, pero vale recordar que el feminismo radical anglosajón también enarboló su propia lectura del mismo modo que las francesas e italianas. Éstas últimas, desde los años setenta avanzaron hacia una definición de la femineidad como una función-trabajo en el capitalismo, identificando a los hogares familiares como centros de explotación para las mujeres, auténticas plantaciones domésticas (cfr. Federici, 2010). Delineando un amplio mapa discursivo, histórico y político, podríamos afirmar que en la escritura feminista estadounidense primó la posición de un “sujeto sexuado”, mientras que en la europea primó la “diferencia sexual” (cfr. Haraway, 1996: 217). Analítica y políticamente, Larguía y Dumoulin no esquivaron, si se quiere, la cuestión “sexo/género”, pero se volcaron decididamente hacia la interrelación mujeres/capital. Para este enorme proyecto teórico, la Mujer Nueva es producto de un proceso de autoconstrucción en el que ella misma reconoce su singular explotación: se reconoce como trabajadora, insertándose progresivamente en la economía social, “fundándose con el proletariado”.

revolucionario en curso. En cierto sentido, esta cuestión ya estaba planteada en «Aspectos de la condición laboral de la mujer» publicado por *Casa de Las Américas* en 1975. En este artículo, Larguía y Dumoulin enfatizaban la necesidad de entender a las amas de casa o “mujeres del hogar” —como astutamente le llamaban— como un subgrupo de clase privado del salario y también con dificultades para conectarse entre sí. Estas descripciones sociológicas no eran ingenuas, estaban orientadas a centralizar el conflicto de clase donde tenía lugar la extracción de plusvalor. Buscaban no desdibujar el lugar central del proletariado en tanto sujeto revolucionario; lugar hacia donde también, aun a riesgo de ser cacofónicas, debían dirigirse las mujeres en pleno proceso de socialización de la economía, incluido el trabajo doméstico.

Cuando rastreamos la circulación editorial, comentamos que tres de los ensayos aquí referidos —el de Larguía, Delphy y Benston— fueron publicados en el significativo dossier de *Partisans* en 1970. Sin embargo, sostenemos que el privilegio epistémico del norte global facilitó la difusión de los trabajos de Margaret Benston y Christine Delphy como ensayos pioneros respecto del análisis académico del trabajo doméstico (Molyneux, 1979; Hartmann, 1979; Astelarra, 1982; Portolés, 2005; Carrasco *et al.*, 2011). Por otro lado, la publicación de Dalla Costa y James salió a la luz en 1972. Muy probablemente, esto coloca a la pionera contribución cubana como la primera teorización aguda sobre el trabajo doméstico. Investigación que inauguró un *framework* entre feminismo y marxismo hasta ese momento inusitado.

LA LECTURA DE GAYLE RUBIN

A mediados de los años setenta, la antropóloga norteamericana Gayle Rubin publica «El tráfico de las mujeres. Notas para una economía política del sexo» (1986 [1975]), uno de los más importantes y reconocidos ensayos de producción teórica feminista con alto impacto internacional. Aunque su recepción latinoamericana es de larga data, especialmente desde mediados de los años ochenta por la traducción mexicana, pasó desapercibido que Gayle Rubin evaluó —con los anteojos de Lévi-Strauss y Jacques Lacan— el ensayo cubano que nos convoca.

Rubin redujo la contribución de Larguía y Dumoulin a unos “ambiciosos intentos” (sic) de situar la opresión de las mujeres en la reproducción de la mano de obra mediante la consideración del trabajo doméstico. Desde su punto de vista, explicar la utilidad de las mujeres para el capitalismo es una cosa, y sostener que esa utilidad explica la génesis de la opresión es otra muy distinta: “El análisis de la reproducción de la fuerza de trabajo no explica ni siquiera por qué son generalmente las mujeres las que hacen el trabajo doméstico, y no los hombres” (1986 [1975]:101). Su crítica, para ser más precisas, fue

dirigida hacia gran parte de las teóricas del trabajo doméstico, siendo dicha generalización la que la hace discutible.

Hoy podríamos afirmar que Rubin fue acertada al remarcar el peligro de caer en una suerte de “minimalismo economicista” al abordar la problemática del trabajo doméstico y que fue igual de inteligente al subrayar, citando múltiples investigaciones antropológicas, el sesgo etnocentrista con el que operaba el marxismo teórico. Sin embargo, Larguía y Dumoulin nunca circunscribieron la génesis de la opresión de las mujeres al capitalismo. Desde Cuba, mantuvieron cierta continuidad con la lectura engeliana, situando el problema en el origen de la sociedad de clases. Este aspecto no era menor, puesto que les permitía problematizar la explotación de las mujeres más allá del capitalismo. Insistieron en identificar a las trabajadoras del hogar como un subgrupo de clase o preclasista antes que en ver a las mujeres como clase sexual (Firestone) o clase social (Delphy), problematizando términos como fuerza de trabajo, explotación y reproducción social.

Respecto a la crítica de Rubin sobre la imposibilidad de explicar por qué las mujeres realizan este trabajo o, en otros términos, *cómo es posible su explotación y por qué recae sobre ellas*, la objeción es relativamente imprecisa. Esta interrogante exige identificar un mecanismo de regulación social que explique por qué las sometidas asumen su sometimiento. Larguía y Dumoulin no se refirieron al género, categoría que, precisamente, alcanzará mayor difusión académica a partir de la contribución de Gayle Rubin. Sin embargo, tal como hemos mostrado, reflexionaron sobre lo que llamaban una “ideología del sexo” y una “falsa conciencia del sexo”, y lo hicieron desde una mirada constructivista-histórica que habilitaba la lucha política, la emancipación de la Mujer Nueva. La redefinición a la que arribó Rubin es la del “sistema sexo-género”: un conjunto de modalidades a través de las cuales las sociedades transforman la sexualidad biológica en producción humana, los modos en que “macho” y “hembra” se ven transformados en varones y mujeres. No es que las feministas marxistas del trabajo doméstico habían pasado esto por alto, pero en Rubin la apuesta teórica estuvo dirigida, decididamente, a ofrecer un modelo explicativo que vaya más allá de la sexualidad entendida bajo presupuestos heterocentros-reproductivistas, expandiendo una teorización crítica de la sexualidad más allá de la reposición de la mano de obra¹⁰. Finalmente, Rubin llamó a la eliminación del sistema

10 Dalla Costa y Federici también ofrecieron sus lecturas marxistas de la homosexualidad y desde el feminismo materialista saldrán figuras como Monique Wittig, cuyo trabajo ha sido muy importante en el desarrollo de una teoría lesbiana y en la conceptualización de la heterosexualidad como régimen político.

sexo-género —sus pares dicotómicos, sus jerarquías diferenciales— planteando, desde una mirada levystrausseana, una “revolución” del sistema de parentesco.

Si en su conocido ensayo Rubin abogó por una revolución del parentesco, feministas radicales como Shulamith Firestone abogaron una sociedad hipertecnológica que permitiría la liberación del control del cuerpo de las mujeres, atadas a su función reproductiva. Por su parte, las italianas —Dalla Costa y Federici— hincaron el diente en la lucha por un salario para el trabajo doméstico. En Larguía y Dumoulin, la alternativa tuvo como horizonte revolucionario una sociedad en la que se colectivice el trabajo doméstico, creándose una infraestructura para tal fin. Al igual que muchas expresiones del feminismo y el marxismo, abogaron por una redefinición contractual: una moral sexual que vuelva más horizontales los vínculos entre varones y mujeres. Aunque con diferencias insoslayables, todas estas escrituras trataban de realizar un esfuerzo político y epistemológico por sacar a las mujeres de la fatalidad biológica, introducir las en la política y en la resistencia.

A partir de la década del ochenta, con la progresiva crisis del socialismo real, el avance de la implantación neoliberal y el impacto del posestructuralismo, tanto en la teoría marxista como feminista se observa el ocaso del álgido debate en torno al trabajo doméstico (cfr. Molyneux, 1979; Hartmann, 1979; Eisenstein, 1979; Young, 1980; Ferguson-Mc Nally, 2013). No es que la cuestión se deja a un lado, pero sin lugar a dudas no vuelve a alcanzar el cenit que tuvo a lo largo de los años setenta, perdiendo definitivamente su nudo político-revolucionario.

LA NUEVA MUJER: ENTRE EL “SOCIALISMO PERFECTIBLE” Y LA CRISIS DEL SOCIALISMO “REAL”

A inicios de los años ochenta, la crítica en torno a la primera década del proceso revolucionario parecía desplazarse hacia un balance optimista de la transición cubana (cfr. Larguía, 1978). La preocupación sobre la inserción de las mujeres en la economía visible y la propia visibilización del trabajo doméstico, manifestaban Larguía y Dumoulin, había promovido transformaciones considerables durante la década del setenta. Si, coyunturalmente, el decreto n° 47/48 había impulsado a estos teóricos a sentar las bases de una ciencia para la liberación de la mujer hacia fines de los sesenta, años más tarde la comprensión del fenómeno se mantenía fiel a la transición. En una ponencia de 1983, presentada durante el XV Congreso Latinoamericano de Sociología “Simón Bolívar” celebrado en Nicaragua, el optimismo de la dupla sobre el proceso en curso era contundente, porque con la Revolución

cubana: “la fuerza de trabajo de la mujer dejaba de ser propiedad del padre, del marido o del proxeneta (...) la mujer al encauzar sus esfuerzos al servicio de la colectividad comenzaba a tomar noción de su valor y, fundamentalmente, de la propiedad sobre el producto de su trabajo” (1988 [1983]: 90). El panorama ofrecido sobre la situación cubana era, sin dudas, potente aliento a la revolución sandinista en curso. Pero sus argumentos no son sólo intuiciones, puesto que consideran innumerables datos estadísticos oficiales que revelan las tasas de divorcio y el incremento de las mujeres en el trabajo asalariado. Pese a que el decreto sexista se mantiene vigente hasta 1985, Larguía y Dumoulin ven como signo de la transformación en curso la *Tesis III Sobre el pleno ejercicio de la igualdad de la mujer* (1975), la cual establece que los varones deben compartir cabalmente las tareas domésticas con las mujeres. Este abrazo a la causa de las mujeres —soñado por el feminismo del norte capitalista en plena apertura de la “Década de la Mujer”— se ve también reflejado en el Código de la Familia (sancionado por la Ley n° 1289 el 14 de febrero de 1975), que planteó la responsabilidad compartida en las labores domésticas mediante un nuevo juramento nupcial. En el mismo sentido pueden considerarse los artículos n° 35 y 43 de la Constitución de 1976, ya mencionados. Para ambos, estos incentivos formales eran cruciales para el cambio social:

En contraste con el subdesarrollo capitalista, este proceso no se fundamenta en la explotación y la desigualdad entre los sexos, los diferentes grupos étnicos y las provincias [...] Se ha tenido una política prudente que ha ido operando por etapas, sin romper los nexos con la evolución lenta pero profunda de la psicología social de los más amplios sectores populares (Larguía y Dumoulin, 1988 [1983]:104).

Diez años después, con la dupla ya radicada en Argentina y en un escenario dominado por la caída del muro de Berlín y la disolución de la URSS, Isabel Larguía publicó el que muy probablemente es su último ensayo: «Why Political Feminism?» (1994). Artículo iniciado por un pedido de los latinoamericanistas Sussane Jonas y Edward McCaughan, y traducido por Dumoulin. El valor de este trabajo radica en el balance de época que propone, considerando los desafíos que implicaba el movimiento feminista en la experiencia de las revoluciones socialistas. Es importante notar sus certezas respecto de dos procesos históricos en curso: la crisis del socialismo y el fortalecimiento extensivo del feminismo por América Latina y El Caribe que había tenido lugar durante los años ochenta.

Larguía reconoce que fue el feminismo (incluida su propia contribución teórica original, agregaríamos) el que demostró que,

sin la reproducción privada de la fuerza de trabajo en el hogar históricamente responsable de las mujeres, no habría superávit económico y ninguna acumulación (1994: 90). Desde una mirada global, para Larguía las limitaciones de los países socialistas, sus crisis, son en parte explicables porque la supresión de la propiedad privada no acarreó una “real democratización del poder” (sic). Esto se hacía patente al considerar la situación de las mujeres: “la esfera privada y las jerarquías de género quedaron intactas. Esas jerarquías primarias (...) sentaron las bases psicológicas para la reproducción del poder burocrático. Un tutelaje paternalista de facto fue entonces creado” (1994: 91; traducción nuestra). Es importante subrayar que no se refiere estrictamente a Cuba sino más bien a una impresión global, con especial referencia a los países del Este. Esto queda claro cuando sugiere, como hipótesis exploratoria, lo siguiente:

La primacía dada a la clase sobre otras jerarquías sociales fue en gran parte la falla del socialismo “realmente existente”. Es simplemente imposible construir una sociedad justa sin hacer de lo que preocupa a las mujeres un componente central, y es imposible lograr que sus preocupaciones tengan un lugar central si las mujeres no tienen un acceso completo a las estructuras del poder político. (Larguía, 1994: 93; traducción nuestra)

Este balance hace que Larguía valore la importancia de introducir el feminismo en las democracias latinoamericanas. No obstante, aun cuando vio con optimismo el reformismo de los partidos políticos (en Argentina ya habían virado hacia legislaciones de discriminación positiva), Larguía no estuvo dispuesta a torcer su brazo teórico. Esto puede inferirse por su valoración del impacto del posestructuralismo francés en el feminismo: reconoció la “opresión molecular que opera en las familias” (1994: 91), como querría Foucault, pero poniendo en duda las posibilidades del cambio por su apuesta a los mecanismos infinitesimales del poder. Para ella, el cambio no se produce sino a través de los mecanismos centrales que influyen y colonizan a las mujeres; esta es la preocupación que un cuarto de siglo antes conceptualizó, junto con Dumoulin, como “trabajo invisible”¹¹.

11 Este distanciamiento teórico fue inherente a gran parte del campo intelectual marxista. Como identificó Gilles Deleuze en *Foucault* (1990), asumir un quiebre en la “localización del poder” implicaba un coste carísimo al análisis de la sociedad de clases y el estado capitalista en beneficio de cierta microfísica. Una posible reconciliación teórica entre el pensamiento foucaultiano y marxiano fue analizada por el historiador cubano J. L. Acanda en «Poder y revolución: Marx y Foucault» (2000)

ENTRE OLVIDOS FUNDACIONALES Y RETEXTUALIZACIONES CRÍTICAS

Al sondear las investigaciones académicas y ensayísticas que en estos últimos treinta años abordaron la producción de esta pareja, se descubre una serie reducida de textos y de autoras académicas y/o feministas tanto regionales como nacionales. Si se arranca por la década del setenta, en 1976 la editorial Nuestro Tiempo de México, publicó una antología colectiva llamada *La mujer: explotación, lucha, liberación*. En esta compilación, desde diversos planos analíticos relacionados con el marxismo y el feminismo, se desplegaron citas constantes de los autores que aquí consideramos. Un ejemplo contundente aconteció con la valoración realizada por Juan Carlos Volnovich y Silvia Werthein en «Marxismo ¿y/ o? feminismo», un artículo publicado, en 1982, la revista cubana *Casa de las Américas*, en el número 147. Los autores de este artículo se abocaron al análisis específico del ensayo de Larguía y Dumoulin. Para ello, comenzaron postulando ciertos interrogantes contundentes:

¿Por qué desde la izquierda, los aportes teóricos estaban tan rezagados en relación a las transformaciones reales operadas en esta titánica tarea de construir el socialismo? ¿Por qué este mismo libro, con su cuota de verdad insoslayable, había corrido la suerte de ser aceptado de tan buena gana y solo trece años después de ser escrito era publicado en Cuba? ¿Por qué los sociólogos, los economistas, los filósofos y los políticos se han

confabulado para ver de la misma manera a la femineidad; manera que los llevaba a expulsar de la economía —y por consiguiente de la política y de la historia— la producción doméstica de las mujeres? (cfr. Werthein y Volnovich, 1982: 147)

Para Werthein y Volnovich se asistía a un hecho nada frecuente: el nacimiento de un clásico de la literatura marxista sobre el trabajo doméstico y la mujer. No habría de olvidar que en esos años, Cuba se convirtió en un campo intelectual latinoamericano por excelencia y además europeo, con una gran adhesión de parte de las relaciones internacionales cosmopolitas¹. En simultáneo, anticipaban lo que se comprobará tiempo más tarde: “Isabel y John son ejemplos paradigmáticos de autores que han introducido una teoría nueva y un término cuya vigencia y popularidad los ha trascendido” (*ibíd.*, 148)². Volnovich recuerda el descubrimiento del trabajo en estos términos:

Este trabajo lo conocí en 1969 en Buenos Aires. Mimí Langer, como una maga que sacaba cosas de la galera, me lo pasó para que lo leyera y recuerdo que estaba mimeografiado en inglés. Cómo lo consiguió nunca lo supe. Es, además, un texto fundamental, un hito dentro de la literatura feminista, porque ellos introducen allí el término teórico de “trabajo invisible” para aludir al trabajo realizado por las mujeres en el hogar, a lo largo de la historia, sin el cual ni la ciencia ni la técnica desarrollada por los varones hubiera sido posible. En 1971, cuando conocí a Isabel y a John en Cuba les comenté que habían producido ideas que se expandieron más allá de sus propias intenciones³.

Elizabeth Jelin, fue una de las pocas científicas sociales de América Latina que centró su atención en torno a los escritos de esta pareja. En primer lugar, Jelin consideró su contribución en *La mujer en el mercado de trabajo urbano*, libro publicado por el Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES) en 1978. Años más tarde, ella vuelve a considerar trabajos de la dupla en su ensayo «Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza: realidades históricas, aproximaciones analíticas». En este ensayo de 2014, escribe: “Mucho se decía sobre los ‘modos de producción’ pero casi nada sobre los ‘modos de reproducción’. La contribución del debate feminista marxista y especialmente la de Larguía y Dumoulin se ubican

1 Un ejemplo concreto, la visita oficial, a inicios de los sesenta, de los famosos filósofos Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre, invitados por Carlos Franqui. Pasaron un mes en la isla y fueron recibidos por Fidel Castro y el Che Guevara.

2 Lxs autores se preguntan, con más incertidumbres que respuestas, cómo es que este texto surgió en Cuba. Esperamos haber otorgado algunos marcos contextuales y co-textuales para responder al respecto.

3 Entrevista realizada por la autora en febrero y marzo de 2017.

en este tema” (Jelin, 2014: 27 y 28). También vale recordar a Mary Goldsmith por su investigación «Análisis histórico y contemporáneo del trabajo doméstico», publicada por primera vez en México, en 1986, como volumen 11 —Salud, trabajo doméstico y participación social y política— de *Estudios sobre la mujer*. Quince años después, Dinah Rodríguez y Jennifer Cooper compilaron una antología con ocho textos llamada *Debate sobre el trabajo doméstico*, entre ellos el antedicho ensayo de Goldsmith, ahora publicado por la Escuela Nacional de Trabajo Social y el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México. En palabras de Goldsmith:

Benston, Larguía y Dumoulin fueron los primeros en desafiar el concepto de que el hogar es económicamente marginal a la sociedad capitalista; subrayaron que es un error definir al hogar como unidad de consumo únicamente, e hicieron notar que este proceso de consumo está vinculado a la producción doméstica. Benston sostenía que las amas de casa sólo producen valores de uso, Larguía y Dumoulin llevaron más allá este argumento al sugerir que dichos valores de uso contribuyen al mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo (2005: 142).

Tras la contribución de Saffiotti a mediados de los setenta, esta investigación de Goldsmith constituyó un segundo esfuerzo por introducir la contribución de Larguía y Dumoulin dentro de los debates feministas-marxistas sobre el trabajo doméstico.

Una de tantas invisibilizaciones que se han encontrado se manifestó en la revista *Correo de la Unesco*. En julio de 1980 editó un número especial bajo el nombre «La mujer invisible» (cfr. Larguía y Dumoulin, 1988: 8) Si bien este título del boletín coincidía con el ensayo de la dupla, al revisar los once artículos que integraban esta compilación, muchos de los cuales versaban sobre el trabajo doméstico, se advierte que no se hacía referencia alguna a la producción académica de nuestros autores. Cinco años más tarde, la editorial Siglo XXI editó el libro *Mujeres, graneros y capitales* de la antropóloga Claude Meillassoux. Desde su aparición, se convirtió en un clásico al abordar el modo de producción de la comunidad doméstica. Si bien representó una nueva contribución al pensamiento del materialismo histórico, esta autora tampoco reparó en ambos teóricos. Otro caso llamativo de invisibilidad lo constituyó la célebre revista mexicana *Debate Feminista*, con el número 22, publicado en octubre de 2000. Se podría decir que este ejemplar estuvo dedicado en gran parte a desplegar las discusiones neurálgicas sobre el trabajo doméstico. Investigadoras de talla precisaron los debates: Silvia Federici, Mary Goldsmith, Francesca Gargallo y Marta Acevedo.

Pero no todo fue amnesias internacionales; las nacionales también estuvieron presentes. En Argentina, durante los ochenta y los noventa, el ensayo vio disipada su repercusión, con la excepción de algunas citas por parte de académicas de centros de investigación privados. En paralelo, conviene precisarlo, la politización del espacio doméstico reapareció en agrupaciones de mujeres, aunque esta vez desde una organización relacionada a la protesta social en democracia, para disputar al Estado el reconocimiento y restitución de derechos.

Con un legado a sus espaldas, que data de 1956 al conformarse La Liga de Amas de Casa, en julio de 1982, surgió el Movimiento Amas de Casa del País bajo la iniciativa de sectores populares urbanos del Gran Buenos Aires, Córdoba y Rosario. En su inicio, esta corriente se constituyó alrededor de la producción y el consumo de bienes y de servicios mediante instancias asistenciales de subsistencia. Gracias al mismo emergieron las primeras protestas espontáneas para rebelarse contra el alza del costo de vida; luego ensayaron otras estrategias de resistencia, lanzando campañas de apagones y paro de compras por un día en la semana. Las demandas iniciales consistían en el control de precios, establecimiento de precios máximos para los productos de la canasta familiar y comedores escolares gratuitos. A poco andar abrieron sus puertas los sindicatos de Amas de Casa en distintas provincias de Argentina. En 1984 se realizó en Buenos Aires el primer Encuentro Nacional del Sindicato de Amas de Casa, en el que participaron 230 delegadas de todo el país. En el mismo se resolvió desarrollar una campaña nacional por el salario para las amas de casa, la jubilación a los cincuenta y cinco años y sin aportes, el reconocimiento de derechos de las concubinas y la protección contra todo tipo de violencia hacia la mujer. Así, el movimiento fue radicalizando sus posiciones hasta confluir en demandas vinculadas a su condición de género: pasaron de reclamar la jubilación a solicitar la implementación de métodos de planificación familiar en hospitales, centros periféricos y obras sociales. De la misma forma, exigieron la sanción del divorcio vincular y de la patria potestad indistinta junto con la conmemoración del 8 de marzo. Estos nuevos bríos las encaminó a vincularse con el activismo feminista y de derechos humanos; articulación que permitió al movimiento su expansión a lo largo del territorio (cfr. Feijoó y Gogna en Jelin, 1985).

En marzo de 1984 se constituyó La Multisectorial de la Mujer, un ámbito transversal y multidisciplinario compuesto por integrantes de partidos políticos, sindicatos, organizaciones de derechos humanos, agrupaciones feministas y amas de casa. La jubilación para el ama de casa también formaba parte de sus planteos programáticos, los cuales cubrían el amplio espectro del ingreso de las mujeres al mercado

productivo. Si se aborda la documentación de las agrupaciones feministas y de mujeres de esa época, se observa que los aspectos cruciales relacionados con las condiciones laborales y sindicales de las trabajadoras industriales, rurales, domésticas y domiciliarias, encarnaban temas más que frecuentes tanto en los reclamos como en los petitorios que se presentaban a legisladoras/es del parlamento nacional. Por ejemplo, durante los primeros años del gobierno constitucional, se realizaban acciones callejeras de concientización el 1° de diciembre, día internacional del ama de casa.

En 1986, el Centro de Estudios de la Mujer (CEM) elaboró un informe surgido del proyecto de investigación-acción «Servicio Doméstico remunerado y problemas de sindicalización», a cargo de las investigadoras feministas Cristina Zurutuza y Clelia Bercovich. El mismo se titulaba: «Las sirvientas: ellas, las otras y nosotras» publicado en la revista *Unidas*. La primera cuestión tratada se centró en el trabajo doméstico y uno de los sustentos teóricos fue el ensayo «Contra el trabajo invisible» (1972). En paralelo, salió a la luz un suplemento especial denominado «La mujer y el trabajo» —producido por la periodista argentina Lila Pastoriza— en el que se alude a tal ensayo. Este folleto funcionaba como material informativo para el Primer Encuentro Nacional de Mujeres, realizado en Buenos Aires en 1987. Dos años más tarde, apareció el libro *La mujer y la violencia invisible*, compilado por las psicoanalistas feministas Eva Giberti y Ana María Fernández y editado por Sudamericana. Este compendio planteaba dos cuestiones: en primer lugar, acerca de la noción de “invisibilidad”, hasta ese momento relacionada con el trabajo doméstico y ahora resignificada para hacer referencia a la violencia machista contra las mujeres. En segundo lugar, basándose en los argumentos de Larguía y Dumoulin sobre el trabajo no retribuido, aunque sin mencionar a sus autores, aparece en el artículo «Familia, subjetividad y poder», a cargo de la especialista en Estudios de la Mujer Evangelina Dorola. En 2005 la Comisión La Mujer y sus Derechos de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos (APDH) publicó un folleto con el título *El Poder de las Mujeres*. En el capítulo «Asimetrías de Género» se tematizó el trabajo doméstico no remunerado; sin embargo, la pareja Larguía y Dumoulin volvió a ser omitida tanto en el análisis teórico como en la bibliografía⁴.

Sin una exhaustiva genealogía de la producción local, es posible afirmar que para observar la reconexión con el legado intelectual de

4 Es interesante recalcar que Larguía tuvo una presencia significativa en este organismo de derechos humanos mientras residió en Argentina y también que una de las compiladoras fue Mirta Henault, conocida de ambos y primera editora del histórico ensayo en nuestro país, en el libro *Las mujeres dicen basta*.

Larguía y Dumoulin hubo que esperar hasta 1996, cuando se publicó el ensayo «Desprivatizando lo privado: sobre las relaciones entre el trabajo doméstico y la acumulación capitalista», a cargo de la socióloga feminista Cecilia Lipszyc⁵. Este escrito inscribe la contribución feminista-marxista en un sentido prefigurado por Saffiotti, a fines de los setenta, y Goldsmith a mediados de los ochenta.

En la producción intelectual cubana reciente, por otra parte, se registró un olvido similar. Aunque existen relevamientos exhaustivos de los estudios de género y feministas en la isla, no obstante, el histórico ensayo de Larguía y Dumoulin es apenas mencionado. Por ejemplo, la socióloga cubana Marta Núñez Sarmiento, en su texto «Los estudios de género en Cuba y sus aproximaciones metodológicas, multidisciplinarias y transculturales (1974-2001)», hace referencia a John Dumoulin sin profundizar los aportes llevados a cabo por él y Larguía en épocas tempranas⁶. Tampoco la contribución de la pareja es abordado en un extenso trabajo de otra socióloga cubana, Teresa Díaz Canals: «Cuba y el feminismo nuestro americano», editado por CLACSO en 2005⁷. Por último, cabe mencionar la reciente antología de Georgina Alfonso González (2016) la cual recupera, como hemos mencionado, fragmentos del ensayo de Larguía-Dumoulin enmarcándolo en los esfuerzos por pensar el lugar de las mujeres en la revolución socialista.

MEMORIAS EN RETAZOS

Cabe la certeza que «Hacia una ciencia de la liberación de la mujer» fue uno de los primeros trabajos en elaborar una argumentación teórica marxista-feminista para pensar la opresión de las mujeres y

5 Durante la transición democrática argentina, Cecilia Lipszyc integró las filas del Partido Intransigente (PI) que fue uno de los primeros en disponer en sus pautas programáticas la despenalización del aborto. Además, de haber sido una política con un alto protagonismo en el escenario nacional, una de las fundadoras de la Red de Feministas Políticas de Argentina; Lipszyc fue una destacada teórica feminista. En 1992, comenzó a su ensayo supervisado por la propia Larguía en el cual recuperaba la cuestión de la participación indirecta del trabajo doméstico en la acumulación capitalista observando, al mismo tiempo, las limitaciones del análisis de Delphy. En la propuesta de Lipszyc, el trabajo doméstico debe resituarse en el análisis de la formación social capitalista, apoyándose en los aportes de André Gunder Frank y Samir Amin producidos durante la segunda mitad de los años setenta. Cuatro años más tarde, el mismo se publicó en el libro *Desprivatizando lo privado: mujer y trabajos* (1996), editorial Catálogos.

6 El trabajo de Núñez Sarmiento está disponible en: <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cemi/genero.pdf>> (Último acceso: 02/03/2018).

7 Disponible en: <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20150730113613/TeresaDiazCanals.pdf>> (Último acceso: 02/03/2018).

sus vías emancipatorias. Es un mérito agregable que se haya escrito en el seno de un país socialista, como lo era Cuba. María del Carmen Feijóo lo considera un trabajo pionero sin dudarle:

Cada vez que doy clases recuerdo su nombre. Es ella la que pensó todo esto. Pasó algo extraordinario: a la vez que Isabel escribía ese libro excepcional que le daba como un estatuto epistemológico al trabajo doméstico, ella lo hacía en la soledad cubana, en paralelo como lo estaban haciendo las mujeres marxistas feministas inglesas en la revista *History Workshop*. Los textos en Londres no fueron hijos de ella sino que crecieron en paralelo. Y esto es lo que me parece increíble: cómo una mujer tan aislada fue capaz de producir lo mismo que aquellas que estaban en el corazón del mundo de la academia británica (...) Entonces la grandiosidad de Isabel y de John fue haber descubierto eso en el contexto de dos movimientos internacionales que fueron en la misma dirección, como el movimiento académico del Population Council que empezó a distribuir recursos por América Latina para investigar sobre las estrategias de sobrevivencia y el de *History Workshop*⁸.

La investigadora en letras, María Virginia González también analiza la importancia de la producción teórica de esta dupla:

A partir de los postulados marxistas, realizan una explicación socioeconómica de las causas de interiorización femenina que determinaron su diferenciación caracterológica. Introducen la categoría de trabajo invisible para indicar el aporte a la reproducción de la vida humana por parte de las mujeres, y plantean la necesidad de socializar el trabajo doméstico (González, 2013: 51 y 52).

En este texto, González reconoce los arduos debates en torno a las transformaciones logradas por las mujeres en la revolución socialista, sostenidos por investigadoras académicas y feministas dentro y fuera de la isla. Como hemos mostrado, las discusiones dieron forma a una paradoja: reconocer que la amplitud de derechos de las cubanas representaba un caso ejemplar en América Latina y el Caribe, pero, al mismo tiempo, advertir que sus numerosas conquistas fueron alcanzadas mediante la mutua interpelación al/del Estado, el cual, en la mirada feminista dominante, tendía a ser considerado un instrumento del patriarcado.

8 Entrevista realizada por la autora a María del Carmen Feijóo, *ibídem*.

CONSIDERACIONES FINALES

Al concluir los años sesenta una dupla intelectual comprometida con el proyecto revolucionario cubano elaboró un artefacto teórico sobre el trabajo doméstico. Isabel Larguía y John Dumoulin ofrecieron una explicación sobre la opresión material de las mujeres y, al mismo tiempo, esbozaron una alternativa emancipatoria. La apuesta no era sencilla, implicaba hacer frente a los interrogantes abiertos por una transición socialista caribeña poniendo en el eje la “cuestión de la mujer”. Esto les colocó en una singular lectura a través de la cual empujaron los límites del pensamiento marxiano y feminista. Volver decible la cuestión del “trabajo invisible” suponía no tanto una afirmación feminista o marxista como una auténtica conmoción epistemológica-política. No deja de ser llamativo que tal investigación tuvo lugar en el contexto de un incipiente desarrollo de las Ciencias Sociales en la Cuba revolucionaria. Al lugar marginal con el que debieron lidiar ante el privilegio epistémico del norte académico, las resistencias pensadas desde y para sociedades capitalistas, le acompañó la denominada crisis del socialismo real.

Por otro lado, los acercamientos entre feministas e izquierdas latinoamericanas se vieron obturados por las dictaduras cívico-militares de la década del setenta. La cuestión del trabajo doméstico, en regiones como Argentina, encontrarán un reimpulso durante la

transición democrática, pero ahora desde el lenguaje de los Derechos Humanos. Asimismo, durante los ochenta y noventa, esta categoría se desplazó hacia meta-debates en torno al vínculo entre capitalismo y patriarcado atravesando también una reconversión semiótica en términos de “trabajo del cuidado”. En un sentido amplificado, feminismo y marxismo, en tanto vertientes de pensamiento crítico, fueron sometidas a continuas objeciones, poniendo en entredicho sus tentaciones teleológicas y universalistas así como resquebrajando el subtexto eurocéntrico, blanco y heterosexista que arrastraban. Tales variantes abonaron el terreno suficiente para el olvido.

En una miscelánea elaborada cuarenta años después a la publicación del ensayo inaugural, Dumoulin sintetizaba el impacto de su co-producción escrituraria:

Isabel y yo creímos que habíamos encontrado una llave entre investigación y activismo para ayudar al avance de los cambios: haciendo un llamado a la equidad pero llevando el argumento más allá de eso, al nivel de la teoría social fundamental y el sistema cohesivo de valores...No convencimos a todos. Pero ayudó a demostrar que las demandas de las mujeres no eran meras súplicas, sino que interpelaban al núcleo de las ideas y valores del nuevo proyecto social (2011: 45. Traducción propia).

Sus palabras parecen resonar en nuestra propia práctica de escritura. Hemos intentado releer los vínculos entre feminismo y marxismo a partir de la pionera contribución cubana. Visibilizar —valga el juego de luces— un “trabajo invisible” sometido a sucesivos procesos de invisibilización.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

LIBROS

- AA. VV. 1972 *Liberación de las mujeres: año cero* (Buenos Aires: Granica).
- AA. VV. 2008 *La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión* (Cuba: Centro Teórico-Cultural Criterios).
- Acanda, J. L. 2000 «Poder y revolución: Marx y Foucault» en AA. VV. *Inicios de Partida. Coloquio sobre la obra de M. Foucault* (La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello).
- Alfonso González, G. 2016 «Feminismo y marxismo: encuentros y desencuentros» en Alfonso González, G. (comp.) *Feminismo y marxismo* (China: Ocean Sur).
- Álvarez Ramírez, S. 2011 «Mi (El) aporte de Sara Gómez» en Vasallo Barrueta, N. (comp.) *Desde otra perspectiva* (La Habana: Editorial de la Mujer).
- Ansaldi, W.; Giordano, Ve. 2012 *América Latina: la construcción del orden. De la sociedad de masas a la sociedad en proceso de reestructuración* (Buenos Aires: Ariel) T. 2.
- Aranda, C. E. et al. 1976 *La mujer: Explotación, lucha, liberación* (México: Nuestro Tiempo).

- Bambirra, V. 1974 *El capitalismo dependiente latinoamericano* (México: Siglo XXI).
- Barrancos, D. 2007 *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Bellucci, M. 2014 *Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo* (Buenos Aires: Capital Intelectual).
- Bengelsdorf, C.; Hageman, A. 1979 «Emerging from Underdevelopment: Women and Work in Cuba» en Eisenstein Zillah *Capitalist Patriarchy and the case for socialist feminism* (Nueva York: Monthly Review).
- Benston, M. 1972 (1969) «Economía política de la liberación de la mujer» en *La liberación de la mujer. Año cero* (Buenos Aires: Granica).
- Carrasco, C. et al. 2011(comp.) *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (Madrid: Catarata).
- Constenla, M. I. 1980 *La mujer, en la casa, reproduce la fuerza de trabajo sin cobrar salario* (Buenos Aires: Tribuna Patriótica del Frente de Izquierda Popular).
- Dalla Costa, M. R.; James, S. 1975 (1972) *El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad* (México: Siglo XXI).
- De Beauvoir, S. 1999 (1949) *El segundo sexo* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Delphy, C. 1972 (1970) «El principal enemigo» en *La liberación de la mujer. Año cero* (Buenos Aires: Granica).
- Díaz Canals, T. 2015 *Palabras que definen: Cuba y el feminismo nuestroamericano* (Buenos Aires: CLACSO).
- Dos Santos, T. 1970 *Dependencia y cambio social* (Chile: Universidad de Chile).
- Dumoulin, J. 1973 *Cultura, sociedad y desarrollo* (Cuba: Editorial de Ciencias Sociales).
- Dumoulin, J. 1977 *20 años de matrimonios en Cuba* (Cuba: Editorial de Ciencias Sociales).
- Dumoulin, J. 1980 *Azúcar y lucha de clases* (Cuba: Editorial de Ciencias Sociales).
- Eisenstein, Z. 1979 (comp.) *Capitalist Patriarchy and the Case For Socialist Feminism* (Nueva York: Monthly Review Press).
- Engels, F. 1957 *El origen de la familia, propiedad privada y el Estado* (Buenos Aires: Claridad).
- Federici, S. 2013 (1975) «Salarios contra el trabajo doméstico» en Federici, S. *La revolución en punto cero* (Madrid: Traficante de sueños).

- Feijóo, M. C.; Gogna, M. 1985 «Las mujeres en la transición a la democracia» en Jelin, E. (comp.) *Los nuevos movimientos sociales* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina).
- Ferguson, S.; Mc Nally, D. 2013 «Capital, fuerza de trabajo y relaciones de género». Introducción a la edición de Vogue! Lise Marxism an the oppression of Women. Toward a Unitary Theory (Chicago: Haymarket Books) Traducción de Isabel Benítez Romero para Marxismo Crítico en <www.marxismocritico.com>.
- Fernandes, F. 1967 «A mulher na sociedade de classe: mito e realidade» (Brasil: Universidade Estadual de São Paulo).
- Firestone, S. 1976 (1970) *La dialéctica del sexo* (Barcelona: Kairos).
- Friedan, B. 2009 (1963) *La mística de la feminidad* (Valencia: Cátedra).
- Furtado, C. 1964 *Desarrollo y subdesarrollo* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Goldsmith, M. 2005 «Análisis histórico y contemporáneo del trabajo doméstico» en Rodríguez, D.; Cooper, J. (comp.) 2005 *El debate sobre el trabajo doméstico* (México DF: UNAM).
- González, M. V. 2013 *Construcciones identitarias en la narrativa escrita por mujeres cubanas a fines del siglo XX* (La Plata: Universidad Nacional de La Plata).
- Giberti, E.; Fernández, A. M. (comp.) 1989 *La mujer y la violencia invisible* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Haraway, D. 1996 «Género para un diccionario marxista. La política sexual de una palabra» en Haraway, D. *Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (Valencia: Cátedra).
- Henault, M. 1972 «La mujer y los cambios sociales» en AA.VV. *Las mujeres dicen basta* (Buenos Aires: Nueva Mujer).
- Henault, M. 1972 «Prologo» en AAVV *Las mujeres dicen basta* (Buenos Aires: Nueva Mujer).
- Jelin, E. 1978 *La mujer en el mercado de trabajo* (Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad).
- Larguía, I. 1970 (1969) «Contre le Travail Invisible» en Delphy Cristine (comp.) *Liberation des Femmes, Anne'e Ze'ro. Partisans* (París: Maspero) No. 54/55.
- Larguía, I. 1972 (1970) «Contra el trabajo invisible» en *La liberación de la mujer. Año cero* (Buenos Aires: Granica).
- Larguía, I. 1975 «La rebeldía femenina y el incremento de la explotación en el capitalismo desarrollado» en Larguía, I.; Dumoulin, J. *Hacia una Ciencia de la Liberación de la Mujer* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).

- Larguía, I. 1994, «Why Political Feminism?» en Jonas, S.; McCaughan, E. (comp.) *Latin America. Faces the Twenty-First Century. Reconstructing a Social Justice Agenda* (Boulder: Westview Press).
- Larguía, I.; Dumoulin, J. 1976 *Hacia una Ciencia de la Liberación de la mujer* (Barcelona: Anagrama).
- Larguía, I.; Dumoulin, J. 1982 *Para uma Ciência da Libertação da Mulher* (Brasil: Global).
- Larguía, I.; Dumoulin, J. 1983 *Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer* Editorial de Ciencias Sociales (La Habana).
- Larguía, I.; Dumoulin, J. 1988 (1983) «La mujer en el desarrollo: experiencias de la Revolución Cubana» en Larguía, I.; Dumoulin, J. *Hacia una Ciencia de la Liberación de la mujer* (Buenos Aires: Centro Editor América Latina).
- Larguía, I.; Dumoulin, J. 1988 *Hacia una Ciencia de la Liberación de la mujer* (Buenos Aires: Centro Editor América Latina).
- Lipszyc, C. 1996, «Desprivatizando lo privado. Sobre las relaciones entre trabajo doméstico y la acumulación capitalista» en Lipszyc, C. et al. *Desprivatizando lo privado. Mujeres y trabajos* (Buenos Aires: Catálogos).
- Mc Manus, J. 2000 *La isla cubana de ensueño* (Cuba: Ediciones La Memoria).
- MacKinnon, C. 1995 (1987) *Hacia una teoría feminista del Estado* (Valencia: Cátedra).
- Marx, K. 1973 *El capital. Crítica de la economía política* (México: Fondo de Cultura Económica). Tomo I.
- Meillassoux, C. 1985 *Mujeres, graneros y capitales* (México: Siglo XXI).
- Millet, K. 1995 (1969) *Política sexual* (Valencia: Cátedra).
- Mitchell, J. 1973 *Women's Estate* (Nueva York: Vintage Books).
- Morton, P. 1972 (1970) «El trabajo de las mujeres nunca se termina» en AA.VV. *Las mujeres dicen basta* (Buenos Aires: Nueva Mujer).
- Nash, M. 2004 *Mujeres en el Mundo. Historia, retos y movimientos* (Madrid: Alianza).
- Ocampo, V. (comp.) 1970 «La mujer» en *Revista Sur* No. 326-327-328.
- Pavón, H. 2012 *Los intelectuales y la política en la Argentina: El combate por las ideas. 1983-2012* (Buenos Aires: Debate).
- Pérez Orozco, A. 2006 *Perspectivas feministas en torno a la economía. El caso de los cuidados* (Madrid: Consejo Económico y Social).

- Randall, M. 1974 *Cuban Women Now: Interviews with Cuban Women* (Toronto: The Women's Press).
- Randall, M. 1979 «Introducing the Family Code» en Einsenstein Zillah (comp.) *Capitalist Patriarchy and the case for socialist feminism* (Nueva York: Monthly Review).
- Randall, M. 2016 *Cambiar el mundo. Mis años en Cuba* (La Habana: Matanzas).
- Rodríguez Ostría, G. 2011 *Tamara, Laura, Tania, un misterio en la guerrilla del Che* (Buenos Aires: Del Nuevo Extremo).
- Rodríguez, D.; Cooper, J. (comp.) 2005 *El debate sobre el trabajo doméstico* (México DF: UNAM).
- Saffioti, H. 1979 *Emprego doméstico e capitalismo* (Rio de Janeiro: Avenir).
- Scott, J. 2010 *Las mujeres y los derechos del hombre. Feminismo y sufragio en Francia, 1789-1944* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Smith, P. 1978 «Domestic Labour and Marx's Theory of Value» en Kuhn, A.; Wolpe, A. M. (comps.) *Feminism and Materialism: Women and Modes of Production* (Londres: Routledge and Kegan Paul).
- Tronti, M. 2001 (1966) *Obreros y capital* (Madrid: Akal).
- Vainstok, O. (comp.) 1972 *Para la liberación del segundo sexo* (Buenos Aires: La Flor).
- Vitale, L. 1987 *La mitad invisible de la historia latinoamericana: el protagonismo social de la mujer* (Buenos Aires: Sudamérica).
- Z, A. 1971 (1970) «La revolución en la revolución en Cuba» en *Liberación de las mujeres: año cero* (Buenos Aires: Granica).
- Zaretsky, E. 1975 *Capitalism, the Family and Personal life* (Nueva York: Harper and Row).

ARTÍCULOS ACADÉMICOS Y PRENSA GRÁFICA

- AA. VV. 2000 «Intimididades y Servicios» *Debate Feminista* (México) Año II. No. 22.
- AA. VV. 1971 «Manifiesto de las 343 salopes» en *Le Nouvel Observateur*, 5 de abril de 1971 (Francia).
- AA. VV. 1971 «Carta de Intelectuales Latinoamericanos y europeos a Fidel Castro» en *Le Monde* 9 de abril de 1971 (Francia).
- AA. VV. 1980 «La mujer invisible» en *Correo de la Unesco* (Francia) AÑO XXXIII
- Acanda, J. L. 2000 «Poder y revolución: Marx y Foucault» en AA. VV. *Inicios de Partida. Coloquio sobre la obra de M. Foucault* (La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello).

- Alfonso López, F. 2015 «Apuntes para un mapa de la historiografía cubana más reciente (1985-2015)» en *Revista Cuadernos del CILHA* (Cuba). Vol. XVI, No. 2.
- Astelarra, J. 1982 «Marx, Engels y el movimiento de mujeres. ¿Es posible una lectura feminista de Marx?» en *A priori* (Madrid) Vol 1. No. 0.
- Barrueta, N. 1995 «La evolución del tema mujer en Cuba» en *Revista Cubana de Psicología* (Cuba). Vol. XII, No. 1.
- Bellucci, M. 2014 «Un desafío de fronteras: Tununa Mercado» en *Furias* (Buenos Aires) No. 27.
- Bidet Mordrel, A. *et al.* 2016 «Análisis crítico y feminismos materialistas. Trabajo, sexualidad(es), cultura» en *Cahiers du Genre*. (Francia) No. 4.
- Castro, F. 1962 *Discurso 1º Congreso Nacional de Federación de Mujeres Cubanas* en Federación Mujeres Cubanas, 8º Congreso. Informe Central (La Habana) en Ferguson, S.; Mc Nally, D. 2013 «Capital, fuerza de trabajo y relaciones de género».
- Comisión La Mujer y sus Derechos 2005 *El Poder de las Mujeres* en Asamblea Permanente de Derechos Humanos (Buenos Aires).
- De Barbieri, T. 1980 «El feminismo y la federación de Mujeres Cubanas» en *Fem* (México) Vol. 4, No. 15.
- Dumoulin, J. 1974 «El primer desarrollo del movimiento obrero y la formación del proletariado en el sector azucarero. Cruces, 1886-1902» en *Islas* (La Habana) No. 48.
- Dumoulin, J. 2011 «Critical engagement with marxist theory and feminism, in Cuba, late 1960s» en *Transforming anthropology. Journal of the Association of Black Anthropologist* (Virginia) Vol. 19, No. 1.
- Fleites-Lear, M. 1996 «Paradojas de la mujer cubana» en *Nueva Sociedad* (Venezuela). No. 143.
- Foppa, A. 1977 «¿Salario para el trabajo doméstico?» en *Fem* (México) Vol. I, No. 3.
- Fornet, A. 2007 «El Quinquenio Gris: revisitando el término» en *Casa de las Américas* (La Habana) No. 246.
- González Pagés, J. C. 2010 «Historia de la mujer en Cuba: del feminismo liberal» Disponible en <<http://feminismocuba.blogspot.com.ar/2010/12/historia-de-la-mujer-en-cuba-del.html>>.
- Gruning, L. A 1993 «The Cuban Women's Federation: Organization of a Feminist Revolution» en *Working Paper* (Michigan: Michigan University) No. 283.

- Guerra, M. 1987 «Los logros de la mujer en Cuba. Entrevista a Isabel Largaúa y John Dumoulin» en *El Caribe Contemporáneo* (México: Centro de Estudios Latinoamericanos - UNAM).
- Hartmann, H. 1987 (1979) «El infeliz matrimonio entre feminismo y marxismo» en *Cuadernos del Sur* (Buenos Aires) No. 5.
- International Sociological Association 1986 *Bulletin 40* (Utrecht) en <<http://www.isa-sociology.org/uploads/files/isa-bulletin40.pdf>>.
- Jelin, E. 2014 «Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza: realidades históricas, aproximaciones analíticas» en *Ensamblés* No. 1 (Buenos Aires).
- Jenness, L. 1970 «The successful Battle Against Discrimination» en *Women & The Cuban Revolution. Speeches by Fidel Castro, Articles by Linda Jenness* en <<http://digital.library.pitt.edu/u/ulsmanscripts/pdf/31735066228333.pdf>>.
- Kohan, N. 2005 «El internacionalismo de la revolución cubana y la herencia del Che Guevara» en *Rebelión* (Buenos Aires).
- Gruning, L. A. 1993 «The Cuban Women's Federation: Organization of a Feminist Revolution» en *Working Paper* (Michigan: Michigan University) No. 283.
- Hartmann, H. 1987 (1979) «El infeliz matrimonio entre feminismo y marxismo» en *Cuadernos del Sur* (Buenos Aires) No. 5.
- Ocampo, V. (comp.) 1970 «La mujer» en *Revista Sur* No. 326-327-328.
- Seccombe, W. 1974 «The housewife and her labour under capitalism» en *New Left Review* (Londres) No. 83.
- Shutz, M. 1974 «The Economic Status of the Housewife» en *Political Affairs* Vol. 53, No. 7.
- Sóñora Soto, I. 2011 «Feminismo y género: el debate historiográfico en Cuba» en *Anuario de Hojas de Warmi*. No. 16.
- Largaúa, I. 1982 «La mujer en los medios audiovisuales» (México: Universidad Autónoma de México).
- Largaúa, I. 1978 «Una carta de Isabel Largaúa» en *FEM* (México) Vol. II, No. 7.
- Largaúa, I. 1980 «La mujer el sector más explotado de la historia» en *FEM* (México) Vol. XV, No. 4.
- Largaúa, I.; Dumoulin, J. 1971 «Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer» en *Casa de las Américas* (La Habana) Vol. XI, No. 65-66.
- Largaúa, I.; Dumoulin, J. 1972 «Toward a Science of Women's Liberation» en *NACLA's Latin America & Empire Report* (Nueva York) No. 10.

- Larguía, I.; Dumoulin, J. 1972 «Towards a science of women's liberation: an analysis from Cuba» en *Red Rag Collective* (Londres).
- Larguía, I.; Dumoulin, J. 1972 «Towards a science of women's liberation: an analysis from Cuba» en *Political Affairs of the Communist Party United States of America* (Nueva York).
- Larguía, I.; Dumoulin, J. 1972 «The economic basis of the status of women» of the Communist Party Warwick University (Londres).
- Larguía, I.; Dumoulin, J. 1975 «Aspectos de la condición laboral de la mujer» en *Casa de las Américas* (La Habana) Vol. XV, No. 88.
- Lugo, V. 1982 «Historia de un plagio» en *Uno más Uno* (México) 21 de agosto de 1982.
- Mitchell, J. 1966 «Women: The Longest Revolution» en *New Left Review* (Londres) No. 40.
- Molyneux, M. 1979 «Beyond the domestic labour debate» en *New Left Review*. (Londres) No. 116.
- Navarro, M. 1982 «El primer Encuentro Feminista de Latinoamérica y el Caribe, 1982» Disponible en <<https://ideasfem.wordpress.com/textos/i/i21/>>.
- Núñez Sarmiento, M. 2002 «Los estudios de género en Cuba y sus aproximaciones metodológicas, multidisciplinarias y transculturales (1971-2001)» (La Habana: CEMI) Disponible en <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cemi/genero.pdf>>.
- Pastoriza, L. 1987 «La mujer y el trabajo» en *El Periodista* (Buenos Aires).
- Pinto, F. 2011 «Victoria para todas» en *Las 12-Página 12* (Buenos Aires).
- Ramos, A. 1971 «La Mujer y la revolución en Cuba» en *Casa de las Américas* (La Habana) No. 65/66.
- Rubin, G. 1986 (1975) «El tráfico de las mujeres. Notas sobre la economía política del sexo» en *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales* (México: Asociación Nueva Antropología) Vol. VIII No. 84.
- Theumer, E. 2018 «1994 en la memoria feminista. Disputas por la liberación del aborto» en *LatFem. Periódico feminista*. Disponible en: <http://latfem.org/1994-en-la-memoria-feminista-disputas-por-la-liberacion-del-aborto/>
- Urrutia, E. 1985 «Larguía, I y Dumoulin, J Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer» en *FEM* (México) Vol. 8 No. 32.

- Verbitsky, H. 1988 «Iniciativa Democrática» en *Página 12* (Buenos Aires) 5 de diciembre de 1988.
- Werthein, S.; Volnovich, J. C. 1982 «Marxismo ¿y/o? feminismo» en *Casa de las Américas* (La Habana) No. 147.
- Young, I. 1992 (1980) «Marxismo y feminismo, más allá del “matrimonio infeliz” (una crítica al sistema dual)» en *El cielo por asalto*. Vol. II, No. 4.
- Zurutuza, C.; Bercovich, C. 1987 «Servicio Doméstico remunerado y problemas de sindicalización» en *Unidas* (Buenos Aires) Año I. No. 3.

SITIOS ONLINE DE REFERENCIA

- <<http://biblat.unam.mx>> acceso: 2 de marzo de 2018.
- <<https://biblat.unam.mx>> acceso: 2 de marzo de 2018.
- <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar>> acceso 2 de marzo de 2018.
- <<https://www.cairn.info>> acceso: 2 de marzo de 2018.
- <<http://digital.library.pitt.edu>> acceso: 2 de marzo de 2018.
- <<http://www.fidelcastro.cu>> acceso: 2 de marzo de 2018.
- <<http://feminismocuba.blogspot.com.ar>> acceso: 2 de marzo de 2018.
- <<https://ideasfem.wordpress.com>> acceso: 2 de marzo de 2018>.
- <<http://www.isa-sociology.org>> acceso: 2 de marzo de 2018.
- <<http://www.anagrama-ed.es>> acceso: 2 de marzo de 2018.
- <www.marxismocritico.com> acceso: 2 de marzo de 2018.
- <<http://www.mujiere.co.cu>> acceso: 2 de marzo de 2018.

ENTREVISTAS

- Entrevista a Mirta Henault, Buenos Aires, abril 1998.
- Entrevista a Sebastián Elizondo, comunicación vía correo electrónico, noviembre 2016/2017.
- Entrevista a Mariana Hernández Larguía, comunicación vía Messenger y correo electrónico, noviembre 2016/2017.
- Entrevista a Margareth Randall, comunicación vía correo electrónico, enero 2017.
- Entrevista a Elisabeth Jelin, Buenos Aires, enero 2017.
- Entrevista a Gina Vargas, vía correo electrónico, enero de 2017.
- Entrevista a Andrea Rodríguez-Elizondo, comunicación vía Messenger y correo electrónico en Buenos Aires, noviembre 2016 y La Habana, febrero 2017.
- Entrevista a Juan Carlos Volnovich, Buenos Aires, marzo/abril de 2017.

Entrevista a Virginia Franganillo, correo electrónico en Buenos Aires, abril 2017.

Entrevista a María del Carmen Feijoó, Buenos Aires, mayo 2017.

Entrevista a Ángel Elizondo, Buenos Aires, junio 2017.

Entrevistas a John Dumoulin, comunicación vía Skype, junio 2017.

SOBRE LOS AUTORES

Mabel Bellucci

Nació en Buenos Aires en 1950. Conjuga periodismo, ensayo, activismo queer e investigación académica. Egresó de la Carrera Interdisciplinaria de Especialización en Estudios de la Mujer, Facultad de Psicología, UBA, en 2001. Actualmente, integra el Grupo de Estudios sobre Sexualidades (GES) en el Instituto de Investigaciones Gino Germani-Universidad de Buenos Aires (UBA), en la Cátedra Libre Virginia Bolten de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y en la Cátedra Libre de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito de la Facultad de Ciencias Sociales- UBA. Es autora de *Orgullo. Carlos Jáuregui, una biografía política* (Emecé, 2010) y de *Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo* (Capital Intelectual, segunda edición 2018). También forma parte del Programa de Memorias Políticas Feministas y sexo-genéricas *Sexo y Revolución* del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDinCi).

En octubre de 2017, la Asociación Argentina para la Investigación en Historia de las Mujeres y Estudios de Género reconoció su trayectoria en la materia y la designó como socia honoraria.

Emmanuel Theumer

Nació en Esperanza en 1990. Graduado en Historia con honores por Universidad Nacional del Litoral y Academia Nacional de Historia. Docente e investigador de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de dicha casa de estudios. Sus líneas de investigación están centradas en historia de la sexualidad, memorias y movimientos sexo-desobedientes (feministas y LGBT+). Para ello privilegia tanto la crítica trans-feminista como descolonial. Actualmente coordina un archivo sobre memorias sexodisidentes en colaboración con organizaciones sociales y activistas (www.memoriassexodisidentes.com.ar). En 2017 fue designado vocal electo de la Asociación Argentina para la Investigación en Historia de las Mujeres y Estudios de Género.

ANEXO FOTOGRÁFICO*



1- John e Isabel en una conferencia en la Universidad de Massachusetts, 1975.

* Las fotos fueron elegidas por su hijo (documentalista y fotógrafo) Sebastián Elizondo, mientras que las cartas las seleccionó su sobrina (periodista) Andrea Rodríguez Elizondo



2- Isabel integrando el comité fundador de Development Alternatives with Women for New Era (DAWN). Cortesia DAWN. Febrero 1986, Río de Janeiro.



3. Isabel a fines de 1996 en Buenos Aires.

Buenos Aires, 19 de diciembre de 1971

Label Larguía
Balle 21
Entre B y C
La Habana

Hemos leído con sumo interés tu trabajo publicado en Partisan. Lo consideramos muy valioso pues es un real aporte para la comprensión de las causas de la inferiorización de las mujeres.

Nos interesaría mucho publicarlo en la Argentina. En ese sentido hemos solicitado a Anne Zelinsky la autorización para hacerlo. Esperamos también tu conformidad.

Sabemos además que sos argentina y por eso y porque estas haciendo un valioso trabajo en favor de las hermanas oprimidas deseáramos que pudieramos establecer una correspondencia para inter cambiarnos nuestras experiencias y opiniones sobre los distintos temas que hacen a la problemática de las mujeres en todos los niveles.

Somos un grupo que en estos momentos se plantea la formación de una conciencia de clase entre las mujeres de nuestro país. Creemos que esto es fundamental para incorporar a nuestras hermanas a las próximas luchas. Coincidimos con vos en que esto es fundamental para antes y para despues de la liquidación del régimen capitalista.

Esperamos tu respuesta:

Por el Movimiento de Liberación de las Mujeres,
Mirta Henault

Nuestra dirección es: Casilla de Correo 3244
Buenos Aires
Argentina

1- Invitación de Mirta Henault a integrar el ensayo de Larguía en el libro Las Mujeres dicen Basta, publicado en Buenos Aires en 1972.

Buenos Aires, 14 de abril de 1972

Querida compañera:

Muchas gracias. Hemos recibido tus cartas y desde ya te decimos:

Tu trabajo nos pareció excelente y su publicación en Argentina un verdadero aporte para el análisis de la problemática femenina porque apunta a la comprensión de las causas de nuestra opresión.

Consideramos que el método marxista es el más correcto para hacer ese análisis y el único que pueda ofrecer una estrategia para el feminismo.

En ese sentido nos sentimos muy identificadas con tu posición que consideramos básica para el conocimiento de nuestros problemas sino para tener una visión totalizadora de los conflictos del mundo actual.

Creemos que el desarrollo desigual que se da en la estructura económica de la sociedad se refleja en el desarrollo de la conciencia de los individuos.

Así, la vida pública, controlada por los varones (ellos controlan la ciencia, la técnica, cuyos conocimientos se acumulan, ha avanzado en la historia hasta lograr extraordinarios resultados; mientras que la esfera privada, primacia nuestra, ha permanecido y permanece en el estancamiento.

Esta situación ha determinado una total alienación de la mitad de la humanidad, nosotras, y una total distorsión de los varones que hasta pueden sentirse "realizados" mientras tengan una mujer a quien explotar aunque ellos mismos sean explotados por el régimen.

Sin embargo, la socialización de la esfera privada, la revolución de lo cotidiano, sólo podrá realizarse cuando las fuerzas productivas alcancen un desarrollo suficiente como para que el trabajo doméstico y sus secuelas alienantes, fuente de nuestra opresión pueda ser eliminado.

El imperialismo es un freno para el desarrollo social de las fuerzas productivas (no solamente esto, sino que avanza hacia la aniquilación del planeta). Por lo tanto nosotras somos conscientes de que únicamente con su liquidación podremos lograr nuestros objetivos.

Pero eso no significa que tengamos que esperar la revolución social para luchar por nuestras reivindicaciones. Es fundamental el surgimiento de movimientos de liberación de las mujeres aún en países como el nuestro en el cual la lucha anti capitalista y anti imperialista es candente. Por dos razones.

1o) Porque el temor al cambio hace de nosotras el sector más conservador de la sociedad y -como vos decís- su peso ideológico es

... muy importante.

2o.) Porque las reivindicaciones feministas son revolucionarias y conducen a la adquisición de una nueva conciencia de la necesidad del cambio, apunten hacia el futuro, ese futuro que ya es presente en Cuba.

Con lo dicho hemos tratado de hacerte una síntesis de nuestras posiciones.

Pasamos a describirte al grupo. Hace aproximadamente seis meses un grupo de mujeres (la mayoría proviene de la izquierda) comenzamos a estudiar nuestros propios problemas con el propósito de iniciar una serie de publicaciones feministas, poco después nos pusimos en contacto con U.F.A. (Unión Feminista Argentina) y pasamos a formar parte de ésta pero como grupo con posiciones bien definidas.

Hasta ahora nuestra tarea ha sido la de estudiar y seleccionar materiales para su publicación. No es una casualidad que tu trabajo, que comencé primero en Partisans, nos haya gustado tanto. Así que coincide con el método que nosotros deseamos desarrollar para la comprensión de nuestra inferiorización y encontrar las vías para nuestra liberación.

Como en estos momentos en el país no existe el movimiento más que en forma embrionaria pensamos que lo más importante es la divulgación de nuestra problemática.

Deseamos iniciar también, una investigación de la situación de nuestras hermanas de América Latina, comenzando el estudio en nuestro país.

Cual es la situación de las argentinas en todos los campos: cómo piensan las argentinas; cómo viven su opresión. Consideramos que es fundamental elevar la conciencia de nuestras hermanas en el entendimiento de su situación de explotada.

En la actualidad es imposible iniciar la preparación de un movimiento de masas (campañas, manifestaciones, etc.) a lo sumo podrán organizarse conferencias.

Vamos a terminar diciéndote que hemos recibido el hermoso libro que nos enviaste. Con todo gusto publicaremos los trabajos sobre el tema que nos hagan llegar y por favor, envíanos algunos datos sobre tu actuación pública. Nuevamente gracias.

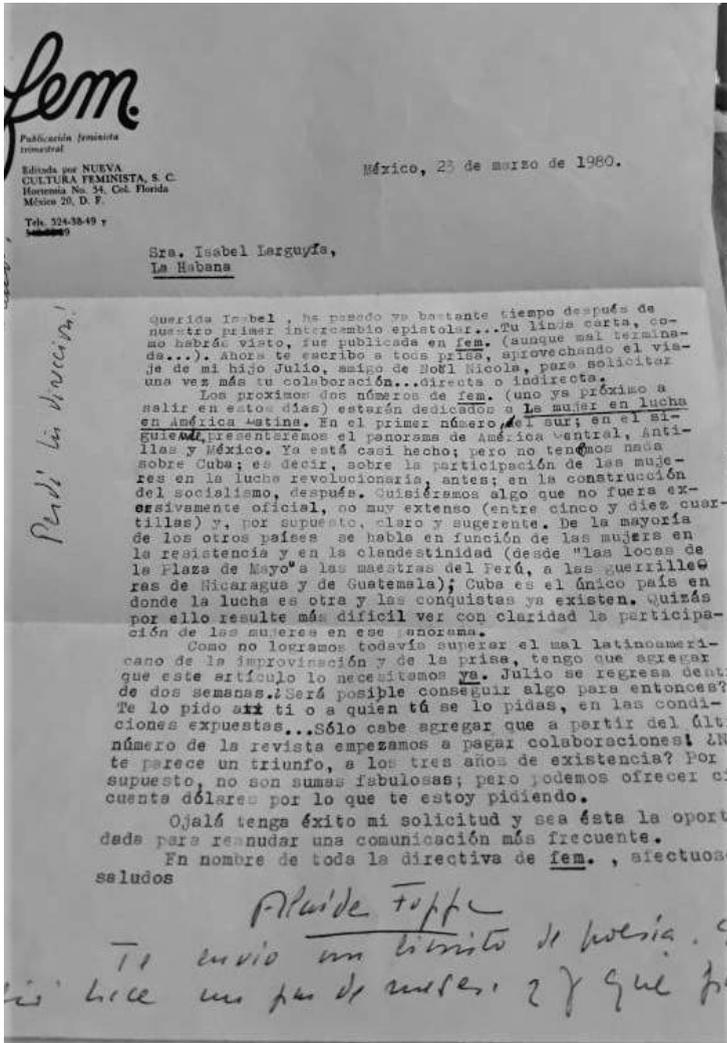
**MOVIMIENTO DE LIBERACION
DE LAS MUJERES**

SUIPAGHA 887 - C. 1 BUENOS AIRES
S. E. 2825 R. ARGENTINA

P.D. Nuevamente te rogamos que no pongas nombres en la correspondencia. Vivimos en un estado policial y la correspondencia que llega de allí es controlada. En lo posible trata de mandar la correspondencia o el material desde Europa.

*LA CORRESPONDENCIA DEBE VENIR A C.E. 2825
SÓLAMENTE*

2- La carta es del Movimiento de Liberación de las Mujeres, sin firma y de 1972, convocando a Isabel a participar con sus trabajos en el incipiente movimiento feminista de Buenos Aires. En la misma se puede apreciar una perspectiva sobre la revolución en un contexto signado por el recrudecimiento del conflicto social y la violencia, "el método marxista es el único...que puede ofrecer una estrategia para el feminismo" (sic)



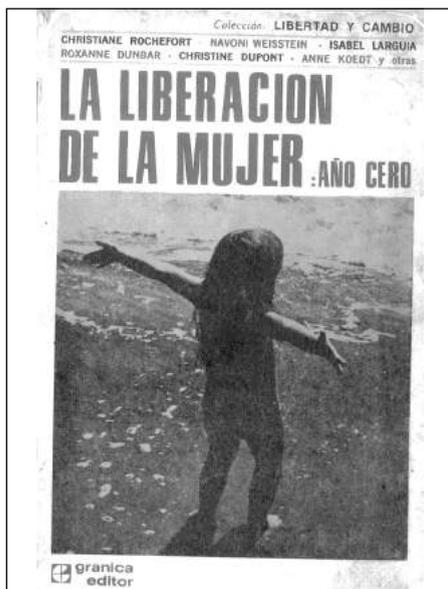
3- Alaide Foppa, poeta feminista, invitando a Isabel a participar con colaboraciones en la revista mexicana FEM. En la correspondencia se ofrece un balance sobre el feminismo y el movimiento de mujeres en el continente. Foppa fue desaparecida ese mismo año, en 1980, por la dictadura guatemalteca.



1- *Las mujeres dicen basta* (1972).



2- *La mujer nueva: teoría y práctica de emancipación* (1988).



3- *La Liberación de la mujer: año cero* (1972).



Afiche Día de la Mujer en Cuba. En la misma puede apreciarse la cuestión del "trabajo invisible" y el problema de la doble jornada de trabajo para las mujeres. Imagen; Heriberto Echeverría 1971 COR Gentileza Luigi Bardellotto (Centro Studi Cartel Cubano - Venezia)

Aunque de momento resulte tan poco conocido como enormemente olvidado fue desde la Cuba Revolucionaria que tuvo lugar el desarrollo prístino de una teorización marxista-feminista del trabajo doméstico. Desde La Habana, a inicios de 1969 los intelectuales Isabel Larguía y John Dumoulin comenzaron a difundir su primer manuscrito titulado "Por un feminismo científico" el cual será editado hacia 1971 por Casa de Las Américas. El esfuerzo intelectual que pergeñaron estuvo dirigido a comprender las modalidades de explotación que atañen a las mujeres, así como las posibles alternativas emancipatorias. Su objetivo no era tanto el de agregar una nota al pie a los consagrados escritos de Karl Marx y Friedrich Engels sino poner en tensión los límites del marxismo y el feminismo a la hora de interceptar la opresión de las mujeres. Anidada en el seno de un país socialista, la contribución de Larguía-Dumoulin constituye un modo de adentrarnos a los complejos y no siempre armoniosos vínculos entre el feminismo y marxismo, así como un modo de introducirnos histórica y políticamente a las tensiones y acercamientos que se produjeron entre feministas y otras organizaciones de izquierda en los principales centros de América Latina y El Caribe. Quizás por ello este ensayo es decididamente polifónico. Está hecho de retazos de memorias, de escritura feminista que actualmente goza el estatuto de archivo, discursos historiográficos, análisis teóricos, declaraciones oficiales y renovados estudios cubanos sobre las mujeres.

Mabel Bellucci y Emmanuel Theumer

Patrocinado por



Asdi

Agencia Sueca
de Desarrollo Internacional

ISBN 978-987-722-343-9



9 789877 223439